

Pablo Andrés Escapa



Fábrica de prodigios

Pablo Andrés Escapa

Fábrica de prodigios



Pablo Andrés Escapa, *Fábrica de prodigios*
Primera edición digital: febrero de 2019

ISBN epub: 978-84-8393-639-9

© Pablo Andrés Escapa, 2019
© De esta portada, maqueta y edición: Editorial Páginas de Espuma, S. L., 2019

Colección Voces / Literatura 272

Nuestro fondo editorial en www.paginasdeespuma.com

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

Editorial Páginas de Espuma
Madera 3, 1.º izquierda
28004 Madrid

Teléfono: 91 522 72 51
Correo electrónico: info@paginasdeespuma.com

Hanse de casar las fábulas mentirosas con el entendimiento de los que las leyeren, escribiéndose de suerte que facilitando los imposibles y suspendiendo los ánimos, anden a un mismo paso la admiración y la alegría juntas; y todas estas cosas no podrá hacer el que huyere de la verisimilitud y de la imitación, en quien consiste la perfección de lo que se escribe.

Miguel de Cervantes

PÁJARO DE BARBERÍA

*Pájaro del olvido,
jamás te tuve más cierto en mi memoria.*

José Ángel Valente

1

Pasan las generaciones y sigue inmóvil el pájaro.

Yo lo miro acaso inútilmente, queriendo comprender. A veces sueño que ha girado la cabeza o que entreabre las plumas y me despierto, temeroso de esa señal. Entonces busco en la penumbra su jaula hasta que la presencia recogida del ave en el palo, la misma de ayer y de anteayer y de hace un año y otro, me devuelve la calma. Pero ¿hasta cuándo, me pregunto, se prolongará esta ilusión de eternidad? Ahora cierro los ojos tranquilo mas sé que la inquietud volverá mañana, o tal vez dentro de un rato.

Antes de dormirme pienso en la tiranía insoportable del pájaro: le basta estar inmóvil para mantenerme en vilo.

Nunca pude percibir un solo temblor en el ave, ni siquiera el espejismo de un párpado que se cierra sorprendido por una súbita estridencia. En diversas ocasiones he roto el silencio con una palmada buscando una reacción que nunca se produce. Se diría que la larga clausura hubiera dejado al pájaro anclado a su plumaje, que parece una coraza. También yo me acerqué una primera vez a comprobar ese aire de artificio, y a punto de extender un dedo para provocar una reacción en el pájaro, me detuvo la voz de su dueño: «No lo moleste. Está contando».

Recuerdo obsesivamente aquellas palabras. Tantos años después sigo buscando en ellas un orden, la raíz de una condena que me sujeta al misterio insensato del ave. Y es entonces, en la seguridad de que hay un principio para poner letra a mi desconcierto, cuando siento la urgencia de escribir. Exaltado por el insomnio me enfrento al papel. Pero temo ya ser incapaz de dejar una palabra que no esté encadenada a la obsesión, a la quimera. Si escribo, razono, es para negarla. Advierto entonces que el resultado puede ser peor,

porque haré más seguro el desvarío.

El pájaro, entre tanto, vela inmóvil en su jaula, como la mañana que lo vi por primera vez en una barbería sin nombre. Escrito en el albarán que ordenaba la ruta y la clientela que yo debía abastecer, aquel local cabía en media línea cuya seña indicaba únicamente «Casa el Mudo».

2

Como todos los visitantes de la barbería de Belarmino Santos –me negaré siempre a llamarle «el Mudo»–, cedí a la fascinación del pájaro la primera vez que puse el pie en su interior. Fue el día de mi estreno en la ruta que entre los del gremio habíamos empezado a llamar «de la Seda». El nombre hacía poco honor a la verdad de una geografía accidentada, con predominio de gente áspera y sombría adondequiera que se mirase, y por la que no se cruzaba impunemente.

Una de esas fatalidades derivadas del camino le había ocurrido a Eliseo Valbuena, que viajaba artículos de tocador. Según lo veo ahora, lejos de la compasión que nos inspiró el aspecto de Eliseo a la vuelta de su embajada más calamitosa, no cabe achacar a la adversidad lo que se le vino encima, sino a su falta de precaución a la hora de hablar. Eliseo eligió también mal sitio para esparcir su elocuencia: por encarecer el género, cantó ante una barra concurrida y con algún vino de más, las virtudes que cierta crema obraba sobre la piel más celosamente oculta de las mujeres, y se detuvo en una cuyo nombre dejó entender. «Entre los oyentes», acabaría reconociendo Eliseo en sucesivos repasos del episodio, «descubrí tarde al barbero de La Elegante, hombre célebre por afilar la lengua en el mismo cuero que la navaja».

Fue cuestión de un par de horas –las que tardó en comer– que a Valbuena le saliera al paso el marido cornudo cuando se inclinaba a ordenar la mercancía en el maletero y, sin darle tiempo a enderezarse, le sacudiese hasta dejarle, según testimonio del propio paciente, «como la seda». La aventura acabó dejando también a la mujer afecta al ramo de textiles, una vez que el marido la sometió a idéntico tratamiento manual: «como un guante», resumía Eliseo el resultado. Cuando se recuperó de la paliza, lo pasaron a coloniales y le cambiaron de ruta, la de la raya con Portugal. A mí me

correspondió su herencia de cosméticos y suspicacias en tierras plenamente nuestras.

Emprendí el primer viaje con recelo. Soy hombre poco animoso, quizá entregado a cavilaciones en exceso. Preveo las cosas con precisión, sin temores arbitrarios, pero jamás he tenido valor para rebelarme contra la necesidad de que acaben siendo ciertos. Aquel nuevo itinerario me incomodaba. Entre tanta curva peligrosa y tanta burla contenida en la mirada de los clientes que iba visitando –no faltó quien preguntara con retintín por Valbuena–, fui a encontrar el mejor reparo a mi ansiedad en la barbería de Santos, mediada la ruta. Había pasado de largo en mi viaje de ida porque encontré cerrado el portal que daba acceso al negocio. Al mirar por la ventana, que renunciaba a la discreción de una cortina o de cualquier otro recurso en favor de la más elemental intimidad, descubrí el único signo de vida interior en aquella barbería: un ave exótica dormida en su jaula.

Nunca olvidaré aquella primera impresión, acaso avivada por un viento furioso que todo lo desordenaba fuera. Visto desde la calle, en pleno azote del torbellino, el reposo del pájaro tenía algo de desafío y su inmovilidad hallaba aún mayor motivo de refuerzo frente a la sombra alborotada que una morera, sacudida por el ventarrón, proyectaba sobre la pared del fondo del local.

A mi regreso, moribunda ya la tarde, apenas había cambiado el escenario salvo por el hecho de que el portal estaba abierto y el viento en calma. A mano izquierda, mediado un zaguán leproso y con olor a humedad, se abría la puerta de la barbería. Entré en aquel recinto más bien austero donde, tras el pasaje oscuro del portalón, volvió a hacerse la luz gracias a su ventanal abierto como un ojo atento a la carretera. Fue suficiente aquel paso para advertir que tras la puerta alentaba un mundo erigido sobre los pilares de la intemporalidad y del silencio. Después de una jornada de ingratas transacciones con clientes suspicaces y propensos a recibir noticias crueles de mi predecesor, casi agradecí la indiferencia con la que me recibió el pájaro cuando me acerqué a la jaula. Pronto tuve ocasión de comprobar la misma falta de interés por parte del barbero, que solo abrió la boca cuando me vio rondar junto a la percha que sostenía al animal. «No lo moleste. Está contando». Volví los ojos y encontré a un hombre sentado que hablaba sin levantar la vista del periódico.

A Santos no le vendí nada en aquella primera visita. Me escuchó con las manos a la espalda, apoyado en un radiador de su local. Con la mirada

perdida en sabe Dios qué extraños rumbos, el barbero parecía tan poco interesado en la mercancía que yo le pudiera mostrar, que no llegué ni a abrir el catálogo que llevaba bajo el brazo. Sin afán alguno por incomodarlo ni por corresponder inversamente a lo que juzgué entonces como una manifestación de tacañería por su parte, le pedí que me cortara el pelo y me afeitase. En realidad, lo hice por el mero alivio de prolongar el amparo de aquel refugio donde no se demandaban exposiciones del género ni se hacían preguntas sobre mi predecesor. Santos se limitó a sacudir en el aire el faldón y a indicarme con un gesto que me sentara. El resto del servicio fue un monólogo de la tijera masticando el aire y esa especie de expansión que parece respirar la navaja después de cada viaje tembloroso sobre la piel.

Mientras tanto el pájaro, inmóvil en su jaula, velaba por la quietud de la tarde.

3

Nunca he sabido la edad del pájaro. Sé, en cambio, que no puedo imaginarlo en movimiento, ni siquiera antes de haberlo conocido en la barbería. Desde que su dueño lo instalara dentro de una jaula que podía verse reflejada en el espejo, el ave dio muestras de haber nacido para la cavilación, o para la vida ensimismada de los objetos de tocador. Y aún los aventajaba en su inopia: la brocha de afeitar, erguida en posición de reposo, prometía más vitalidad que aquella criatura de colores; la decantación de la polvera tras una sacudida en la mano del barbero era un alarde de ajetreo y levedad comparado con el plumaje siempre inmóvil, casi plúmbeo, del ave prisionera; y la tijera, recién abandonada sobre una repisa, arrastraba tras de sí una memoria de vuelo sonoro entre los dedos que parecía denunciar con cada dentellada al aire la condición eternamente muda de aquel pájaro. Todo en él conspiraba contra su naturaleza estática solo para confirmarla: el copete de plumas negras a punto del desmayo —pero sin decaer jamás—, la mancha roja envolviendo con su ilusión de brasa ardiente la mirada fija, y la cola airosa, como un péndulo aventurado en el aire que, sin embargo, no oscilaba ni con las corrientes más vivas que se colaban al abrir la puerta de la barbería.

No se entendía aquella conjunción de garbo natural resuelta en la inmovilidad más absoluta. Acaso el cautiverio tuviera que ver con la tristeza

del ave, cuyo aspecto exótico invitaba a imaginarla en una vasta libertad de selvas sonoras. Pero ni siquiera los gorjeos de un cantor flamenco en la radio de la barbería, o el chorro del agua invitando desde el grifo a prolongar su voz con un canto, habían logrado nunca arrancar una nota del pájaro. A lo mejor no tenía memoria, o tal vez era un ave tímida hasta confundir la existencia con el silencio. Los años de clausura bien podían haber obrado aquel retraimiento inigualable. Mas lo cierto es que el pájaro se había quedado inmóvil desde el primer día, es decir, desde que las manos del barbero lo dejaran dentro de la jaula una mañana de sol, como quien deposita una memoria colmada en algún punto tan delicado de la existencia que su fragilidad no admite alteraciones.

El adelgazamiento progresivo de un taco de calendario sujeto a la pared, junto a la jaula, era el único signo de cambio de la barbería. Aquella metamorfosis lenta pero rigurosa, contribuía a incrementar la impresión de inmovilidad del ave, que permanecía milagrosamente incólume frente a la carrera del tiempo.

Pasados unos años llegaría a saber yo que el pájaro era capaz de moverse. Lo hacía para beber, siempre de noche. Nunca llegué a verlo pero poco me costaba imaginar aquel mínimo tránsito que apartaría al ave del palo infundiéndole tal pesadumbre que me venía a la cabeza cierta imagen de un estilista lleno de disgusto por abandonar, siquiera momentáneamente, su alcázar de virtud. Para aquella criatura, el refresco del agua, aun en el amparo de la oscuridad, había de resultar una carga oprobiosa de la naturaleza, una necesidad asumida únicamente porque garantizaba la prolongación en el tiempo de la vida inmóvil. Tampoco el barbero hacía más movimientos de los precisos y a fuerza de años de obrar con freno había logrado ejercer su oficio sin apenas tocar la materia ni desplazarse en torno a las cabezas sometidas a su industria.

No sé cuándo llegué a una conclusión sobre aquellas abstinencias que, al menos, tuvo la virtud de justificar mis días de viajante: quizá todo se redujese a una simple afinidad entre los dos inquilinos más ascéticos de la barbería. Aquel había de ser un pájaro místico —me dije—, y en esa inclinación se avenía maravillosamente con el alma de su dueño, al que nunca fui capaz de venderle ni un peine de concha.

El sillón de un barbero, sobre todo si este cumple con las exigencias de silencio y decoro que pide Monsieur Villaret en su *Arte de peinarse a sí mismo y a los otros sin perder la compostura*, es una plaza admirable para la introspección. A instancias de Eliseo Valbuena había leído yo ese manual antes de emprender la ruta que él recorriera tantas veces.

–Te vendrá bien saber a qué te enfrentas en el ramo –me advirtió con voz fatigada, aún convaleciente de su último viaje y tendiéndome el libro desde una cama algo mugrienta.

De poco le había servido a él, la verdad, pero por lo que fui leyendo, la figura del barbero indiscreto que le había atraído la desgracia, poco tenía que ver con el modelo de contención que Villaret ponía como espejo del oficio. «Peluquero novelero o charlatán, inspira desconfianza e importuna, página 32», recuerdo que recitó Eliseo como quien alega la autoridad de un versículo bíblico. Luego terminó advirtiéndome que, por desgracia, no todos los barberos cumplen el precepto y que, si bien lo nuestro era vivir de la palabra, no hiciera alardes para evitar riesgos mayores.

Aquel primer día, sentado en la silla de Belarmino Santos, barbero que encarnaba hasta el extremo las virtudes predicadas por Monsieur Villaret y las extendía incluso en torno suyo, me entregué yo a cavilaciones que mezclaban la voz dolorida de Eliseo con preocupaciones propias, interrumpidas de vez en cuando por el recuerdo de otra barbería a la que me llevaba mi madre de niño. La de mi infancia en nada se parecía a esta por más que ambas compartiesen la condición de ser locales modestos, limpios y luminosos. Y aunque en mi memoria triunfaba un aire de fiesta perpetuo, asentado en los gorjeos que esparcía Juanito Valderrama desde un aparato de radio colgado de la pared, al que se sumaban los trinos muy tenaces de un canario de color naranja que emitía en rivalidad con el transistor desde la cima del perchero, lo cierto es que la mezcla de pensamientos, preocupaciones y recuerdos acababa fatalmente encallando en el marasmo real de la barbería de Belarmino Santos con su ilusión de tiempo detenido. Allí sentado, expuesto a la melodía de la tijera y a la gravitación del barbero alrededor de mi cabeza, todo se concertaba para avivar una curiosidad, casi obsesiva, por saber algo sobre el hombre al que la hoja de ruta aludía como «el Mudo», y sobre el pájaro de especie indescifrable que le acompañaba en

su misterio.

Lo que podría considerarse, a la luz de la filología más exigente, como un primer conato de diálogo entre Santos y yo, no se produjo hasta mi tercera o cuarta visita a la barbería. Pero, en honor a la verdad, no fue una conversación espontánea sino inducida por la entrada de una mujer al local. Iba vestida de luto, su gesto era severo y tenía entre las manos una cartera de la que asomaban las cuentas de un rosario. Sentado ante el espejo, yo las veía oscilar entre los dedos nerviosos de la mujer y el reflejo inmóvil de los frascos de loción. Se dirigió a Santos para recriminarle su falta de caridad: por lo visto, se negaba a teñirle el pelo a una hermana que ella tenía a su cargo, postrada tras una caída de la que, a juicio de todos los médicos, nunca se iba a recuperar. «Una inválida en vida», abundaba en la desgracia la mujer, «y a sus años». Luego, rehaciéndose con un suspiro, me miró a mí, como si quisiera involucrarme en su alegación. Sin quitarme ojo, cifró el límite del disgusto sobrevenido en el hecho de que a su hermana le había blanqueado el pelo de golpe, en cuanto ella, con las palabras mejor escogidas, le comunicó que no volvería a andar. Yo no sabía qué decir. En el espejo busqué a Santos y encontré su rostro sin signo alguno de alteración. Con incredulidad le vi mover los labios. Vuelto hacia la mujer, le oí decir que para la recuperación del ánimo convaleciente valía más que se estuviese con la enferma a toda hora, consolándola con su presencia, aunque fuese muda, en vez de andarle buscando tintes para el pelo.

El desplante del barbero me sorprendió tanto como la longitud de su respuesta. La mujer abrió mucho los ojos, que parecían gobernados por una locura repentina que los sacara de sus órbitas, y empezó a hacerse de cruces entre murmuraciones que fueron subiendo de tono hasta convertirse en una suerte de lamento resuelto en reproches encendidos.

De pronto, Santos le dio la espalda para dirigirse a mí. Inclínandose levemente, como quien procede a una confidencia, me pidió que le enseñara el muestrario. Su actitud me desconcertó, pero me levanté del sillón decidido. Sin quitarme el babero, por el que rodaron unos mechones de pelo hasta mis pies, hice un gesto a la mujer para que se apartara de la puerta y me dejase salir. La impasibilidad de Santos, al que imaginé manteniendo la posición de espaldas a la voz reprobadora mientras yo iba en busca del muestrario al coche, debió de sugerirle a la mujer un traslado de las hostilidades. Cuando regresaba, al pasar frente al cristal de la barbería, la oí decir:

–Y ese pájaro de mal agüero, qué, ¿sigue sin hacer nada?

La respuesta del barbero me alcanzó ya en el portalillo que daba acceso a su local.

–Los domingos se santigua con la pata.

Me crucé con la mujer en la puerta en trance de abandonar la barbería con gesto airado. Me miró ásperamente, como si fuera yo un cómplice de las ofensas administradas por el barbero. Entré en el local con el faldón retorcido sobre el cuello, en un torpe intento de echármelo a la espalda para liberar los brazos, y con una maleta en cada mano. Iba deprisa, por sorprender al barbero aún en el trance de la palabra recién ejercida. Quiero decir que llegaba con miedo de que la tregua contra el silencio hubiese ya expirado.

–¿Es verdad eso? –pregunté dando por supuesta una confabulación que nos eximía de ser más explícitos.

–El qué –dijo él.

–Lo del pájaro, que se santigua.

–Es pájara.

Y no dijo más, como si el género bastara para justificar la devoción del animal. Luego no me dejó desplegar la mercancía. Acabó de cortarme el pelo como siempre: con pulcritud y en silencio.

5

Durante mi primer año en la ruta de la Seda me corté el pelo y me afeité tres veces en la barbería de Belarmino Santos. El segundo año dupliqué las visitas. Llegué incluso a hacer peregrinajes en días que me correspondía descanso solo por entrar en aquella casa. Lejos de irse creando una familiaridad entre nosotros que favoreciera el diálogo, la reiteración de mi presencia en la barbería acabó por consagrar una ceremonia de gestos mínimos que, por encima de todo, excluían las palabras.

El ritual que iría asentándose llegó a contagiar los preparativos del viaje. Para el tercer año de servicio en la ruta, estaba yo menos atento a confirmar los pedidos y a ordenar la mercancía que a prescindir de afeitarme desde la semana anterior a mi partida. Y así, con una barba caprichosa que fue motivo de más de una desavenencia conyugal, se iniciaban diversos trámites a muchos kilómetros de una barbería cuyo interior procuraba yo atisbar

mientras aparcaba el coche.

Con paso corto, al cruzar ante el ventanal, lo primero era descubrir a su dueño sentado, leyendo la prensa, o a veces sin otra ocupación aparente que no fuera la de extraviar la vista. Proseguían las formalidades tras mi ingreso en el local con un saludo que implicaba un movimiento más bien exiguo de las cabezas, al que sucedía el abandono del periódico en una mesilla, o el regreso de la profunda lejanía, la invitación mediante un gesto a que me sentara, y la sacudida sonora del babero, como una ilusión de alas que reventaran en el aire y, apenas lucidas, replegasen su vuelo falleciente en torno al cuello. Por fin, sometido al imperio de aquel faldón que en su desmayo parecía restaurar la gravedad sobre los cuerpos, buscaba en el espejo al barbero para recurrir a las únicas palabras del trato: «corte y barba». Antes de que el peine me rozara la nuca, echaba yo un vistazo a la jaula, cuyo pájaro hermético era la última impresión del local con la que bajaba la vista hacia el regazo. Cerraba entonces los ojos y la voz metálica de la tijera llenaba el aire inmóvil de la barbería.

Si hago memoria, no logro recordar más clientes que yo mismo en aquel templo de silencio y soledad. Inevitablemente, cada visita derivaba en una inspección que pudiera descubrir rastros de otros parroquianos. Nunca hallé el menor signo de que por el sillón de la barbería hubiera pasado alguien poco antes que yo. Llegué a pensar que si destapaba el pequeño cubo de basura que había en un rincón, junto a la ventana, encontraría exclusivamente los restos del pelo de mi corte anterior.

Tampoco el nivel de alcoholes y colonias, siempre constante, hacía necesario que ofreciera yo la reparación de los frascos recurriendo al muestrario. En la barbería de Belarmino Santos no debía alterarse ni el agua de la cisterna de un minúsculo cuarto de baño que había junto a la entrada. Si alguien tirara de la cadena, preví más de una vez, el agua abandonaría el mundo visible sin el menor ruido. El rociador era otro misterio: siempre estaba en las últimas pero nunca se agotaba. La propiedad inmutable no era exclusiva de los líquidos y contagiaba también a la materia sólida. Por lo que pude ver, Santos prescindía de cuchillas y la navaja de afeitar parecía un instrumento eterno que renaciera con cada pasada por el cuero de afilar. Era una Korff & Honsberg de factura impecable, con las cachas de marfil, una navaja muy superior a cualquiera de las que yo le pudiese ofrecer. Nunca me atreví a hacerlo, de hecho. Todo se mantenía en el local como si el tiempo y

la gravedad que dictan el giro de la tierra hubiesen sido abolidos. La evaporación también había de estar proscrita de aquel recinto. Si no pareciera un desatino, llegaría a jurar que hasta las arrugas de la toalla colgada de una percha y la caída del babero en su reposo sobre el respaldo de la silla, eran siempre idénticos.

Aquella invencible inercia no me eximía, sin embargo, de porfiar. Con poquísima convicción –bien es cierto– descargaba yo las maletas en la barbería de tarde en tarde. Solía justificarme ante el barbero alegando novedades en el catálogo. Él iba separándose poco a poco de mí hasta apoyarse en el radiador, como había hecho la primera vez que me puse a exaltar las bondades del género que repartía. Con un recogimiento que parecía poner leguas de distancia entre los dos, Santos me dejaba hablar al tiempo que extraviaba la vista. Entonces yo declaraba objetos en voz alta siguiendo el orden de un catálogo cuya declamación ante aquel interlocutor me hacía sentir ridículo. En sucesivos intentos llegué a padecer un sentimiento de culpabilidad. Lo mío era también una inercia, pero menos convincente –o menos convencida– que la suya. Parece mentira cuando se piensa: un viajante disculpándose por ofrecer su mercancía.

6

De una forma lenta pero inexorable, fui desistiendo de mis impulsos comerciales ante Belarmino Santos. Entrar en el reino de inmovilidad que se respiraba en su local hacía innecesarios mis afanes mercantiles, por no decir que los habría vuelto impertinentes. Fue cuestión de afianzar las visitas para que dejara de remorderme la conciencia de vendedor inútil. Me quedaba el consuelo de saber que obraba con arreglo a una nueva piedad que me iba dominando. Y cuando lo pienso ahora, diría que aquella pulsión secreta empezó a invadirme desde el momento en que entré por primera vez en la barbería. Bajo la luz de un sol que parecía haberse dormido después de que se aplacara el viento, puse el pie en un local hecho de silencio, como quien se adentra por el cuadro de algún diáfano maestro florentino para recibir una revelación. La mía comprendía la quietud inexplicable de un pájaro y el arte livianísimo de Belarmino Santos con la tijera y la navaja de afeitar.

La absoluta reserva y la ausencia de toda necesidad demostrada por el

barbero empezaron a insinuarse en mi carácter desde aquella hora lejana. Y visita tras visita, sus modales abstinentes acabarían afianzándose en mi ánimo hasta el punto de inclinarme a la imitación más insensata, teniendo en cuenta que mi crédito como vendedor empezaba a verse comprometido en la compañía. El demérito no dependía de una ausencia permanente de negocio en la entrada que el albarán identificaba como «Casa el Mudo» desde los tiempos de Eliseo Valbuena. Lo grave era que la aparente indiferencia de aquel barbero, ajeno a todo apresuramiento y dueño del mayor desinterés, había empezado a contagiar mi propio sentido de las cosas, haciéndome dudar de la honestidad de mi oficio de charlatán.

Tanto fue así que las amonestaciones periódicas del jefe de ventas por no ganarme a aquel cliente me pesaban menos que la vergüenza de verme ante Belarmino Santos ponderando las virtudes de una jabonera esmaltada o la frescura incomparable de no sé qué unguento aromático de la casa Carlés. Por no entrar en la declamación de los nombres que don Saturnino, el propietario de la firma comercial, había impuesto sobre cada producto para identificarlo con una imagen, según su criterio, evocadora: el rizador «Sansón» o la polvera «Atómic».

La mera variedad de productos alentada en los catálogos, socorro del discurso menos inspirado del viajante, llegó a ofenderme cuando me hube acostumbrado a la desnudez de la barbería de Santos: un peine, una tijera, una navaja con su cuero de afilar y una brocha; entre los líquidos, un único frasco por especie: alcohol, agua perfumada y aceite mineral. La materia sólida se limitaba al talco invisible de una polvera. Aquella estricta repisa era una condena muda, incorruptible y severamente ordenada, de los excesos materiales de mi oficio, que exigían peinillas y patilleras, rociadores y cepillos, amoladoras, bisoñés, unturas y lociones, esencias, emulsiones y bálsamos de dudosa virtud, cremas capilares, crecepelos áridos y demás potingues que aquel barbero no había necesitado jamás.

La industria silenciosa de Santos se me ofrecía como un camino de perfección, una vía ascética contradictoria con mi ejercicio de embaucador ambulante. Y de su incierto mérito: si la elocuencia es inspirada, no solo se cierra la venta sino que se deja un legado de felicidad en el comprador que bien puede derivar en una inquebrantable lealtad por el producto en lo que le quede de vida. Lejos estaba yo —o empezaba a estarlo— de contagiar ese fervor que promueven los manuales para viajeros. Fuera de la barbería, en

los demás negocios de la ruta, aún lograba ejercer mi papel de parlanchín pero la fe en lo que hacía se iba debilitando en cada andanza. Y con ella, el discurso apasionado.

Debió de ser por entonces cuando empecé a contestar a mi mujer con monosílabos.

7

Al cabo del primer año de servicio llegó también la primera queja a la oficina. Fueron sumándose otras, cada vez menos espaciadas, que venían a confirmar además una mengua notable en el volumen de las ventas. Recibí advertencias en el almacén que no me valieron de mucho y fue cuestión de la enésima protesta que don Saturnino Alonso, fundador y soberano dueño de la compañía, me hiciera llamar una mañana a su despacho.

La gota que había colmado el vaso procedía de la carta muy airada de un cliente que se había visto en la necesidad de suplicar —«su-pli-car», enfatizaría don Saturnino frente a mí— que yo le enseñase el muestrario. Aquel año —hablo del tercero en la ruta de la Seda, y tal vez de una veintena de exposiciones a la navaja de Santos bajo la gravitación silenciosa del pájaro—, había llegado yo a tal grado de continencia en el trato que consideraba innecesaria la exhibición de los objetos para convencer al cliente. Era como vender fe en vez de artículos de tocador.

Ante don Saturnino estuve algo menos comedido que con la clientela habitual. Pero para quien sustenta su concepción del mundo en un resultado de máximos de poco vale el discurso, por más que fervoroso, de un defensor de mínimos. Le dije que la confianza del comprador debía estar por encima del producto. Creer sin ver era la mejor prueba de fidelidad en el cliente. Aspiraba yo a educar al público en la práctica del creer sin oír siquiera —me atreví—, es decir, en una fe que excluía la necesidad de que el viajante tuviera que pronunciarse sobre la mercancía. A decir verdad, en aquel despacho, ante los ojos cada vez más atónitos de don Saturnino, cuyo rostro iba visiblemente alborotándose, me faltó ánimo, o quizá resolución para exponer en todo su rigor las virtudes de mi proyecto abstinerente. Y si algún rastro de osadía me quedaba, don Saturnino acabó de demolerlo con el tremendo manotazo que dio sobre la mesa para hacerme callar.

–En esta casa estamos orgullosos del muestrario –me aleccionó–. Yo, especialmente. ¿Tiene usted idea de lo que cuesta que se nos identifique por ahí fuera con el cepillo «Almanzor» o con la tijera «Dalila»? ¿Sabe lo que me costó dar con esos nombres para que usted se permita el lujo de ocultarlos como si no valieran nada? La biblia del viajante es el catálogo y por él, abierto y bien abierto encima del mostrador, tiene que jurar: ¡por Almanzor y por Dalila! Para andar jugando al escondite con la mercancía, mejor dedíquese a otra cosa. Por ejemplo a la magia, desapareciendo ahora mismo de mi vista. De momento ya ha hecho desaparecer la confianza de clientes ganados con muchos años de esfuerzo y sacrificios en esta casa.

Antes de echarme de su despacho me advirtió:

–Su puesto en la compañía depende de que recupere lo perdido en el próximo viaje. Y no me refiero solo a las ventas.

Supuse que me exigía la recuperación de cierto crédito ante el cliente ofendido, ese orgullo profesional que, ciertamente, era la marca que don Saturnino reconocía como propia de la casa y exigía a sus representantes, por encima incluso del beneficio comercial. Cuando llegaba a la puerta volvió a detenerme su voz:

–Respecto a esa peluquería que no ha hecho un solo pedido en los últimos tres años, usted verá qué hace. Valbuena, por lo menos, colocó allí un peine.

Antes de que cerrara la puerta de su despacho, don Saturnino extrajo un puro de la americana y llevándoselo a la boca completó la información sobre la venta:

–Modelo «Campeador».

Supongo que no debía de estar yo tan maduro como creía en la voluntad de prescindir de la palabra y hasta en la renuncia de todo amor propio, porque la amonestación de don Saturnino me dejó expuesto a la urgencia de hablar con Eliseo Valbuena sin otro motivo más honorable que el de saber cómo había logrado venderle un peine a Belarmino Santos.

De Valbuena no había sabido nada desde que heredara su ruta. Por las oficinas no habíamos vuelto a coincidir porque las pisaba yo siempre como

quien entra por casa no del todo propia, y con más prisa por abandonarlas de la razonable en un servidor leal de aquella firma centenaria. Por el almacén, que frecuentaba de mejor gana, Eliseo no tenía que ir: coloniales dependía de un distribuidor que utilizaba otra sede. Era difícil, pues, que nos cruzáramos.

La súbita necesidad de ver a Valbuena me hizo reflexionar sobre el paso del tiempo. Habían transcurrido más de tres años desde que, convaleciente en una cama, me hubiera recomendado prudencia por unos caminos que a él se le habían atragantado. Más de mil días, pensé de pronto con aprensión. Enfrentado a la cifra, me pareció que había vivido en una inercia inútil, desprovista de toda emoción o de todo interés salvo el de la necesidad, periódicamente renovada, de entrar en una barbería atendida por un hombre que jamás pronunciaba una palabra y cuya alma misteriosa, entendía yo, había encontrado donde reflejarse en un pájaro tercamente inmóvil.

Ahora que quería ver a Valbuena con el mezquino propósito de conocer la historia de un peine que acaso él ni recordara, caí en la cuenta de que no le había devuelto siquiera el manual del peinador que con tanta tribulación me había prestado antes de mi primer peregrinaje por la Seda. Busqué el libro en casa, recorriendo en vano habitaciones y estanterías. Fue mi mujer quien me indicó su paradero. «No sabes lo que orienta tener que quitar el polvo a diario», dijo señalando a cierta altura de un aparador. Casi oculto, junto a un álbum de fotos, distinguí el lomo del sufrido ejemplar.

Ojeé el libro como si fuera la primera vez, tan pronto olvida uno lo que ha leído un día con la mejor disposición. Me resultaban insólitas aquellas recetas para teñir el pelo y las virtudes del escarpidor, las precauciones para ponerse el sombrero sin arruinar la paciente obra del peine y el remedio que ofrece el bisoñé a las flaquezas del cuero cabelludo. Convertido a la sobriedad de Santos, todo aquel escaparate de ungüentos y extensiones me parecía grotesco. Ante una línea, volvió a asaltarme el pensamiento sombrío de que tres años bastaban para sembrar el más absoluto olvido en mi memoria. Me sorprendió como nueva una observación que habría tenido que recordar, porque comprometía una interpretación de las canas que llevo años haciéndome ante el espejo: «todo cuanto puede debilitar la organización o disminuir la acción vital, es causa de mudanza en el color del pelo y muy en particular de encanecer». Si ahora recuerdo la frase literalmente no es por haberla leído dos veces en el manual de Villaret, sino porque el hecho de recuperarla avivó en mí una sospecha antigua sobre la manifestación visible

de la debilidad del carácter. Sin soltar el libro entré en el cuarto de baño y me busqué en el espejo. Hallé a un hombre de aspecto poco alentador. A juzgar por las conquistas de las canas en mi cuero cabelludo, era evidente que mi carácter no había hecho más que languidecer en los últimos meses.

No se me ocurrió mejor manera de dar con Eliseo Valbuena que llamar a Luis Centeno, una de esas almas nacidas para la reunión universal de las demás y siempre pendiente de las derivas ajenas por muchos accidentes y mudanzas que la fortuna pueda precipitar. Por supuesto, Centeno sabía de Valbuena.

–Si lo ves no lo conoces –me advirtió–. Está que no cabe por esa puerta.

Hablábamos por teléfono y me sorprendí comprobando la puerta que veía más cercana, como si Eliseo forcejease en aquel momento por entrar en mi salón. La voz festiva de Centeno prosiguió desgranando noticias, entre ellas la de la boda inminente de Valbuena. Al parecer había sido espléndido a la hora de mandar invitaciones, «no se salva ni Barriales, y mira que estuvieron siempre peleados». Por lo visto me salvaba yo.

Pensé que, efectivamente, había hecho dejación de mi labor social como viajante y que llevaba siglos sin ver a nadie. ¿Acaso la misantropía del barbero me había influido hasta tal punto? Meses, me dije, sin cruzarme con un compañero y no había hecho nada por reparar las ausencias. Lo cierto es que tampoco nadie había llamado para saber de mí. Me descuidé un momento en estos pensamientos y cuando quise reaccionar ya era tarde: Centeno, al otro lado del teléfono, organizaba un encuentro para tomar unas copas con Valbuena esa misma noche. Le faltaban pocos días para casarse, me previno. Puse objeciones que solo valieron para que él se extendiera en una defensa apasionada de su iniciativa. La ocurrencia de las copas –razonó– podía valerme hasta una plaza en el banquete si la noche se animaba.

–En cualquier caso, te conviene lo de hoy –resolvió un Centeno de pronto precavido–. Luego se nos marcha de viaje de bodas, o lo secuestra su mujer, y a saber cuándo lo pillas. De paso te vemos a ti el pelo, que parece que andas huido. –Con voz maliciosa, con una risita inquietante, remató–: y a lo mejor andas.

Colgué sabiendo que Luis Centeno estaba al día de mis faltas y delitos en el ramo.

Del encuentro con Eliseo Valbuena aquella noche guardo impresiones acaso menos irreales de lo que en verdad habrán sido. Irreal era la luz que hacía confusos los vasos en la mesa que ocupamos en un rincón; irreal hubo de ser un calendario desde el que enviaba sonrisas procaces una rubia a la que Centeno, periódicamente, le brindaba un sorbo; irreal, en fin, me parecía cada minuto empleado en recordar anécdotas de la común vida ambulante que retrasaban mi urgencia real por hablar con Valbuena de un peine.

Eliseo había engordado, es cierto, pero quien campeaba con un imponente volumen en el ancho territorio de la deformidad era Centeno. También me pareció grotesco de palabra. Quizá lo había sido siempre y yo lo había olvidado. Sin preámbulos, se entregó a un repaso tedioso de episodios galantes que remataban fatalmente en el mismo suceso, el acontecimiento biográfico que ilustraba, mejor que ningún otro, la rara victoria de la fortuna sobre la adversidad. Esa biografía iluminadora era la de Valbuena.

—¿Pero cómo se te ocurrió echarle crema a la señora del boticario? —le daba pie Centeno.

—No os confundáis: la crema se la ponía ella. Yo lo único que hacía era sujetarle el bote. Que luego la señora en cuestión me pedía que se la extendiera porque ella no llegaba, pues allí estaba yo para complacerla, que poco cuesta echar una mano cuando se pide con aquellos ojos de necesidad que ella me ponía.

Después venía la asombrosa ejemplaridad del caso: la paliza que el marido burlado le diera a Eliseo había servido para ponerle en el buen camino. Y aclaraba:

—Quiero decir en el camino de coloniales que me llevó por la raya. ¿Y quién me esperaba allí? La que va a ser mi mujer pasado mañana. ¿Os he contado cómo la encontré?

La pregunta era retórica. A cierta hora de aquella noche habría sido inútil que yo me excusara de oír una vez más el episodio porque Valbuena y Centeno hallaban en su repetición una enseñanza suprema de la fortuna que admitía revisiones sin límite.

—Entro en un bar recién pasada la raya —retomaba el hilo Eliseo— y me veo a una mujer sola y sentada ante la barra, como si estuviera aburrída. Más bien parecía triste. Miro alrededor, que ya va uno aprendiendo cautelas, y me

aproximo. Nadie que la acompañe. Pido de beber y de reajo noto que hasta es guapa. Espero algo más, no vaya a ser, se me ocurre de pronto, que tenga a la compañía en el lavabo. Pero después de una prórroga más que razonable, nadie aparece. Así que me decido, tras ajustarme la corbata: «¿Cómo te llamas?», le pregunto con mi mejor voz. ¿Y qué me contesta?: «Mile pesetas».

Centeno estallaba entonces en una carcajada que parecía celebrar por vez primera aquel malentendido. Rojo, sudoroso, con lágrimas en los ojos por la risa, se escoraba casi aplastándome para sacar del bolsillo un pañuelo con el que enjugarse el rostro; enredado en él salía la cartera y de la cartera un billete pringoso que arrojaba con entusiasmo sobre la mesa.

—¡Mile pesetas!, como la otra, pero las mías van en whisky. —Y de pronto, como si hubiera olvidado algo fundamental, se ponía serio para dirigirse a Valbuena:

—¿Y tú pagaste, Elisín?

—Solo esa primera vez.

Aún puedo sentir la impaciencia que me dominaba cada vez que el episodio volvía a imponerse en la conversación. Y así fuimos adentrándonos en la madrugada entorpecidos por una palabrería agotadora que nos dejaba ante las copas en el mismo punto una y otra vez, como si no hubiera modo de vencer la atracción por un abismo de triviales memorias que parecían resucitar continuamente en los oídos, igual que el hielo removido de los vasos con cada trago.

A cierta altura de la noche Centeno se levantó para ir al baño. Tambaleante, se alejaba hacia el fondo del local como un barco con la carga desplazada, incapaz de evitar una deriva que lo encallase entre las mesas. Se dio contra una y tras rehacer el rumbo tropezó con una mujer a la que se abrazó para no perder el equilibrio. Ella lo apartó con asco, recolocándose el vestido. Por fin, Centeno fue a perderse por una puerta, al fondo de un pasillo. Desde el otro lado nos llegó su risa extemporánea.

Valbuena encendía un cigarrillo con los ojos cerrados y entre leves balanceos de la cabeza. Parecía seguir una melodía que solo él escuchaba. Como si mi voz saliera también de alguna espesura de nieblas solo mías, me oí pronunciando el nombre de Belarmino Santos. Valbuena no parecía entender, perdido en una lejanía de humo. «El Mudo, el peine que le vendiste al Mudo», repetí. Valbuena entrecerró los ojos, abrió un poco la boca, echó la

cabeza hacia atrás hasta apoyarla en el respaldo de la butaca, como si aquel movimiento también lo acercase hacia el pasado y el límite del asiento lo detuviera en el día exacto de la transacción.

–El Mudo... –murmuró suspendiendo el discurso en algún lugar remoto–. Al Mudo no había quien le vendiera nada. Ese peine lo puse a su nombre pero lo pagué yo –dijo levantando mucho las cejas.

Ni siquiera la borrachera que compartíamos le impidió apreciar la naturaleza absurda de aquel procedimiento declarado años después de haberse producido. Se echó hacia delante y con su mano buscó mi antebrazo para completar la confidencia que lo justificaba:

–Don Saturnino ya me estaba encima y nunca me gustaron los sermones, bien lo sabes. Así que pensé cómo salvar los muebles sin despeinarme, nunca mejor dicho. –Después sonrió con complicidad para terminar–. No creas que en el albarán apunté un peine sin más, puse el modelo «Campeador», el de asta de Irlanda, y sin omitir la coletilla: «especial tupés con desmayo, una unidad». Era la última ocurrencia de don Saturnino, te acordarás de aquella charla sobre llevar la frente despejada y el flequillo enhiesto «con ánimo de campeador». Según él, esa frase rendía la voluntad de los clientes. Pues eso bastó para dejarlo conforme. –A Valbuena seguía bailándole la cabeza mientras me miraba con los ojos enrojecidos–. Pensándolo ahora, se conformó con poco –terminó.

Aquella explicación inesperada sirvió para devolverme la tranquilidad. A lo mejor, como don Saturnino, también yo me conformaba con poco. El caso es que las palabras de Eliseo tuvieron la virtud de darme ánimos. Me libraban de una congoja que nada tenía que ver con mi condición de vendedor incapaz de colocarle un peine a un barbero, sino con un inexplicable desconsuelo por el hecho de saber que ese barbero había caído en la necesidad de comprar un peine. Absuelto de aquella operación mercantil, Santos volvía a alzarse ante mí con el diáfano resplandor de las almas puras. Sentí de pronto un afecto por Valbuena que me invitaba a más confidencias. Iba a preguntarle si había llegado a tratar algo a Santos, a cortarse el pelo siquiera, cuando me sorprendió el tono meditabundo de su media voz.

–En el fondo, el Mudo y don Saturnino son iguales. A uno le vale con vender un peine y al otro con no comprarlo para ser fieles a su genio.

–¿Y cuál es ese genio, Eliseo? –interrumpí su cavilación.

–Cuál va a ser –pareció él despertar–: puro orgullo. Y en el caso del

Mudo, de la peor clase. Un orgullo capaz de contagiarse alrededor. ¿Todavía tiene ese pájaro?

Notó mi sorpresa y creo que se regodeó chupando lentamente el cigarrillo antes de concluir.

–Con esas plumas de colores te digo que no puede ser mudo.

La deducción de Valbuena me dejó perplejo porque venía a coincidir con algunas impresiones mías que podrían pasar por puro desvarío. Lo que oí después, en cambio, carecía de precedente alguno en mis especulaciones.

–Dicen que mató a una mujer.

Valbuena tuvo que advertir tal desconcierto en mi cara que se apresuró a explicar:

–El Mudo, no el pájaro.

Antes de que pudiera replicar algo, llegó Centeno del baño y se sentó resoplando. Sus bufidos fueron a sumarse al tumulto de aire que, bajo su peso, huyó ruidosamente por un descosido del butacón.

La confidencia de Valbuena giraba en mis oídos y me sumía en imaginaciones siniestras donde brillaba una navaja abierta, llena de sangre. Las palabras se atragantaban en mi garganta por salir pidiendo más explicaciones pero el discurso era nuevamente de Centeno, recién incorporado a la mesa para resucitar la marea eterna de otra infatigable especulación.

–Así que, Elisín, tú ibas bajando por la espalda de la boticaria con los dedos untados de crema...

No debía de faltar mucho para que amaneciera cuando nos separamos. Aún me parece increíble aquel marasmo que nos mantuvo firmes a los tres, sujetos a una fatalidad inexplicable que nos impedía hablar de algo sustancioso, cambiar siquiera de escenario, inútiles para la confidencia y ajenos al afecto más elemental que guiara valiosamente nuestras palabras después de años de no vernos. Lo cierto es que fui incapaz de rebelarme contra la tiranía de un anecdotario tedioso que acabó por arrastrarnos a una efusión quizá peor: un repertorio de cánticos destemplados.

En medio de notas convulsas salimos del bar a trompicones. No

recuerdo siquiera que nos despidiéramos, tan descuidados debíamos estar ya unos de otros cuando pisamos la acera. Diría que cada cual se fue cantando por su lado. Solo en una distancia que hacía inevitables las voces nos gritamos adiós. Recuerdo a Valbuena tambaleante, apoyándose en una pared y vociferando mi nombre; con la mano libre hacía una rueda en el aire, por encima de la cabeza. Entendí en ese gesto la voluntad diferida de seguir hablando, acaso la intención de una llamada telefónica.

Aquella noche soñé con el barbero. En realidad no soñé con él sino con una impresión de Belarmino Santos cuya imagen real no llegaba a manifestarse en el sueño. Como siempre, acudía yo a la barbería pero algo había cambiado en su emplazamiento o en su exterior porque no lograba encontrarla. Llovía intensamente y yo, en mangas de camisa y descalzo, deambulaba por la calle en busca del local. Oía un ruido, y, a mi espalda, el coche cargado con los muestrarios retrocedía sin que nadie lo guiara hasta despeñarse por un barranco. Seguí caminando, despreocupado del accidente. Empezaba a dudar de mis sentidos cuando reconocí la morera que brota del asfalto, delante de la barbería. El portal estaba abierto pero su interior no era el que yo esperaba ver: una luz muy clara, casi dolorosa, omitía las paredes desconchadas de la realidad y las escaleras de madera que suben a perderse en una penumbra de cales declinantes. Tampoco estaba la puerta de la barbería en el zaguán. Desorientado, volvía a la calle desde el portalón a tiempo de ver que mi coche, lleno de abolladuras, se acercaba despacio por la carretera. Al llegar junto a mí se detenía. Alguien forcejeaba en su interior por bajar la ventanilla. Era don Saturnino. Envuelto en una nube de humo, me miraba sin decir nada, fumando un puro. De pronto, con gesto de desaprobación, me arrojaba una maleta enorme y proseguía la marcha llevándose el coche. Seguía lloviendo y yo miraba cómo las gotas, al empapar la maleta tirada en el asfalto, iban dibujando sobre la piel figuras caprichosas, animales extraños, tal vez islas. Entonces notaba un reguero tibio en los pies descalzos.

Ahora me asalta una duda: se refiere a un pensamiento que, creo recordar, tuve dentro del propio sueño aunque bien pudiera ser una asociación hecha días después. La tibieza en los pies, sospechaba yo, se debía al contacto de la piel con el zumo que esparcían las moras del árbol derribadas por la lluvia. Las veía caer y reventarse contra el suelo con un sonido sordo, como gotas de sangre espesa. Bajé entonces los ojos y vi

estremecido que un charco de verdadera sangre me empapaba. Aquel manantial terrible que moría a mis pies procedía del portal. El pánico se apoderó de mí. Quería huir y quería girarme para comprobar el origen de la sangre pero un horror más profundo, una angustia que me impedía respirar, me negaba también la capacidad de volver la cabeza para comprobar qué ocurría a mi espalda. Me quedaba allí, inmóvil en la boca del portalón, temblando ante una amenaza invisible y con los ojos inundados de lágrimas. Sin necesidad de verlo yo sabía que Santos estaba muy cerca, respirando detrás de mí. Entonces oía un grito, un lamento insoportable y, a través del llanto, o de la lluvia, descubría al pájaro de la barbería mirándome fijamente desde lo alto de la morera. En sus ojos brillaba la misma sangre que esparcían los frutos caídos, densa como una miel roja. Abrió el pico de nuevo y antes de que pudiera oír por segunda vez aquel quejido monstruoso, desperté. La luz del sol, que se colaba en la habitación por una rotura de la persiana, me hería los ojos como una cuchilla de fuego.

Me puse el almohadón sobre la cara y traté de ignorar la pesadilla. A cambio recordé que había olvidado devolverle a Valbuena el *Arte de peinarse* de Villaret. Estaba empapado en sudor. Me dolía la cabeza, tenía mucha sed y no encontraba ánimo para levantarme. Tuve la sensación de que me acababa de acostar. Por un momento me pareció que Centeno y Valbuena estaban a mi lado todavía, dispuestos a repetir una vez más la historieta edificante de la noche. Quería decirles algo pero me faltaba la voz. Con fatiga me vino a la memoria la imagen del camarero dejándonos encima de la mesa otra ronda. Casi sentí una arcada. El sonido de los vasos al chocar con el mármol repercutió en mi cabeza furiosamente, como si ocurriera en ese momento a pocos centímetros de mí. Aquel servicio, que cada vez parecía menos figurado, se convirtió en seguida en una descarga cercana y sin reposo en mis oídos. Y de pronto, en medio del repiqueteo, se impuso una voz femenina:

–O sales ya de la cama o salgo yo de esta casa para siempre.

Sobresaltado, aparté el almohadón de la cara. Mis ojos fueron a estrellarse con los de mi mujer que tecleaba impacientemente con la alianza sobre el cristal de la cómoda.

Eliseo Valbuena no me invitó a su boda aquella noche y si lo hizo, yo no lo recordaba. No quise llamarle al otro día, temiendo tal vez una intempestiva confirmación. La verdad es que eran otras las inquietudes que empezaron a asentarse en el horizonte más inmediato. Y todas tenían que ver con unas palabras dudosas, acaso fruto de la imprudencia o del alcohol, pero capaces de influir en la vigilia hasta hacerla obsesivamente deudora del sueño.

Así fue como mientras Eliseo Valbuena se casaba un sábado de agosto, dos días después de nuestro encuentro, yo conducía por la ruta de la Seda hacia la barbería de Belarmino Santos.

El tiempo se había revuelto y un vendaval destemplado esparcía nubes sueltas por el cielo. Pasaban deprisa, como fragmentos desgarrados de una lejanía que anunciaba sombríamente prematuros alientos del otoño. Mecidas en el espejo retrovisor temblaban las últimas casas de la ciudad, construcciones huérfanas de aceras y letreros. Parecían los restos dispersos de un naufragio que el tiempo hubiera dejado a su suerte. Muchas veces había cruzado aquel límite de solares yermos y abandono, pero nunca como en aquella ocasión me resultaron sus casas tan expuestas frente al mundo que se extendía más allá. También a mí me asaltaba un sentimiento de incertidumbre, como si el escenario de un viaje tantas veces repetido fuera otro, más imprevisible incluso que el de la primera vez. El peso de la minúscula confianza de Valbuena había bastado para poner una sombra de desasosiego sobre todas las cosas.

«Dicen que mató a una mujer». Pensé en Belarmino Santos, su figura recogida, su contención y su silencio, su inagotable carencia de pasiones. Verdaderamente resultaba difícil imaginarlo herido por la ofuscación o entregado a violentos desahogos. Y, sin embargo, yo no era capaz de aceptar en aquella denuncia hecha a deshoras y entre copas, el arbitrario nacimiento de un rumor al que no valía la pena dar el más mínimo crédito. «Dicen». ¿Quiénes?, procuraba desacreditar yo el origen de la acusación. Pero las palabras de Eliseo Valbuena eran como las casas huérfanas de la ciudad: ponían un límite a lo conocido y aventuraban una inquietud nueva, imposible de ignorar.

Aparqué el coche frente a la barbería, al otro lado de la carretera. Sin apagar el motor contemplé su ventanal, que reflejaba un inquieto mar de nubes sobre la pereza de los tejados. En torno a la morera, como un ominoso

recordatorio del sueño, algunos frutos caídos habían dejado su impronta de sangre oscura por el suelo.

Con indecisión más propia de viajero extraviado que de alguien hecho al tránsito regular por aquella ruta, dudé de mi destino. Una mezcla de lucidez y de fatalidad me inspiraba a la hora de desechar toda suerte de pensamiento sensato que me venía a la cabeza. Agarrado al volante, miraba hacia la barbería y suprimía mentalmente la distancia que me separaba de ella para asomarme a su interior. Aquel breve espacio que no me decidía a cruzar, estorbaba mi regreso inmediato a casa, donde haría mejor oficio poniendo algo de consuelo en los afectos ofendidos de mi mujer.

Pero no hay buenas intenciones que valgan donde manda la obsesión. A mí me dominaba un desvelo que nacía de algo tan frágil como un pájaro y se desbordaba en el recuerdo de una frase oscuramente pronunciada sobre su dueño. Vacilante, me acaricié la barbilla y aún me inquieté más: para entrar en el local que miraba desde el otro lado de la calle, no tenía esta vez ni la disculpa del premeditado abandono de la barba hasta un grado que justificara la obra del barbero con la navaja de afeitar.

Salí del coche pero no me decidí a cruzar la carretera. Casi tuve la impresión de que me arrebatara el viento, un viento loco que me enredó en su torbellino hasta dejarme medio cegado ante el bar que ocupa la acera opuesta a la barbería. Con los ojos llorosos por el polvo, entré a tientas y aún me costó cerrar la puerta.

El bar, largo y vacío, ajeno en su pereza interior al vendaval que no cesaba de agitarlo todo fuera, conservaba esa indolencia propia de los negocios entre horas. Sobre la barra había un periódico. Pedí un café y ojeé la prensa sin demasiada atención. Incapaz de concentrarme en lo escrito, pensé en cambio que era la primera vez que entraba en aquel recinto que había visto tantas veces desde el sillón de la barbería. Se me ocurrió que ambos ventanales se miraban sordamente. Abandoné el periódico y me acerqué al cristal. Desde allí no podía ver a Santos, al que supuse recogido en su asiento, pero distinguí la jaula con el pájaro, inmóvil en el reflejo fugitivo que las nubes dejaban al pasar en su ventana.

–Si piensa cortarse el pelo tendrá que dejarlo para otro día.

Volví la cabeza. Al fondo de la barra, acodado con aire de galbana, me observaba el camarero. No había puesto demasiada atención en él cuando me atendió. Era un hombre de cierta edad pero de buen aspecto, con el pelo cano

dividido por una raya que repartía con orden el cabello sobre las sienes. Dos grandes bolsas de piel bajo los ojos conferían a su expresión cierto aspecto de paciencia o de melancolía. El rictus irónico de la boca no acababa de compadecerse del todo con la mirada casi tierna. Pensaba yo en esa discordia del gesto cuando, de pronto, los labios del hombre, apenas visibles bajo un bigote poblado, se contrajeron en una mueca. Por una de las comisuras asomó la cáscara de una pipa. El camarero giró levemente la cabeza y tras un soplido envió el desecho a perderse en alguna hondura, tras la barra.

–El amigo Santos no trabaja los sábados –prosiguió–. En cambio otros, no podemos descuidarnos ni un día.

Me acerqué a la barra y volví a sentarme. Miré atentamente al hombre, que se llevó con parsimonia otra pipa a la boca.

–Usted es el viajante que sustituye a Valbuena, ¿verdad? –dijo sacando un platillo de debajo de la barra y poniéndolo a mi alcance.

Después, procedente del mismo depósito oculto bajo el mostrador, extrajo una bolsa y con tiento volcó unas pipas junto al plato. Añadió un cuenco para echar las cáscaras. No estaba muy seguro de la deriva de la conversación pero el camarero parecía dispuesto a prolongar la charla a toda costa.

–Valbuena sí que entraba por aquí. A comer paró muchas veces, por los callos –aclaró con un gesto de complicidad que me invitaba a llevar la vista hacia un lado de la barra.

Allí, bajo la campana de cristal, como un fósil tierno en espera de calor para resucitar, hibernaba una fuente de barro colmada de salsa roja con un laurel varado en la superficie.

–A veces hasta llamaba la víspera para asegurárselos –recordó con aparente añoranza–. Donde no pisaba apenas era en la barbería. A usted, en cambio, parece que le gusta más aquel negocio.

Subrayó la última frase escupiendo otra cáscara. Había algo en el tono del camarero, una mezcla enojosa de curiosidad e impertinencia, que me mantenía a la defensiva. Quizá por eso no toqué las pipas de la barra.

La ausencia de Santos me había contrariado. Cuando salí de casa lo último que pensé fue en la posibilidad de que la barbería cerrara los sábados. Quería decir algo, preguntar cualquier banalidad que disimulara mi frustración o diera a entender que el último motivo de mi presencia allí se debía al interés por su vecino de enfrente. La locuacidad del camarero me

ahorró el trámite.

—Lo que no sé —el hombre hablaba ahora como para sí mismo, parapetado tras la barra—, es por qué se molesta en abrir siquiera. Para el negocio que hace bien podría dedicarse a pasear.

Quizá el inseguro desinterés con que recibí yo aquel comentario dio a mi interlocutor motivos para abundar en la exposición de las rarezas del vecino. Entre diatriba y diatriba, las cáscaras de las pipas salían a volar de su boca en las más variadas direcciones y esa apremiante mezcla de palabrería y desperdicios proyectados, no pocas veces con acompañamiento de toses, conferían al discurso una impresión de laboriosidad algo angustiosa. El cuenco en medio de la barra, inútil para acoger los desechos del festín, hacía más enojoso aquel despliegue de murmuraciones entreveradas de cáscaras que, súbitamente, vinieron a resolverse en una denuncia general: todas las extravagancias de Santos se explicaban por su condición de hombre supersticioso, víctima por esa misma naturaleza de inútiles rutinas.

—¿Usted entiende que necesite abrir una barbería cuyo único cliente fijo es un pájaro que ni se mueve?

El hombre me miraba con la barbilla clavada en el pecho, los ojos muy abiertos y las ojeras descolgadas. Su expresión parecía el emblema de la evidencia absoluta, cuando no el de la franqueza más elemental invitando a confirmar sus conclusiones. Solo el gesto mal encubierto de la lengua, que se entregaba con saña al hostigamiento de algún residuo de pipa encallado entre los dientes, desmentía la condición beatífica de la mirada. Eso y el tono de voz con el que dijo:

—Un pájaro... y usted.

Probé los callos.

Para ese delicado momento, cuya puesta en escena incluyó el despliegue de un mantel no del todo limpio y la imposición de una botella de vino de la casa, el bar había tenido tiempo de animarse. Al calor de aquel tránsito, el nombre del camarero iba y venía por el aire como un eco impacientemente renovado: Corino esto, Corino lo otro, cóbrate, Corino...

Nuestra conversación dejó de ser fluida y en cierto momento me vi

apartado de la barra por su dueño, confidencialmente conducido del brazo hasta un rincón y sentado a una mesa ante la que anunció un menú que me agradaba poco pero cuya aceptación resolvía mi permanencia en el local para acabar de oír lo que aquel hombre, en mala hora atareado, tenía que contarme. Con gozo de narrador distraído por otras obligaciones que le forzaban continuamente a aplazar la solución del cuento, Corino, entre viaje y viaje a buscar pan o a traer cubiertos, fue dejando caer en mis oídos noticias extravagantes que anunciaban una biografía de Santos difícil de creer. Y bien puedo decir que la exigencia de las treguas impuestas al relato por atender a la clientela elevaron el interés por escuchar entera aquella historia.

Lo de menos fue someterme al sacrificio gastronómico de los callos por saber más. Recordarme frente al invencible plato sigue siendo poca cosa comparada con la peripecia del barbero que acabaría conociendo sentado a una mesa, en un rincón de un bar que, con el mismo abandono que se había llenado, recuperó poco a poco al calma hasta quedar vacío y sin otro reclamo más insistente que el tintineo de los últimos vasos que Corino retiró del mostrador para dejarlos mudos bajo el agua del fregadero.

Entonces, en medio del silencio recuperado, no supe advertir las consecuencias que arrastran las palabras oídas sin demasiada convicción pero dueñas, al cabo, de nuestra sedienta fantasía. En la soledad del local la voz de Corino resultó más envolvente que nunca y sus curiosas maneras a la hora de contar fueron enredándome sin que me percatara siquiera de la ominosa fábula que escondía aquel comienzo tan manido: la habitual navegación llena de peligros que ponía a Santos, triste huérfano ignorante del destino, en el umbral de una rica propiedad perdida en algún confín exótico del océano.

No insistiré más de lo debido en la voz agónica, siempre pendiente del carraspeo que la aclarase para seguir dejando palabras sin dar la impresión de que se agotaba su caudal. Pero dejaré constancia de dos hechos que aún ahora me siguen pareciendo más asombrosos que los modales retóricos del camarero. Ambos compiten por imponerse en la memoria que me queda de aquel extraño mediodía: Corino, en primer término, era capaz de concentrarse en la historia sin flaquear en la tarea subsidiaria de comer pipas, equilibrio verdaderamente excepcional que podrá confirmar cualquier degustador de frutos secos empeñado, de manera simultánea, en decir algo con soltura. Y, como complemento a cierto efecto de confusión provocado por esa rara pericia, la ceremonia periódica de las cáscaras alegremente echadas al vuelo

comenzó a adjudicar una trivialidad inquietante, por no decir monstruosa, al cúmulo de calamidades que las palabras de Corino fueron cargando sobre la conciencia, que hasta entonces yo juzgaba invulnerable, de Santos el barbero.

13

Lo que importa de esta historia empieza cuando logró afianzarse hasta correr seguido el relato, que fue a la altura en la que yo llevaba ya sentado un cuarto de hora a la mesa en espera del servicio. En ese mismo límite había quedado suspendida una navegación azarosa en extremo que se rehízo de zozobras y peligros tras el despliegue de la servilleta sobre el regazo y la dispensa del vino. Con la salida del último cliente del local coincidió la llegada humeante de los callos, y con ellos atracó también el vapor que llevaba a un Santos juvenil al encuentro de una plantación de madera exótica, herencia de un lejano tío materno, soltero, feliz en amores indígenas y asentado en una espaciosa quinta en Quinangán.

—La isla de tal ventura —me informaba Corino sentándose frente a mí con el platillo y las pipas—, es parte de la antigua provincia de Nueva Vizcaya, mar arriba de Joló.

Aquellos nombres declarados sobre el mantel lleno de manchas, dichos por un hombre que no dejaba de emitir cáscaras hacia los cuatro puntos cardinales, me resultaron tan dudosos que a mi regreso los busqué en el mapa. Quinangán encontró sitio en una esquina de la isla de Masbate, junto al mar de Bisayas, una de esas aguas llenas de orillas recortadas que van dibujando laboriosas islas en los mapas de Filipinas. Según el discurso de Corino, aquella geografía abundaba en palmeras, bosques colmados de pájaros, nubes bajas, charcos turbios y un mar muy azul. Los hombres vestían camisas blancas alegremente abiertas y pantalón remangado por la pantorrilla; sujeto a un cinturón de bejuco, llevaban un machete que abría sendas verdes y en días revueltos pedía sangre. Las mujeres, según el temple de la estación —o el de Corino—, dejaban los pechos enteramente al descubierto. Los propietarios blancos se cubrían con sombreros de paja que, a modo de abanico, mecían junto al rostro acompasando el ritmo de la muñeca al de una mecedora desde la que contemplaban beatíficamente vastos campos de cocoteros. En el umbral de los árboles, las balsas de copra reverberaban al

sol.

Ninguna de esas estampas, que parecían inspiradas por el tópico más complaciente, pudo distraer la vista del joven Santos tras su llegada. La navegación revuelta del mar de Sulu y el laberinto posterior de los canales de Bisayas, lo tuvieron enfermo durante el viaje y postrado tras desembarcar durante tres días con sus noches. El dosel de la cama donde lo depositaron le hizo percibir con vaguedad las idas y venidas de sirvientes que inclinaban la cabeza y sonreían, ofreciéndole caldos de arroz. En alguna duermevela creyó oír música de flautas y la primera noche, si no fue la segunda –dudaba Corino–, entre delirios de fiebre, oyó tronar y se vio abatido por olas que le sumían en una hondura angustiosa.

A la tercera mañana abrió los ojos a una claridad nueva que le hizo incorporarse lleno de presagios sobre el lecho. De pronto, no quedaba más tormenta que el agua removida de un vaso recién abandonado sobre la mesilla. Alcanzó a ver una sombra que salía de la habitación, la vacilación de una cortina, a oír una risa lejana, pero los ojos regresaron a la tempestad inocente del vaso. Absorto en el gradual aplomo del agua, tardó en reconocerse envuelto en una bonanza hecha de paredes blancas y almohadones, de telas musicales y de celajes. Lentamente, como quien regresa de turbias lejanías sin memoria, se supo viajero por fin llegado a puerto y dueño feliz de una arboleda.

La habitación, sumida en la luz de alabastro que un mosaico de capiz ponía sobre las ventanas, parecía aún dormida. Lenta a la necesidad de revelar sus contornos, era como si la mañana renunciara a instalarse en los objetos. Y en medio de aquella pálida vaguedad que invadía las cosas, Santos distinguió de pronto un movimiento. A escasos metros de la cama, bañada por la luz blanca que el filtro de conchas repartía desde el ventanal sobre la alfombra, una muchacha arqueaba lentamente los brazos para peinarse. A cubrir el pecho desnudo apenas bastaba el pelo suelto que se deshacía sobre los hombros en dos corrientes mecidas por la caricia de las manos.

Bien puedo decir que el humo de los callos, lejos de estorbar la visión que el relato de Corino erigía frente a mí, contribuyó a empañar la existencia opaca de la taberna para traerme ante los ojos, envuelta en su soñadora niebla, aquella habitación remota en la que despertó Santos una mañana. Ni siquiera el espectáculo del relator entregado a su sorda batalla contra las pipas logró arruinarme el cuento. Fue en cambio el pésimo vino, al menos mientras

duró su paso por la boca, el que me devolvió a la realidad más áspera con su carga de intensas negaciones: por recuperarme del mal trago no pude imaginar qué cantos ponía Corino en boca de la doncella al tiempo que se peinaba, ni pude verla mientras cruzaba de puntillas la habitación; tampoco logré oír la brisa de lienzo que iba dejando prendida de sus pasos y no llegué a aspirar el humo del sándalo quemado a los pies del lecho sobre el que se incorporaba Santos, por fin curado de la mala mar y nuevo inquilino de un reino de gozos delicados. Lo único que percibí fue la mirada satisfecha de Corino siguiendo la trayectoria de mi mano hasta posar el vaso sobre el mantel.

–Buen vino, ¿eh?

Lo miré con incredulidad.

–¿Quiere un poco? –Se lo propuse empuñando ya la botella, con la esperanza de repartir el daño. Corino levantó la mano en señal de renuncia.

–Qué más quisiera, pero las pipas me tienen desecho el estómago. Si le digo la verdad, lo único que admito ya sin duelo es leche.

14

Corino, tal vez por compensar, le devolvió a Santos la salud que él decía no tener y lo sacó al umbral de la puerta, donde lo bañó un sol lechoso. Bajo un sombrero de paja, el náufrago respiraba hondo y se abandonaba al sonido del mar detrás de la arboleda. Mordisqueaba una fruta de la que caía un zumo amarillo, capaz de distraer el vuelo de una avispa.

Durante días paseó Santos muy deleitado por su reciente heredad. Iba con las manos a la espalda, como se camina con conciencia del ejercicio, sin salirse nunca de los primeros vericuetos que le fueron familiares y admirando, cuando no temiendo –alzó Corino un dedo contra el techo–, las veleidades de las nubes por encima de la selva.

Seducido por el espectáculo de la naturaleza, Santos fue instalándose poco a poco en un asombro de coleccionista: conchas y hojas, mariposas y plumas, guijarros caprichosos que salían al encuentro de los pasos iban llenándole los bolsillos y entreteniéndolo el regreso, siempre demorado por una nueva contemplación.

El repertorio de lo maravilloso pronto acabó afianzándose en el reino

vegetal, cuyas muestras más insólitas asentaba Santos en un cuaderno junto al nombre que les correspondía y la declaración de su virtud: la quilesia sedosa, las dulces orquídeas, el laurel azul y las magnolias, la morinda y el paspalo, el escirpo de savia roja y la lágrima dorada del ajonjolí. Como una derivación de las recolecciones botánicas, se afirmó en el propietario de aquella tierra floreciente una rudimentaria afición por la alquimia. Pronto entretuvo tardes enteras destilando esencias y reduciendo aceites en cáscaras de coco.

Su curiosidad alcanzó también a las lenguas de aquellas islas y en pocos meses de tratos con pescadores y mercaderes aprendió palabras laboriosas de pronunciar que repasaba antes del sueño.

De entre las bestias que deambulaban por la plantación —siguió Corino enumerando inclinaciones—, Santos prefería al carabao, cuyos mugidos bajo las estrellas tenían la virtud de despertarle inquietudes bucólicas. Adquirió la costumbre de arrear al buey camino del río al atardecer. No se cansaba de admirar la gracia de aquella mole cuando se sumergía en una poza de barro. Deleitado por el baño, el animal parecía rumiar una beatitud secreta que devolvía en forma de miradas lentas hacia el amo.

Pero de todas las actividades que entretuvieron la curiosidad de Santos en aquella provincia lejana, la que más memoria dejó en su alma de paseante hechizado fueron las idas y venidas de la joven que había encontrado al despertar. Con el sambao ceñido a la cabeza, llevando un cesto a la espalda o una canasta entre las manos, la veía alejarse de la hacienda. Colmados ya los primeros asombros naturales, las salidas del terrateniente fueron desentendiéndose de tropiezos en cada orilla y en cada árbol para convertirse en caminatas que, a una distancia prudencial, procuraban hollar sobre los mismos pasos de la joven. Así fue como ingresó en otro de los misterios de la isla: en dirección a una playa o al interior de la selva, Santos fue aprendiendo canciones que dejaba la muchacha tras de sí, como una brisa, o como un idioma de pájaros.

Corino, bien lo notaba yo, traía y llevaba la historia por veredas que debían parecerse a las que andaba Santos a diario sin llegar a ningún sitio. Pero todo aquel catálogo de gestos sorprendidos, de empresas y aficiones cuyo crédito dependía de la enumeración de unas plantas, unido a la ausencia de acontecimientos notables que parecían ser la verdadera seña del relato, resultó menos inocuo de lo que pudiera parecer.

Sin más transición que el accidente de una cáscara de pipa que naufragó

en el vino de mi vaso, las noticias sobre Santos en una isla remota del Pacífico desembocaron, también sin avisar, en un mediodía preciso. A aquella hora de sol alto sobre las palmeras, nuestro hombre, dando muestras de una resolución nunca antes anunciada, impuso su voz sobre la voz de la muchacha para entonar el mismo son que cantaba ella mientras molía grano. Mi anfitrión, tras acicalarse el bigote y aclarar la voz con mucha gravedad, inició una música que fue ganando altura, como si la trajeran de muy lejos, y con ella prendida de los labios, entrecerrando los ojos soñadoramente, me rellenó el vaso a pesar de mis esfuerzos por evitar el socorro de aquel vino sin haber remediado antes el rescate de la cáscara.

Con sensación de que interrumpía enojosamente la historia, le hice algunas preguntas sobre la competencia de Santos como administrador de la heredad tropical. Corino, abriendo mucho los ojos, abandonó molesto la música para poner voces enérgicas en boca del heredero, colgarle un rifle a la espalda, subirlo a una canoa en la que remaban dos nativos e internarlo por bosques inundados, rayanos a la plantación. Al regreso de esas inspecciones le concedía la mecedora para despedir las tardes como quien preside desde un trono oscilante el hundimiento del sol por dominios propios. También le dio un caballo pinto por montura; por consejero le puso un malayo de confianza que le enseñó a tratar sin contemplaciones a los cortadores de madera y a apostar ventajosamente en las peleas de gallos.

Seguía yo intrigado con la administración de la hacienda, con los detalles de una contabilidad que se me antojaba llena de dificultades y sujeta a toda suerte de imprevisiones derivadas del trato con intermediarios y agentes de las compañías madereras establecidas en la isla, cuando Corino, tal vez harto de mis intromisiones en la historia, resolvió todas las dificultades lógicas del nuevo propietario apelando a la clarividencia de su predecesor. El intuitivo tío había cifrado en una nota guardada en una cajita de nácar la universalidad de la ciencia comercial que el sobrino debía conocer para salir airoso en el negocio. Ordenados en un estante, había dejado libros contables tan precisos que bastaba con asomarse a ellos y replicar los cálculos o adaptar su proporción al volumen de lo despachado para hacer caja.

Siguiendo, pues, arbitrios probados y resueltos en una fórmula magistral, en lo que tardé yo en mediar el plato de callos, que comía despacio por no apresurar el castigo del estómago con la espuela de la guindilla

administrada libérrimamente por Corino, Santos ya había duplicado el beneficio de su plantación. Pero ahí estaba también el peligro, advirtió el relator. En esa molición que le procuraba la vida sin sobresaltos y la ganancia fácil, unida al regalo de la tierra, la delicia del aire y la desnudez de las criaturas, el heredero experimentó la pasión de la sensualidad que denuncia el padre Murillo en su *Historia de la provincia de Filipinas*, «una yesca fecunda –recuerdo exactamente las palabras de Corino– y un fomento perenne del fuego infernal que padecen cuantos, llegados de lejos, ponen el pie sobre aquellas tierras». Corino me miró con gravedad y, escupiendo lateralmente una cáscara, sentenció:

–Usted mismo que fuera.

Nos quedamos los dos ensimismados un momento, acaso meditando con nostalgia el panorama que denunciaba el padre Murillo, cuando Corino se levantó de golpe y desapareció por una puerta, detrás de la barra. En la inesperada soledad que vino luego, casi me sobresaltó la campanada del reloj colgado a mi espalda dando una media.

Volvió mi anfitrión con las mismas prisas que se lo habían llevado y sentándose de nuevo frente a mí, a la vez que sostenía un paquete envuelto entre las manos, me hizo un gesto para que levantara del mantel plato y vaso. Con ellos en vilo y sin acabar de entender, miré cómo soplabá Corino arreando furiosamente migas y cáscaras hasta un borde de la mesa por donde fueron a caer al suelo. Volvió a hacerme un gesto para que dejara el servicio en su sitio y solo entonces puso sobre el mantel, con todo cuidado, el paquete que traía. Desdoblando el papel de estraza que cubría el contenido, salió a la luz un libro viejo.

–Para que vea que no le miento.

Abrí la tapa de pergamino y por encima del pie de imprenta de don Nicolás de la Cruz Bagay, en Manila, vi el mapa de las islas Filipinas con la leyenda de su abundancia en oro y perlas, en cera y canela, en cacao y arroz, en tabaco y añil, en fibucao y ébano, sus galas de aves y de peces, sus fecundos rebaños de vacas y caballos y su fiesta de aromas y de hierbas curativas. Todo ello, se advertía, para regalo de los naturales de las islas y codicia de los extraños. Por lo que me dio tiempo a ver, el mejor remedio que el padre Murillo prescribía contra esa lumbre que calcinaba las almas forasteras con llamaradas de rapacidad y de lujuria, era el amparo de Nuestra Señora del Buen Viaje, cuya estampa aparecía grabada en la segunda hoja del

libro, entre ángeles melódicos y nubes rizadas, «siguiendo exactísimo dibujo de la imagen que veneran en el pueblo de Antipolo». No tuve tiempo de leer más. Como quien preserva un tesoro de miradas indiscretas, Corino atrajo el libro a su regazo y envolviéndolo de nuevo en el papel de estraza, advirtió con tono fatídico:

—Cuánto mejor le hubiera ido a Santos cantándole a la Virgen del Buen Viaje que a esa india que lo atendió de los mareos del camino, pero...

15

De la incertidumbre que dejó en el aire, como una gravitación de la desventura que tarde o temprano habría de caer, Corino pasó a ilustrar con verdadero disgusto el descuido de Santos en cuestión de garantías celestiales. La estancia del padre Murillo sobre el regazo de mi anfitrión debía de alentar en él un inesperado celo dogmático. Se acaloró para denunciar la acedia de Santos, sordamente distraído de los oficios divinos del domingo, aunque había capilla atendida por jesuitas en Quinangán y campana diligente que llamaba a las once en punto a misa. Por lo visto, el nuevo dueño de la hacienda prefería sacrificar las horas de culto a la devoción más terrenal del amor al prójimo, y así volvimos al capítulo de los paseos afanosos por hollar «en apetecida planta ajena» —ni el padre Murillo lo habría dicho mejor—, y al mediodía de las dulces notas derramadas al oído de la muchacha, atareada en moler mijo. Corino se abstuvo esta vez de replicar la melodía y prefirió insistir en cómo entornaba ella los ojos sin dejar el oficio y cómo al momento los alzaba para encontrarse con las pupilas inflamadas del cantor. «El cantor —y aquí revivían las denuncias—, que ya agarraba el palo de moler con intención de mezclar sus manos con las de la joven en torpe empeño por confundir molienda con arrullo».

Poco más debía requerirse en la isla para pedir matrimonio, o al menos para apresurarlo, porque, en un arranque de Corino, que pasó de exhalar un hondo suspiro a ponerse en pie en resuelta actitud de servirme otra cacetada de callos, su relato dio por descontado el noviazgo con su providencia de cláusulas y obligaciones, y pasó a descender con toda confianza una cortina tras la cual se adivinaba el interior de una cabaña donde las velas ponían sombras temblonas en las paredes y el aire olía a incienso. Vestida para el

matrimonio esperaba Amu —que había ganado el nombre en plena maniobra de Corino por rebañar el fondo de la cazuela para rellenarme el plato— y a su lado, de rodillas sobre una estera, Santos inclinaba la cabeza, coronada con flores, en presencia de los padres de la novia.

Corino, después de sonarse estrepitosamente, me aclaró que estaba a punto de comenzar la ceremonia nupcial conforme al rito poco cristiano de los tinguianes y yo, sin el ánimo preciso para enfrentarme a la exigencia de los callos, que humeaban su amenaza renovada frente a mí, busqué refugio en el interior de la cabaña, donde quise confundirme con el humo menos apremiante del incienso.

Prolongó Corino las maniobras higiénicas de la nariz más de lo razonable, que le brotó un botón de sangre cuya huella se dedicó a extender por toda la superficie medianamente immaculada que halló en el pañuelo. Agotado el manantial, dedicó sus energías a aclararse la garganta hasta dejar la voz a tono. Lloroso por el esfuerzo, parecía un testigo de los hechos que recuperase la historia sobreponiéndose a la emoción de un recuerdo. Poco a poco, se afianzó su discurso para advertir con una serenidad inmune al estorbo de las pipas injeridas en el relato, que la boda de Santos había supuesto el inicio de unas desgracias nacidas de la falta de verdadera religión.

—El casamiento dejó a las claras la naturaleza supersticiosa del novio — advirtió Corino recuperando la denuncia que había hecho un rato antes de comer—. Y eso abrió la puerta a las desdichas que acabarían por marcar el destino del flamante esposo.

Mi anfitrión abandonó el tono moralizante para apresurar la crónica de la boda: Discurría el rito en mañana propicia de sol; ya los padres de la esposa prometida, dos viejos desdentados, muy menudos, muy morenos y de pelo muy blanco, habían dispuesto un plato de arroz cocido y una cáscara de coco llena de agua perfumada entre los contrayentes; ya Amu había dejado caer unos granos por las rendijas del suelo para satisfacción de los espíritus peor inclinados; oraciones melódicas, recitadas en un murmullo, iban al encuentro del incienso quemado para ascender a la casa de los dioses enredadas con el humo. Antes de que todos libaran los restos del agua vertida para sellar la ceremonia, faltaba únicamente que el novio amasara una bola de arroz entre las manos y la lanzase al aire bendecido. Tal vez el origen de los males estuvo en informar a Santos de las consecuencias de su gesto: si la bola se deshacía al caer, el presagio era funesto. La dispersión de los granos traería

calamidades y ruina familiar durante generaciones. Si el arroz permanecía unido, el augurio era de venturas sin cuento y descendencia copiosa.

Se vio vacilar al novio. Apretaba obstinadamente el grano, inseguro de la providencia, y se demoraba tanto en dar solidez al puñado que los suegros se miraron entre sí, recelosos del escrúpulo excesivo del futuro yerno.

—En Filipinas —me aleccionó Corino—, como ocurre entre todos los pueblos sujetos al libre albedrío, la fe en el accidente es prueba de religión. Palabra del padre Murillo —alegó asintiendo con gravedad al tiempo que golpeaba con los nudillos el libro apoyado en su regazo.

Tal vez con la bola de arroz todavía endeble para lo que habría sido su gusto, Santos cejó en el empeño de endurecer la masa y miró a la novia. Asintió ella con pudor, bajando los ojos. Los suegros parecían perdidos en una inopia de inexpresividad que los hiciera invulnerables al destino. Santos volvió a mirar a Amu, que seguía con la vista clavada en tierra. Solo entonces, con esa imagen de la muchacha llena de recogimiento, a la espera confiada de lo que él pudiese precipitar con un gesto, el novio contuvo la respiración y arrojó la esfera al aire.

Parecerá licencia de cuentista pero la realidad tiene a veces caprichos semejantes: cuando la bola de arroz ganaba altura, sonó el teléfono. Por supuesto, Corino retuvo el grano sacramental en su ascensión. Con un gesto de la mano reclamó paciencia y se levantó sin soltar el libro. Luego titubeó un momento, antes de dejarlo sobre la mesa. A pasos cortos, libre de estorbos y carraspeando, inició el acercamiento al aparato. A su espalda dejaba la materia suspendida en el aire y a mí sumido en una penumbra llena de vacilaciones: las inmediatas, que humeaban en forma de invencibles callos, y las que ponía el temblor de las velas dentro de una cabaña remota, en medio de una isla del Pacífico, para alumbrar los misterios de una ceremonia nupcial.

La voz de Corino sonaba casi torpe atendiendo el teléfono. Parecía otro hombre el que hablaba ahora a gritos, como si desconfiara del poder comunicativo del auricular, requiriendo repetidamente el nombre del interlocutor y dudando de lo que al otro lado le preguntaban. Volví la cabeza hacia el ventanal. El viento proseguía con su arrastre de nubes por el cielo. Bajo su curso se agitaba la copa de la morera cuyas hojas se reflejaban inquietas en el cristal de la barbería. Estaba absorto en aquella contemplación cuando la voz de Corino, en un susurro, sonó a mi lado: «la bola de arroz

subía, subía, subíaaaa...». Y después de afirmarse un momento en el aire, como la vocal que mi anfitrión dejó sostenida, empezó a caer muy derecha, «para juntarse con la madre tierra», recuerdo que dijo.

Corino acompañaba con los ojos el tránsito imaginario del arroz. Nuestras miradas treparon juntas primero y en seguida se encontraron descendiendo hasta sujetarse una en la otra a pocos centímetros del mantel, que venía a ser el suelo. La voz de Corino resolvió el hechizo sin contemplaciones.

–No quedaron juntos ni dos granos.

Para ilustrar mejor el desastre, levantó el puño cerrado y lo fue abriendo poco a poco. Ante mi asombro, Corino precipitó una lluvia de pipas que rebotaban sobre el mantel para ir a dispersarse en todas direcciones. Ni siquiera el libro del padre Murillo, en una cabecera de la mesa, se libró del didáctico derroche que fue a extenderse también sobre las baldosas.

–Poco más o menos dejaría Santos aquello –concluyó mirando la siembra.

El relato de la boda se completaba con el gesto fatídico de los suegros, que se cubrían el rostro con las manos y se hacían reverencias frente a frente, como si acunaran un espanto que no querían ver. Para dar término a la ceremonia los novios bebieron un sorbo del agua vertida en los cocos. Lo hicieron ambos en silencio y con resignación.

Jamás recibiría Santos un reproche de Amu por su mal pulso el día de la boda. La joven aceptó la fatalidad presentida desde el primer momento y esa paciencia desconcertaba al recién casado, que no podía evitar pensamientos amargos. Más que a nada, temía al dolor que su torpeza pudiera acarrearle a aquella muchacha que había conocido al despertar de un sueño.

Las desgracias tardaban en declararse pero la sombra de su irrupción infundía necias cautelas y contagiaba todas las interpretaciones de Santos. Para él dejó de existir la casualidad. Obsesionado por las consecuencias irreparables de un gesto, reconocía signos y encadenaba causas que fijaban el curso previsto de la maldición. Y nada podía el paso del tiempo contra el temor. A un año cumplido de la boda, la picadura de un insecto, o una fruta

con el corazón podrido, un simple traspies desataban una laboriosa genealogía de la fatalidad que tercamente se remontaba al momento en el que una bola de arroz cocido se rompía contra el suelo esparciendo una desgracia incalculable, como los granos que fueron a perderse por los rincones para ejercer su influencia maligna desde lo oculto. El tropiezo, la picadura del insecto o la fruta marchita eran interpretados así como el tímido prelude de las calamidades que vendrían después. Sometido a ese escrutinio fatal, no había día que redimiera el temor de un mal presagio.

Durante un rato, Corino se entregó a referir manías injustificadas, a enumerar malos agüeros que Santos descubría a cada paso y a exponer vaticinios que revelaban toda suerte de adversidades encubiertas detrás del gesto más inofensivo. Oír aquel catálogo me dio sed y hube de consolarme volviendo al vino amargo. A fuerza de beberlo llegué a encontrarle algún mérito. Pensé que a todo se acostumbraba uno, como Santos al pronóstico de la desgracia. Por la mía no había que esperar: la tenía allí delante, inmóvil y grasienta en su indomable dimensión. Rebajar aquel segundo plato de callos lleno hasta el desbordamiento se me antojaba un ejercicio de voluntad más costoso que la disciplina mental que necesitaba Santos para renunciar a la superstición en hora tan insegura del relato. En hora tan triste de su vida, diré mejor, porque ya iba pesando en mí más la peripecia sombría del barbero que la manera que tenía Corino de contarla.

Fue así como llegó a conmoverme oír que Santos había intentado sobreponerse a la obsesión de la culpa, y más aún saber que tuvo al amor por guía en tal propósito. Para informarme, Corino se había inclinado sobre la mesa buscando una cercanía que garantizara la confianza, aunque hacía ya buen rato que estábamos solos en el bar.

Supe, en fin, que algún tiempo después de la boda y a escondidas de todos, el novio había estado lanzando bolas de arroz al aire con la esperanza de comprobar que no había modo de que salieran sin daño del golpe. Se mantuvo en el ejercicio clandestino durante meses, al amparo de los árboles más reservados de la plantación. Las leyes físicas y su rigor sobre la materia podían salvarle de sus ominosas prevenciones.

Si había razonado así, interrumpí a Corino, era señal de que la superstición no lo dominaba por completo. Mi interlocutor pidió paciencia con la mano. «Todas las bolas se rompían», aseguró, «todas». Para reproducir con más fidelidad la caída original, Santos llevaba consigo la misma estera

que lo había sostenido el día de la ceremonia. Arrodillado sobre ella, observaba el viaje aéreo del arroz hasta dar en tierra. «Pero la desgracia estaba sembrada», porfió Corino al tiempo que se recostaba. Dictó esta inapelable sentencia arrojándose una pipa a las profundidades de la boca. Esperé impaciente a que se completara el proceso molar que trajo a la superficie visible de los labios el correspondiente residuo volandero y con él las palabras que continuaban la historia.

Santos había hecho la prueba cientos de veces, prosiguió mi anfitrión. Tal era su ansiedad que llevaba la cuenta de cada lanzamiento en los mismos cuadernos en los que asentaba las cortas y el volumen de la madera facturada. Pero siempre renacía la duda que le hacía vacilar, la obligación de un lanzamiento más para asegurarse de que era imposible que la bola de arroz saliera íntegra del viaje. Santos no quería amar a Amu influido por la magia, como una reparación de su impericia para consumir favorablemente el rito. Quería verse libre de consuelos que estorbaran el amor, el puro amor ignorante de cálculos y de temores.

A fecha incierta de abril de un año del que Corino no supo o no quiso acordarse, Santos anotó este propósito, un renglón por debajo del importe de una tala de molave: «Último lanzamiento de arroz. Al mediodía». Esa bola definitiva que amasó como las otras, cuyo peso era idéntico a las otras, que alcanzó en el aire la misma altura que las otras y que, previsiblemente, inició su descenso a la misma hora que las otras, cayó en tierra sin quebrarse.

La excepción hundió a Santos en el pesimismo: era posible arrojar el arroz a lo alto sin que se rompiera en su caída. Solo, bajo la sombra verde de los árboles, con los hombros caídos, contemplando la bola de arroz en su fatal integridad, Santos se sintió aquel día encadenado a la culpa. Aún más, se atrevió Corino a especular: se supo paciente de una culpa acumulada cuyo tamaño había contribuido él a engrandecer renovando infatigablemente la experiencia del arroz malogrado contra el suelo.

El cálculo angustioso de aquella provocación al destino tenía a Santos de rodillas en mitad del bosque, sordo a todo menos al latido que el sufrimiento le dictaba a la sangre para desbocarla en su viaje del corazón hasta las sienas, donde reventaba en una punzada que le nublaba la vista. Y esa marea oscura proclamaba una y otra vez el nombre de la inocencia condenada: ¡Amu, Amu, Amu...!

«Fue entonces cuando ocurrió», anunció Corino después de dejar que el

nombre repetido de la muchacha fuese languideciendo como un eco que se apagaba en la soledad del bar.

A Santos lo despertó de su abatimiento el canto de un ave. Aquella voz traspasando la selva lo sacaba de un ensueño para precipitarlo en otro. Tuvo la sensación de que el pájaro había acariciado con sus sílabas las copas de los árboles y que aquel leve pasaje desgarraba las notas en la altura para precipitarlas a la tierra en una lluvia que esparcía dulcísimas tristezas. Levantó los ojos y buscó en la enramada el origen del canto. No alcanzó a distinguir más que una sombra oscura, una palpitación negra entre las hojas que al serenarse pareció traer al mundo un silencio nuevo, como recién fundado para dar mejor testimonio del recuerdo apenas nacido de las notas. Memorizar aquel canto, retenerlo antes de que se desbordara como un agua que se escurre entre los dedos para no volver, borraba el pulso de la sangre con su atropello de pensamientos oscuros. La ansiedad de Santos se perdía entre las ramas hasta nublarle la vista.

Creyó desmayarse y acaso perdió durante un tiempo el conocimiento y la razón. Pero lo cierto es que al regresar de la ausencia en la que hubiera estado, la melodía del pájaro había impuesto en la conciencia del hombre el argumento frágil del milagro.

Con un eco indescifrable en los oídos, Santos se levantó del suelo, recogió la estera y lentamente emprendió el regreso. Había oscurecido. Al entrar en casa gritó el nombre de su mujer. Tres veces lo gritó. Y en cada letra proclamada –aseguraba Corino– se percibía la fe en una música secreta, capaz de detener el curso de los astros.

Guardamos silencio los dos. Aquella pausa confirió una gravedad encantada a las últimas palabras, como si la hora incierta del bar hubiese también caído bajo el conjuro de la voz que un día elevó Santos en el umbral de una casa para llamar a Amu o para detener el tiempo antes de que se precipitaran sus amenazas. Pero me duró poco la ilusión. En la fábula de Corino, por no decir en la vida de Santos, había llegado la hora temida de la fatalidad.

Al día siguiente, después de una noche plácida que meció el curso de las

estrellas sobre el mar dormido, violencias naturales nunca vistas parecieron borrar todo rastro de cielo clemente sobre el mundo. «Contra esa furia poco podía el consuelo de llevar en la memoria el canto mágico de un pájaro», resolvió Corino.

La magnitud del desastre que aquel hombre iba exponiendo con descuido entre idas y venidas de la mano al montón de las pipas, convertía a Santos en agente de una desgracia continental. En medio del torbellino de epidemias y de lluvias torrenciales que mi anfitrión expuso sobre el mantel, en un momento quedó comprometida la suerte de todo el archipiélago de Bisayas. Revueltos con el tifón que arrasaba campos y ganaderías, Corino esparció también algunas cáscaras y no renunció a exponer detalles pintorescos aplicados por los naturales de Quinangán para prevención de grandes infortunios. Aquel repaso de remedios ingenuos, acaso derivado de una página del padre Murillo contra la falsa religión, hacía aún más patética la esperanza colectiva de contener el cataclismo a fuerza de verter leche en un hoyo o de esparcir hojas de té delante de las puertas. Y como ocurriera siempre que el libro se insinuaba en el discurso, Corino elevaba un parlamento edificante que le servía a otros fines. El catálogo de los flacos remedios filipinos contra la fortuna adversa, valió esta vez para desembocar en la ilustración de la eterna rivalidad entre lo permanente y el cambio que gobiernan la insegura suerte del hombre. Cuando más perdido estaba yo en el razonamiento se descubrió el propósito final de la disertación: precipitarme sobre el repuesto plato de callos que, para desconsuelo de Corino, había dejado de humear encima de la mesa sin que yo lo hubiera tocado.

–Lo de Santos –me aleccionó– aún tiene disculpa, que poco podía hacer él frente a los cielos desatados en su contra. Pero lo suyo dejando enfriar estos callos, con el fácil remedio que supone agarrarse a la cuchara, no tiene perdón.

El disgusto de Corino se sostuvo en el desafío de la mirada, que no se apeaba de mis pupilas. Con pesar me vi cogiendo el cubierto, introduciéndolo en las profundidades del caldo con tiento para no desbordar el plato y soplando, por pura inercia, antes de llevarme el bocado a la boca. La expresión de Corino se relajó, aunque no lo bastante como para prescindir de un repertorio de gestos de aliento cuyo objeto era sostenerme en el ánimo de prolongar el ejercicio apenas iniciado. Completé una segunda cucharada bajo vigilancia –«así , así», porfió– y, restablecido el ritmo, por fin vi que mi

anfitrión asentía tranquilo al tiempo que se apoyaba en el respaldo de su silla para seguir con la historia.

Recreadas las violencias naturales, llegó el momento de ordenar la cuenta de la particular desgracia de cada cual. El único paliativo en aquella hora de dolor fue el anuncio de Corino de que nos bastaba con nombrar la calamidad concreta de Santos, si bien, matizó, seguir su rastro era una forma de dibujar el mapa de una devastación general que acabaría desbordando los límites de la hacienda para extenderse a la isla entera. Un ejemplo, particularmente revelador según lo entendía él: la muerte del capataz malayo de Santos dejó a Quinangán sin el mejor gallero del país. Con su pérdida, las peleas de gallos empezaron a ir a menos y en el curso de las primeras semanas de hambruna que sucedieron al vendaval, quedó extinta la raza de aves más audaces de la que nunca se tuvo noticia en aquella latitud.

—La necesidad que libró a los pollos del combate los forzó sin excepciones a la cazuela —concluyó.

La huella de los peores días de Santos podía seguirse en los cuadernos de contabilidad. Después de aquel mediodía que dejara memoria del último lanzamiento de arroz, todo lo que seguía era siniestro y mágico.

Precipitada por el grano roto una y otra vez en el corazón oculto de la selva, triunfaba por fin una calamidad acumulativa. El huracán se llevó los árboles heredados y no respetó ni los retoños más tiernos sobre los que suele correr el viento sin perjuicio. Se salvaron en cambio árboles vecinos, carentes de dueño, lo cual venía a confirmar que el castigo llegaba con rumbo preciso y nombre propio. A perderse mar adentro partieron también los cerdos familiares y la cabaña de vacas, ingravidas frente al terrible empuje de las olas. Para Santos, el rapto más doloroso entre la ganadería doméstica fue el del carabao. Costaba creer que una tempestad, por grande que resultase, hubiera podido arrebatar el peso de aquella obediencia tan anclada a la tierra.

Por lo demás, contaba Corino con despego, otra ola arrastró a los suegros del terrateniente, arrebuajados en vano bajo las mantas de una cama para capear el temporal. La cama resistió el tifón. Del capataz malayo no quedó más que el *kriss* que llevaba siempre al cinto. En uno de los paseos que daría Santos para calibrar la huella del desastre, lo encontró medio enterrado en una playa, dejando arder su brillo de acero junto al mar.

—Desde ese día —me advirtió Corino— Santos tuvo siempre a mano aquel cuchillo. Y pronto se verá qué uso inesperado le reservaba el destino a

herramienta tan notable.

A la ruina de las aguas desbocadas se sumaron fiebres y epidemias que fueron minando lo poco que había quedado en pie. Se combatían los contagios con fuego y la hoguera se llevó más animales infectados, telas que pudieran alentar la muerte entre sus pliegues, muebles antiguos y recuerdos que se hacían más vivos a medida que las llamas borrraban su sustancia.

La dolorosa purga fue despoblando la casa de Santos hasta dejarla reducida a una habitación vacía, con una cama sobre la que había empezado a languidecer el cuerpo de Amu, inscrito en la luz de un ventanal. Era el principio del fin más temido: había llegado la desgracia a quien tan discretamente supiera vivir sin nombrarla.

18

—En la casa vacía se detuvo el tiempo.

La solemnidad de esta afirmación contrastaba con el gesto de Corino que se entregó de inmediato, entrecerrando un ojo, a una maniobra prospectiva de las muelas con ayuda de un palillo. Victorioso, por fin, de los residuos, relajó la expresión y prosiguió abundando en la imaginería del vacío.

Ningún asidero tenían las horas para dejar constancia de su curso porque nada sólido quedaba en aquella casa salvo la conciencia misma del dolor. No había materia sobre la que pudiera afianzarse el envejecimiento. Expuesta a la claridad rectangular que filtraba una ventana, Amu parecía una escultura de alabastro sobre la que discurrieran las horas sin dejar otra señal que la diversa huella de la luz sobre la piel. Junto a la cama, Santos la contemplaba en silencio. Recordaba él su propia convalecencia al desembarcar y sentía que así lo habría mirado ella entonces, acaso también sin comprender. Pero ahora, rígida por el dolor, sorda a todo menos al sufrimiento, aquella misma mujer no dejaba de alejarse a cada instante.

—A pesar de todo —admitió Corino—, Santos no se rindió frente a la desgracia que él mismo había desatado.

Obró, sin embargo, de la manera menos imperiosa que pudiera uno imaginar. A la urgencia con que el destino reclamaba la vida de Amu, opuso él una sutil salmodia que imitaba la lengua frágil de los pájaros. Del bosque

había vuelto un día con el alma dormida, pendiente de las notas que un ave abandonara entre los árboles para negar el tiempo. Como una plegaria del corazón las hizo lengua propia y se afirmó en el ejercicio de recordarlas a cada instante. Desde el encuentro con el pájaro caminaba Santos con un trino en la memoria que gobernaba los pasos y el pensamiento, el parpadeo de los ojos y los viajes del aliento dentro y fuera del pecho. A todas horas meditaba el canto escuchado entre la fronda. Y siguió entregado a él mientras avanzaron la desolación y la ruina alrededor.

Con el mundo a ras de suelo, Santos se perdía en un sonido que no lograba pronunciar pero que colmaba su existencia. La habitación desnuda donde agonizaba su esposa hacía aún más vibrante la voz que le abrasaba por salir. Un día y otro padecía Amu en el lecho bajo la mirada fija de Santos. Y tanto hizo el dolor por tensar aquel cuerpo abatido por la fiebre, que él, inmóvil a su lado, sintió que un mismo fuego le quemaba la garganta y templaba vocales muy adentro, temblorosas por crecer hasta hacerse canto de alivio.

Creyó ahogarse un atardecer. Avanzó de rodillas hasta la cabecera de la cama. Y allí, con las manos en la garganta, como quien ampara un caudal que ya vibra en cuerdas escondidas, se inclinó sobre la enferma para dictarle al oído las sílabas del pájaro.

Aquel íntimo parlamento, repetido cada día desde entonces, sirvió para espantar el otro coloquio que la muerte tenía ya dispuesto. Y en ese empeño tantas veces renovado que acabó por borrar la memoria del pájaro para hacerlo solo oración junto a un cuerpo enfermo, perseveró Santos quince años entregado a negar el plazo de la vida sentenciada.

Miré a Corino con incredulidad pero él atajó mi vacilación con un gesto firme de los ojos, que bajaban a la mesa. Por supuesto, la mirada me exigía volver a la disciplina silenciosa del plato. Aunque obedecí, no debía de ocultarse el escepticismo de mi cara, o al menos no tanto como Corino habría deseado, porque le noté por vez primera incómodo. Quizá lo que no admitía eran flaquezas de ninguna clase habiendo una ración de callos de la casa sobre el mantel.

—Hubo momentos de debilidad —concedió por fin.

Entonces habría de revelarse en todo su valor el *kriss* malayo: cuando la salmodia no bastaba y la enferma parecía perdida definitivamente, la hoja del cuchillo abría el vientre de un animal —un perro, un gato, alguna gallina

descuidada, me ilustró— y la sangre ajena, vertida alrededor de la cama, tenía la virtud de aplacar las ansiedades de la muerte. Volvía el sosiego al cuerpo poco antes agitado entre dolores y Santos, limpio el suelo del sacrificio, recuperaba su penumbra de contemplaciones y sílabas cantadas.

—De aquellos tajos le viene el pulso a Santos con la navaja —resolvió Corino en un tono didáctico que quería hacer indiscutible la conclusión.

Y no acabaron ahí las premoniciones del oficio: en el discurso de mi confidente Santos volvió a la costumbre de los paseos en busca de plantas, y con la recolección recuperó las diversas alquimias que habían inspirado sus primeros ocios en la isla. El resultado de su nueva industria fueron purísimos aceites y aguas resueltas en aromas llenos de virtud que aplicaba al pelo de la enferma. Probablemente, aventuró Corino haciendo estallar una pipa entre los dedos, aquellas atenciones dejaban entrever la herida sentimental del futuro barbero, que no olvidaba la impresión primera que le causó la muchacha peinándose en el cerco de un rayo de sol. Pensé que a quien conmovía verdaderamente aquel icono era a Corino.

Las plantas recogidas en los paseos hallaron también un empleo medicinal contra las llagas que la vida postrada abría en el cuerpo de Amu. Cada mañana, Santos lavaba las heridas y las cubría con aceite de azafrán. Cada atardecer se acercaba a la enferma con un cuenco. A apagar una sed callada llegaban destilaciones vegetales que buscaban los labios consumidos. Tras el alivio de la tisana, Santos peinaba a la mujer y le ungía el pelo con esmero. Solo entonces recostaba la cabeza de Amu, bajándola entre sus manos hasta el lecho. Llegaba así el momento de dar entrada a la noche, con el reparto del cabello hacia ambos lados de la almohada. Delicadamente dispuesta por Santos, la melena de Amu retenía un orden sin tiempo, el mismo que gobierna el cabello de las doncellas yacentes labradas en piedra. El esposo cerraba entonces los ojos de la amada con una caricia que extendía el sueño de la inmortalidad sobre el mundo.

Se quedó Corino callado y tanto prolongó el silencio que volvió a hacerse notorio el compás del reloj. En la espera, tuve yo conciencia de que aquel sonido era una voz sin pausa que urgía a ponerle otra por encima. Lo

malo es que no sabía qué decir. Dejé la cuchara en el plato y volví al vino con la sorpresa de descubrir la botella muy mermada. Los callos habían exigido aquel tributo que temí incluso insuficiente para sofocar la hoguera estomacal que ya anunciaba los primeros ardores. Escurrí los restos en el vaso y bebí cerrando los ojos, como quien renuncia a mirar la última gota que puede salvarnos de la llama que ya nos quema dentro. Demasiado tarde noté en la garganta el paso de la cáscara que Corino había precipitado en el vaso, un rato antes.

Mi anfitrión seguía sin decir palabra y, lo que me pareció más preocupante, sin comer pipas. Lo miraba yo con curiosidad cuando levantó los ojos para dejarlos en los míos. Sentí el peso de su mirada gris, las bolsas de piel bajo los párpados, como una ebullición de la carne que tiraba de los ojos hacia el suelo, y una gravedad nueva en la boca que el bigote de morsa contribuía a acentuar prolongando su curva sobre las comisuras. Cuando movió los labios pensé que saldrían al aire palabras casi sólidas.

—De ese sueño de inmortalidad —prosiguió la voz como si nunca se hubiera interrumpido el cuento— a Santos lo despertó un pájaro. El mismo pájaro que se lo había inspirado quince años atrás, en medio de la selva.

Tardé un poco en comprender. Pero antes de que pudiera rehacerme, la voz de Corino me pintaba una ventana que dejaba pasar una luz tamizada por cordeles de conchas marinas. Moría aquel rayo pálido sobre el lecho donde yacía una mujer. Junto a ella murmuraba notas un hombre, arrodillado en el suelo. Entre ambos, sin anunciarse pero procedente de la misma luz que parecía alargar las horas sujetando al sol en un umbral, se afianzó la sombra de un pájaro. Y el pájaro empezó a cantar.

Corino volvió a quedarse en silencio. Me miró intensamente. Despacio, adelantó su mano hasta tocar la mía, que reposaba junto al plato. Noté que le temblaba el pulso. Algo incómodo por aquel contacto, justifiqué su necesidad en un apremio por reclamar lo que me quedara de fe en sus palabras. Era fácil intuir que las que se avecinaban pedían gestos que rebajasen la incredulidad. Corino retomó el discurso muy lentamente.

El hombre que velaba a la enferma reconoció la pureza de aquella voz, que poco a poco iba imponiéndose a la suya. El canto del ave se elevaba en una letanía impronunciable que cautivaba con sus notas todas las atenciones y todos los anhelos hasta dejar silenciosas a las demás criaturas. Cantaba el pájaro y callaba la creación. Con una suerte de vértigo que le hizo vacilar, el

hombre advirtió que aquella voz era la misma pero sonaba de un modo distinto al que él creía recordar. La voz que él había estado replicando día tras día, un año y otro, convencido de que en su reiteración rescataba un ensalmo capaz de detener el curso de las horas que pedían la vida pobre de la enferma, era otra. Y el pájaro que le había fascinado con su canto serenísimo, oculto en la enramada, sonaba ahora con una urgencia inquietante.

Confundido, suspendió el cantor su murmullo de años. Y entonces abrió la enferma los ojos como se abren las ventanas para que entre por ellas un abismo de luz. Él la llamaba dulcemente por su nombre pero la mujer no tenía ya oídos sino para la música del pájaro. Logró incorporarse en la cama y tender las manos hacia aquel sonido que entraba a borbotones desde fuera, como el aliento del día. Parecía que el canto tuviera gravedad y arrastrara en su reclamo las voluntades y los cuerpos. Por encima de las notas percibió él la respiración agitada de la esposa, sus ansias por unir la voz propia a la del pájaro. Abría ella la boca como si le faltara el aire y se llevaba una mano al pecho, y allí la cerraba queriendo retener no se sabía qué. Seguía el acento del ave dictando cada latido del corazón, llenando cada pliegue del aire, insinuándose en los oídos con una llamada irresistible a unirse a él. También Santos quería cantar pero le dominaba el temor de interrumpir la voz apremiante del pájaro. El gobierno del ave era absoluto y tendía su marea de notas como un bálsamo que pidiera negaciones: no recordar, no padecer, no resistirse, no vivir.

Lleno de espanto, el hombre que había contemplado durante años el cuerpo inmóvil de la enferma, la vio apartar una sábana y salir del lecho sin ayuda. Avanzaba con dificultad pero decidida a cumplir un tránsito que la acercara a aquel sonido disuelto en la luz del ventanal. El hombre la siguió de cerca, temeroso de una caída que no pudiera él remediar. En su desvelo llegó a ponerse frente ella, casi a sujetarla. Mas todo era inútil: la mujer no lo veía, traspasada por la luz que la reclamaba con su estrofa. Santos la dejó ir.

Caminó sola, tentando insensatos apoyos en el aire. Llegó junto a la ventana y allí se inclinó, siempre vacilante, hasta quedarse inmóvil, como asida a un borde invisible o cegado por el sol. En aquel margen dudoso, las sílabas del ave se afianzaron como un abrazo que envolviera el cuerpo de la mujer con sus notas. El pelo negro y la sombra del pájaro parecieron entonces un mismo velo derramado. El hombre, pocos pasos más atrás, era testigo de aquella reunión milagrosa del alma herida y el latido vibrante que alentaba

fuera, perdido en la luz pero capaz de extender una caricia inquieta sobre la muchacha.

Amu acabó postrada en el suelo. Las pocas fuerzas que le quedaban las empleó en apoyarse en la pared en un intento por alcanzar el hueco de la ventana. Quería asomarse, tender los brazos al encuentro del canto. Alumbradas por el sol, surgieron las yemas de los dedos que se aferraron temblorosamente al borde del ventanal. Y allí resistieron hasta que descendió el pájaro a cantar muy cerca, junto a aquellos dedos que se abrían al aire como caminos que quisieran encontrarse con la voz.

Desde su penumbra, vio el hombre al pájaro como no había podido hacerlo quince años atrás. Admiró el cristal negro de sus plumas y su mirada quedó prendida del pecho rojo, henchido en un pálpito que provocaba acentos dulcísimos imposibles de alcanzar. Sintió que no corría el tiempo mientras vibraba el pájaro. Al cabo, como quien vuelve de un sueño, distinguió las lágrimas de su esposa. Lo miraba implorante desde el suelo, pidiendo ayuda para comprender aquel canto insoportable si no era propio. También su pecho latía, como el del ave que la llamaba por encima. Y tanto creció la ansiedad de la enferma con la vecindad del canto que renunció a alcanzar la ventana por abrirse la ropa, por ensanchar la carne que temblaba con la música. Los ojos de Amu eran un horno de fiebre que buscaba alivio en la mirada conmovida de Santos.

La mano no vaciló. El *kriss* malayo hendió el pecho de Amu con dulzura para que brotara la sangre. Pensé en un remo abriendo cauces en el agua, o tal vez fue Corino, también arrebatado, el que evocó esa imagen. Una mancha creciente iba enrojeciendo la tela que cubría el cuerpo casi consumido de la muchacha. Avanzaba el rubor como un río espeso y el pájaro contenía la voz. Llegó un momento en el que todos los caudales fueron uno, lleno de sosiego: la sangre vertida y el lenguaje de oro remansándose en una misma quietud.

Santos miraba el cuchillo, absorto en la contemplación de aquel filo que ascendía por su medio para caer hacia la punta, como una onda marina desmayándose a la orilla. Perdidó en esa ola, se sintió dueño de un umbral que lo alejaba de este mundo. Ahora comprendía que las antiguas sílabas del ave, aprendidas en la fronda, eran un ensalmo que había de recitarse una y otra vez hasta traer al pájaro de vuelta. Y había regresado con un canto nuevo, libre de toda exigencia que no fuera la de cederlo todo a su reclamo.

Se había cumplido un plazo, el de Amu, y se abría uno nuevo, el suyo, para completar el ciclo de los señalados por la adversidad en un rito nupcial. Solo quedaba esperar por el segundo canto para cerrar las cuentas de la vida. Por primera vez, Santos intuyó que su destino comprendía una delicada gloria hecha de espera.

Caía con lentitud la cabeza de Amu sobre el pecho y pareció que la muchacha se entregara al sueño cotidiano. Todo fue declinando hasta morir en un silencio más poderoso que la luz. Había cesado el parlamento del ave y era como si también el tiempo se hubiera distraído en su carrera. Sobre el borde de la ventana, latente y cercano igual que un fuego, el pájaro velaba el último esfuerzo de la mujer por unirse a él. Por fin, la mano de Amu descendió en un dulce desmayo desde la ventana hasta dar en tierra y sobre la palma abierta, expuesta como un adiós en la mancha de luz que moría sobre el suelo, contempló Santos la sombra ya muda del pájaro.

20

Corino también guardaba silencio. Seguía oprimiéndome la muñeca y su mirada se había extraviado en una lejanía que iba a perderse más allá de la ventana. Presentí el vuelo de las nubes y su reflejo pasajero en el cristal de la barbería. Quizá Santos, dondequiera que anduviese, estaba viendo ese mismo viaje que un vidrio replicaba al otro lado de la calle.

Me removí en el asiento y Corino me soltó la mano. Fue recostándose despacio en la silla y, como quien recobra poco a poco la realidad más inmediata, arqueó un dedo y se puso a apartar cáscaras de pipas y a picotear con la yema migas dispersas sobre el mantel. Pensé que la influencia del pájaro se adueñaba hasta de los gestos más inocentes.

Corino se levantó con calma para atender a un hombre mayor que acababa de entrar con una botella vacía en la mano. Les oí cruzar unas palabras pero en seguida me perdí en pensamientos que imponían campos de palmeras y playas blancas, chozas modestas y ventanas cegadas por la luz, habitaciones desnudas donde una mujer enferma, tendida en una cama, ocupaba el centro. Pero en aquella imaginería posible yo era incapaz de ver a Santos. Me costaba, especialmente, figurármelo de rodillas junto a una moribunda. Y más aún aceptar que, durante quince años, había sujetado la

vida de aquella joven recitándole una salmodia misteriosa al oído.

La historia que acababa de conocer me había dejado expuesto a tal grado de desconcierto que era incapaz de dudar más y de creer más al mismo tiempo. Porque ahora nada me conmovía tanto como saber que Santos era viudo. Esa mera condición desvanecía el escenario exótico para imponer paisajes corrientes, casi sórdidos, por los que discurría el barbero a diario.

Nunca lo había imaginado fuera de la barbería pero ahora, por vez primera, era capaz de figurármelo perdiéndose escaleras arriba hasta desaparecer en el rellano ceniciento del portal. Sentado en el bar de Corino, yo presentía a Santos tentando la cerradura de su casa y oía el titubeo de la llave y el quejido de la puerta al abrirse a un pasillo confuso, mal iluminado por una bombilla que derramaba toda la intensidad de su tristeza amarillenta sobre un suelo de baldosas desconchadas. Como si lo siguiera por la vivienda, veía una cama vencida por el óxido al pasar frente a una habitación y un armario que crujía al abrirse; y luego me detenía a mirar una cafetera quemada y distinguía grietas en el techo, y oía una cisterna desvaída al fondo de la casa y extraviaba la vista sobre regiones de sombra donde sonaba el zumbido de un moscardón.

—Y ahora, querido amigo, le toca a usted.

La voz de Corino, de pronto junto a mí, me sorprendió perdido en esas figuraciones domésticas. Debió advertir mi desconcierto porque, con tono resuelto, retomó el hilo del cuento, como si hiciera falta recuperarlo para pasarme cabalmente la vez.

El luto de Santos, abrevió, duró dos días; dos días de ayuno con la muerta lavada, peinada y expuesta a los humos perfumados del sándalo. Al tercer día la enterró en una loma elevada sobre el mar. Quemó la casa al atardecer. Todas estas faenas —me confió acercando su rostro al mío al tiempo que bajaba la voz— las hizo llevando al pájaro al hombro, que ya se había acostumbrado a esa percha. Y sobre el hombro culminó la travesía de regreso a España, siguiendo la derrota de Manila a Cádiz. Para sostenerse, al pájaro le bastaba con el agua que Santos le ofrecía cada noche, como hiciera durante años con su mujer. La jaula de la barbería, por si me interesaba saberlo, era la única herencia de la arboleda perdida en Quinangán: una hermosa prisión hecha de madera roja de narra.

—Su turno —reclamó bruscamente.

No sabía qué me correspondía decir, o qué esperaba él que dijese, pero

lo cierto es que Corino, sentado frente a mí, con los codos sobre la mesa y la barbilla apoyada en el dorso de las manos, con la mirada ojerosa fijamente puesta en mi rostro, hacía ineludible el compromiso de hablar.

–No sé qué quiere –admití francamente.

–Saber a qué viene usted a la barbería. No será por lo que vende.

Aquel comentario volvió a dejarme incómodo frente al hombre que esperaba una respuesta al tiempo que parecía saber más de lo que aparentaba.

–Me gusta cortarme el pelo.

–¿Tan lejos?

Corino me miraba receloso. Y de pronto preguntó:

–¿Le ha ofrecido Santos el pájaro?

Sentí un vértigo en el estómago. Aquellas palabras contenían una posibilidad que acaso yo no me habría atrevido a expresar pero que me rondaba desde mis primeras visitas a la barbería. Tener aquel pájaro, había llegado a pensar, era como ser dueño de un misterio que llenaba todas las horas, un aval contra la realidad, contra su servidumbre de kilómetros y portes, de albaranes y hojas de calco, de maletas y charlatanería, de balances rehechos hasta cuadrar miserables cifras decimales, de sueño y malas digestiones, de agotamiento increíble tras horas de peregrinación resueltas en la venta de una miserable polvera. Vivir para el pájaro, en cambio, era velar únicamente por el reposo de un espíritu y renunciar, como Santos, a cualquier vacilación que no dependiera de aquel único propósito inquebrantable.

–Si es así, sepa que tendrá a su lado al pájaro del fin del mundo –me sacó Corino de mis cavilaciones.

–¿Por eso calla tanto, por retrasar la fecha? –repliqué. En aquel momento me pareció que todas las supersticiones que él achacaba al barbero eran suyas en realidad.

Corino se había quedado muy serio. Me miraba con esa gravedad añadida que ponían en su expresión las bolsas de piel bajo los ojos. Como para rubricar sus palabras sobre la agonía del tiempo, sonaron varias campanadas en el reloj de pared. Solo entonces reparé en que entrábamos en la media tarde. De esa alarma pasé a otra: yo seguía lejos de casa, de la que había salido sin avisar, y sin tener una excusa razonable que explicara mi ausencia al regreso. Me vi balbuciendo un cuento insensato ante el ceño severo de mi mujer. Me olvidé del pájaro y volví a desasosiegos propios de quien nunca sabrá evitar la obligación de excusarse. Pensé con desánimo que

jamás alcanzaría el estado imperturbable de Santos.

Me levanté apresuradamente en busca de la puerta. Varias cáscaras de pipas estallaron a mi paso. A punto de salir del local me llegó la voz calmosa de Corino:

–Me debe dos raciones de callos. Y una botella de tinto.

21

Dormí mal una temporada. Hubo un detalle que me parece revelador de la influencia que la historia de Corino, o el recuerdo de aquella prolongada sobremesa, ejercía sobre mi imaginación. Una noche, en un cambio de postura, me sorprendí murmurando: «por la ventana de la barbería pasaban nubes perfumadas». Inquieto, tal vez molesto con mi veleidad, me prometí dejarme de devaneos y prestar más atención a lo inmediato. Abracé el cuerpo de mi mujer, dormida a mi lado, como quien busca en realidad sujetar a un ancla firme el pensamiento.

La escapada de aquel sábado precipitó una tristeza en ella que no era nueva, pero que tampoco había necesitado manifestarse antes en forma de graves reclamaciones de afecto. Me dijo lo que ya sabía: que yo llevaba las últimas semanas viviendo en un estado de alelamiento exasperante, peor que el desprecio. Al menos, se quejó, despreciar requería cierta conciencia de la realidad que la incluía a ella. Fui incapaz de decir algo por más que sentía verdaderamente ser la causa de aquel agravio. Y quizá para acabar con él hiciera falta poca cosa, una palabra de esperanza, el tímido compromiso declarado en alta voz de abandonar aquella absurda obcecación. Pero no pude. Algo en mi carácter debía de traslucir ya los modales abstinentes del barbero. Me juré no pisar más aquella fatídica escuela de renunciadas que eran recibidas como afrentas dolorosas por quien menos las merecía. Todo era en vano, sin embargo. Los buenos propósitos nada podían frente a otro cálculo que se imponía con mayor urgencia al menor descuido: el de los días que faltaban para volver a la ruta; a la inquietante ruta de la Seda.

Retrasé mi primer viaje después de la conversación con Corino hasta poner en peligro mi continuidad en la empresa. Solo una convalecencia de don Saturnino, al que acababan de operar de una hernia, me salvó de verme en su despacho dando explicaciones –seguramente las últimas– de mis faltas.

¿Y cómo explicar que la razón mayor de aquella renuncia era el relato de un tabernero que había agitado mi imaginación hasta límites obsesivos? Tanto me fascinaba ahora la vida de Santos y tan dudoso me parecía el origen de esa fascinación que temía hacer descubrimientos que negaran la historia filipina que comprendía el secreto del barbero y el pájaro. Para darla por buena me bastaba con recuperar una y otra vez en un mapa el dibujo de la isla de Masbate, y recorrer con los ojos aquel nombre impreso que desbordaba el contorno minúsculo de la tierra que nombraba. Sobre aquel suelo remoto pero real había ocurrido la extraordinaria transformación de un hombre cuya misma naturaleza inalterable quería yo alcanzar. Fue entonces cuando me asaltó un temor nuevo: saber que entre el silencio de Santos y mi voluntad por hacerlo propio se había insinuado, como una sombra ominosa, la voz de un relator.

Una aprensión desconocida se adueñó de mí. Una y otra vez, en la vigilia y en el sueño, recomponía mis propios pasos hacia la barbería, pero sobre cada uno de mis movimientos sospechaba ahora la gravitación de unos ojos que me seguían fijamente, pegados a una ventana. Aquel observador, empecé a temer, iba haciendo suya desde su orilla una memoria de gestos que engendraría palabras para contenerlos. Yo aparcaba el coche; yo avanzaba hacia el portalón mirando la copa de la morera, llena de frutos a punto de caer; yo me perdía en lo oscuro para surgir de nuevo en la claridad de la barbería y me acercaba a la jaula del pájaro; yo lo contemplaba en silencio; yo me sentaba frente a un espejo y cerraba los ojos a la espera de borrar todo rastro de mí mismo, toda necesidad de decir algo, de vender algo, de pensar en algo, toda obligación que no fuera la de atender al sonido de una tijera abriendo el aire como podría abrirse el tiempo para que se derramaran las horas sin sentir. Y cada una de esas necesidades estaría sujeta al gobierno de otros ojos y sometida a la extensión de palabras concretas nacidas para contarlos quizá como no era.

Desde que conocí la historia de Santos empecé a pensar en él como si su recuerdo ya no me perteneciera. Tenía la funesta premonición de que todo lo ocurrido, no solo desde mi visita al bar sino desde que había puesto por

primera vez el pie en la barbería, tres años atrás, era parte de un plazo cuyo primer signo de caducidad consistía en haber escuchado las palabras de Corino. Y si alguna exigencia conllevaba aquel relato expuesto entre la enojosa servidumbre de las pipas y los callos, era la de reclamar una cuenta precisa que ya estaba corriendo hacia su resolución: la vida del barbero pendiente del canto de un pájaro. En algún momento de ese cálculo había irrumpido yo en la barbería y me había acercado a la jaula para escuchar la prevención de Santos: «no lo moleste. Está contando». Dudo si fue eso lo que dijo. La frase, que un día me pareció la advertencia de un hombre huraño, si no excéntrico, venía ahora a acreditar tan sutilmente la circunstancia más fabulosa de la historia que me contara Corino que acaso me la sugirieron sus palabras. El pájaro, el pájaro del fin del mundo, como él le había llamado, era un heraldo de los tiempos que había de cantar un día para Santos, como había sonado para reclamar a Amu. Hasta que llegase la hora final, Santos velaba por mantener el silencio sagrado que el pájaro había traído al exhalar la última sílaba de su canto. Y aquella misma voz, sin distracciones ni estorbos, como una fórmula prevista, debía regresar un día para ser anuncio del tiempo cumplido. Por distinguir ese momento, por aislarlo de todo lo demás, Santos se mantenía en su renuncia a hablar, aunque hirviese de palabras. La razón de tanta abstinencia resultaba ahora propicia: la única voz que debía imponerse sobre el tiempo era la de aquel pájaro inmóvil en sus cuentas sobre un palo.

La noche que hallé esta explicación fue la primera que temí que aquel grito del fin del mundo estuviese ya dispuesto en alguna palabra prevista y aplazada por Corino. Me sentí cautivo en una historia ajena y por librarme de aquella prisión levanté un discurso propio, tal vez contrario a la voluntad de Santos, porque era yo quien tenía al pájaro a mi lado. Incapaz de imaginarme recibiendo aquel animal sagrado de manos del barbero, me describí en un papel huyendo de la barbería a la luz de la luna, las manos recogidas sobre el pecho para sentir el latido del pájaro sacado de la jaula junto al mío, como dos corazones desbocados que cruzaran una noche llena de presagios bajo la sombra caliente de la morera. Me pinté tembloroso e insomne, urgido por la necesidad de cambiar los acontecimientos, más incluso: entregado a la quimera, que entonces me pareció redentora, de dejar un orden nuevo escrito con tinta, un orden capaz de influir en el curso de la realidad.

¡Con cuánta avidez emborroné papeles aquella noche! Una impaciencia insensata me llevó a imaginarme ya viejo y solo, inquilino perenne de una

habitación donde apenas se veía. No me detuve a pensar dónde se hallaba semejante cuarto oscuro porque aún era mayor la urgencia por dejar escrito que todo lo llenaba la presencia el pájaro, por fin a mi lado. Me pertenecía muchos años después de aquella noche real en la que yo escribía en un afán ingenuo por salir del tiempo, por vivir fuera del tiempo. En mi relato, yo suplantaba precipitadamente a Santos pero carecía de su ánimo sereno para esperar la señal del fin del mundo.

Tan incapaz fui de imaginarme en esa nueva vida, ahora lo sé, que solo supe traer al papel mi vida antigua: la primera entrada en la barbería, el descubrimiento de la jaula con el pájaro inmóvil en su interior, la quietud no menos insólita del barbero, el hábito de las visitas a aquel recinto luminoso donde la realidad y el tiempo quedaban sometidos al roce de una navaja. Y precipitándolo todo inesperadamente, como en los sueños, una frase de Eliseo Valbuena pronunciada entre las copas de una noche excesiva: aquella confianza que convertía a Santos en verdugo de una muchacha, una historia extravagante que aún lo fue más en boca de Corino, porque consentía el crimen del barbero al tiempo que lo libraba de toda culpa y lo hacía víctima únicamente de su acuerdo silencioso con un pájaro. El silencio de Santos no era orgullo, como dijo Valbuena, era expiación.

Dueño del pájaro, en esa nueva biografía que torpemente quise ordenar una noche sobre el papel, la necesidad de vivir para vender miserables objetos de tocador había sucumbido ante la urgencia real de esperar en silencio, con la sola compañía de un ave profética, mi última hora. Pero en la vigilancia de un ave prisionera que no se movía, me veía cautivo también yo de un desasosiego continuo por detectar el más leve movimiento.

A veces pienso si no habré soñado lo que otras veces me parece seguro que escribí, lleno de desvelos, una noche de fiebre. Lo único seguro es que aún recuerdo cada palabra concebida aquella madrugada con el fervor de quien creía estar sembrando consecuencias que eran sílabas previstas de un ensalmo.

«Pasan las generaciones y sigue inmóvil el pájaro», escribí entonces para asentar el hechizo con naturalidad.

Aplacé casi cinco meses mi visita a la barbería. No puedo decir que la demora trajera consecuencias benéficas a un matrimonio necesitado de diálogo porque la verdad es que yo apenas abrí la boca durante mi reclusión voluntaria y mi mujer, no sé si más práctica que resignada, halló donde acortar los tiempos de silencio parando poco en casa.

Bastó, en cambio, esa irregularidad del viaje aplazado en un calendario hecho a la costumbre de las citas mensuales en la barbería para que me sintiera extraño en la ruta cuando salí a la carretera, como si fuese la primera vez que hacía el trayecto.

La mañana imponía una lentitud invencible en el paisaje, atenazado por la helada invernal. Me pareció que todo estaba más lejos o que era preciso más tiempo para llegar. Al mediodía, la tierra elevaba vapores en la distancia que borraban el horizonte. Alguna hoguera entre surcos, atizada por hombres que la miraban inmóviles, iba a confundir su aliento con el del hielo que se fundía. La luz pálida de enero dejaba un poso de estupor en todo lo que tocaba.

Los hombres temerosos somos crédulos y yo quería creer que nada había cambiado desde mi último viaje. Miraba a mi alrededor en busca de confirmaciones. Pero la historia que me había contado Corino seguía inquietándome con turbios reparos que yo hacía depender del solo hecho de haberla conocido.

Aparqué donde siempre. Crucé la calle haciendo esfuerzos por no atender al bar pero no pude sustraerme a la imaginación de que su dueño me observaba desde el interior sombrío y que mi tránsito era parte ya de un relato que él había empezado a tramar. Ante la ventana de la barbería pasé con los ojos cerrados. Los abrí en el portal. Me tranquilizó reconocer los mismos desconchones en la pared, el agrio olor a humedad, la resistencia de la manilla que abre la puerta al recinto silencioso donde Santos y su pájaro imperan sobre el tiempo.

Como siempre, recién salido del portalón en penumbra, cuando entré en la barbería me deslumbró la luz de aquel local abierto a la carretera. Pero aún en esa intensa claridad que podía confundir la mirada, percibí la consumación precisa de tantos temores confusamente presentidos. Ante mí se ofrecía una terrible ausencia que los ojos se negaban a aceptar: en el lugar de costumbre no había jaula ni pájaro. Todo el espacio que abarcaba la vista era para el rincón intolerablemente vacío y, junto a él, para el espejo que devolvía la

mirada estupefacta de un hombre detenido en el momento de abrir una puerta para adentrarse en el local.

Santos mantenía su posición de costumbre, sentado a la luz de la ventana con el periódico plegado sobre el asiento contiguo. Lo miré desde el umbral, aún incapaz de moverme.

–Se murió el pájaro.

Lo dijo sin dolor ni afectación, sin mirarme, como quien se limita a informar de un hecho que apenas le incumbe. Pasé de la puerta, todavía incrédulo, y avancé como un sonámbulo hasta dejarme caer en el sillón de la barbería. La inercia, supongo, se encargó de levantar a Santos de su asiento, de hacerle sacudir el babero con un sonoro parchazo en el aire, de ajustármelo al cuello y de aplicarse a afilar la navaja sobre el cuero, después de haberme enjabonado.

Resistí el afeitado sin decir una palabra pero incapaz, a diferencia de mis visitas anteriores, de no pensar en nada. Corría la navaja por mi piel al tiempo que mis pensamientos volaban sobre la peripecia filipina de aquel barbero viudo que me recortaba las patillas con esmero.

Cuando Santos terminó el oficio, hablé por fin. Sin demasiado recato, le expuse lo que sabía por Corino. La impaciencia y la compasión me dominaban: quería oír a Santos, conocer de sus labios los pormenores de la muerte del pájaro y al mismo tiempo deseaba ahorrarle esa enojosa explicación. Dándole a entender lo que sabía y ofreciendo confusamente un consuelo que quizá él no necesitaba, me sentí como el día de mi primera visita a la barbería, cuando recité el catálogo de existencias ante un hombre cada vez más ajeno a mi discurso.

Santos me dejó acabar en silencio, apoyado, como entonces, en un radiador. Cuando terminé, se desplazó hasta un armarito de pared y de su interior extrajo una caja de cartón, llena de pequeños agujeros. Abriéndola, sacó un recibo que puso en mi mano: era la factura por la compra del pájaro en un negocio de la calle Cabestreros de Madrid. Me fijé en la fecha del pago. No habían pasado ni cinco años desde entonces.

–¿Pero y lo que me contó Corino?

Santos se encogió de hombros.

–Desde que volvió de Manila anda aburrido –dijo por toda explicación.

¿Debía concluir yo que combatía el aburrimiento a base de invenciones?

Mi cara de desconcierto animó a Santos a hablar más de lo habitual.

–Fue allí con un hermano cura, pero a Corino le falló la vocación. Las indias... –dejó caer en femenino y plural.

El barbero recogió la factura, volvió a dejarla en su caja y se sentó junto al periódico. Aún perplejo hice ademán de sacar la cartera pero me atajó con un gesto.

–Hoy invita la casa. En memoria del difunto.

También yo me senté. Fue la primera vez que lo hice en aquel local sin recurrir al sillón de la barbería. Cada uno perdido en su silencio, con una silla vacía entre los dos sobre la que descansaba el periódico del día anterior, fuimos pasando la mañana.

Hubo un momento entonces, y volvería a repetirse al oscurecer, en el que mi destino dependió de una frase.

–Subo a comer algo. Usted puede irse o quedarse.

Me quedé. Cuando volví a expresar mi deseo de seguir allí al caer la noche, Santos habló con naturalidad, como si ya hubiera previsto mi decisión.

–Deje caer la persiana de la barbería cuando se eche a dormir. Bajo a abrir a las nueve.

Con un gesto de la cabeza me indicó una manta, sobre el altillo del perchero. Aún sentado en la silla que había ocupado desde media mañana, oí el giro de la llave en la cerradura y los pasos de Santos alejándose escaleras arriba.

Nunca olvidaré aquella primera noche en la barbería. Cada ruido, cada abstinencia, cada movimiento adquirió un sentido primordial que desde entonces ha justificado mi vida.

Todo sucedió con naturalidad si por ello entendemos el encuentro, tan anhelado, de los afanes con su satisfacción. Yo, que había pasado los últimos meses, acaso los últimos años, ansiando una vida ajena cuyos pormenores no acertaba a calibrar, me encontré de pronto inmerso en ella sin estorbos, fruto de una respuesta expresada a media voz: «Me quedo». Desde entonces, como si aquellas dos palabras fueran la simplísima declaración que me abría las puertas a una vida nueva, cada noche he restaurado los misterios de una soledad apetecida, colmada entre sombras de frascos inmóviles y el temblor

de una morera. Llevo cuenta de las pérdidas que el otoño impone entre sus hojas y advierto cada brote que la primavera alienta entre las ramas, al amparo de la luna. Absorto en otros cálculos que ejerzo a plena luz, he podido renunciar a esas necesidades ordinarias que exigen alimentos y bebidas en número mayor del que es preciso. Me basta con un caldo diario que Santos me trae cuando echa el cierre. Memorizar el curso de una grieta en la pared me mantiene horas sin abrir los ojos, replicándola en la oscuridad. Recordar el orden de las baldosas en el suelo, negar ese curso rehaciendo geometrías que caprichosamente evitan lados e inventan aristas en un centro, me entretiene; discernir las huellas de una mosca en el espejo es una ocupación irrepetible que me libra de triviales pensamientos.

También el mundo que pasa por la ventana me distrae. La primera noche que dormí en la barbería nevó durante horas. Ahora me parece un signo. Tanto aventuré los ojos en la nieve que caía silenciosa que perdí el sentido de la gravedad. De pronto me vi como un pájaro olvidado del suelo, en mudo ascenso hacia la noche. Con todo el recinto a mi alrededor, con el sillón y la percha y las paredes y los frascos y el espejo, yo volaba entre los copos cielo arriba. Al amanecer trasladé mi silla a la esquina que había ocupado la jaula. Por la mañana, nada más abrir la puerta, Santos se acercó a mi asiento para arrancarle una hoja al calendario que cuelga sobre mi cabeza. Nos miramos sin hablar.

La vida que alcanzo a ver desde mi rincón me confirma en cada renuncia que he emprendido. Solo una vez vacilé. Una tarde, poco tiempo después de estar aquí, descubrí a mi mujer mirándome al otro lado del ventanal. Se cubrió el rostro con las manos, asediada, según creo, por las lágrimas. Hizo ademán de dirigirse al portal pero al final se dio la vuelta. La vi meterse en un coche, donde la consoló un desconocido que le recompuso el pelo con delicadeza antes de arrancar. Reconozco que verla llorosa y confundida, saliendo del rectángulo de cristal que me trae una fracción del mundo hasta mi esquina, me hizo dudar del fundamento de mi empeño por no abandonar nunca más aquel rincón consagrado a las contemplaciones. Pero acabó pasando.

El ensimismamiento, ahora lo sé, tiene sus disciplinas. Y no se parecen a las del hombre que un día imaginé entregado nerviosamente a vigilar el sueño de un pájaro inmóvil. Mis ocupaciones consisten en escuchar el goteo de un grifo sobre el lavabo, en atender al curso anual del sol por el suelo de la

barbería, en advertir el giro de la llave en una cerradura y los pasos nocturnos de Santos sobre el techo, en admirar la floración de la morera y la caída de sus frutos, en sorprender el gesto esquivo de Corino, inmóvil y caviloso, mirando hacia la barbería detrás de su cristal, todas las tardes.

Los lunes me afeita Santos. Bajo el ensalmo de su navaja renuevo la íntima dicha de una inmovilidad que no termina con el servicio. Al acabar me espera mi asiento, junto al espejo que me devuelve el espacio ordenado de la barbería donde ocupo un sitio fijo, entregado a las minuciosas ceremonias de la ausencia. Mientras, el tiempo corre fuera de la ventana sin que sus despos alteren la serenidad del local.

Jamás entra un cliente y nada me cuesta aceptar esta anomalía en un negocio que se abre al público. Todo transcurre según una complicidad tácita y universal irradiada desde la barbería hacia las criaturas que, de vez en cuando, nos miran desde fuera.

El calendario que Santos renueva cada mañana me anuncia el día en que vivimos. Pero hay otros signos de que pasa el tiempo. Una tarde, hace casi un año y medio, una grúa retiró mi coche, aparcado todavía junto al bar. Estaba lleno de las salpicaduras rojas que unos niños le habían esparcido arrojándole, con una tenacidad de la que fui testigo inmóvil, los frutos caídos de la morera.

Hoy se cumplen cuatro años y trece días de mi presencia en el local. Es el tiempo que ha tardado la compañía en expedir un viajante nuevo, acaso con la consigna de lograr un pedido que borre la memoria infausta de mi paso por la firma. Cuarenta y ocho meses y trece días. Demasiado descuido para la diligencia mercantil de don Saturnino, me digo. Es probable incluso que haya muerto.

He visto a mi sucesor antes. Al menos lo he descubierto vigilando la barbería desde la otra acera en tres ocasiones durante las últimas semanas. Supongo que le habrán hablado de mí y lo que ha oído le resulta confuso o increíble. Hoy, por primera vez, se ha atrevido a entrar. Es un hombre joven. El traje parece quedarle corto o demasiado ceñido. Me mira de reojo antes de dirigirse a Santos. Con determinación para eludir las exigencias más elementales de la oportunidad y del decoro, afectando un tono confidencial que le hace bajar la voz, el hombre enfatiza el triunfo de la lujuria que el crecepelo «Robespierre» esparce por los alrededores de su usuario. Santos, apoyado en el radiador, escucha con la mirada perdida, inmune a las

seducciones del parloteo.

Soy yo, me temo, el que vacila ante el discurso que también fue mío en otro tiempo. Una tensión que creía ya olvidada se va apoderando de mí. Me remuevo inquieto, afligido de pronto por el paso de los años y la pobre memoria que dejaremos sobre este mundo. ¿Quedará de nosotros algo más que el enojoso esfuerzo de haber defendido en público un catálogo de lociones que empalagan y el tormento de las horquillas para domar el pelo? Entonces siento que debo hacer algo que rebaje esa condena. Cuando el viajante, derrotado en su argumento mercantil esté a punto de perderse tras la puerta, me veré forzado a hablar. Poco importará que mi voz, después de años de silencio, resuene como un graznido inapelable. La propia hora justificará mi oración intempestiva, calculo. Abriré la boca para recomendarle que cruce la calle y se siente a comer una ración de callos en el local de enfrente.

El resto será obra de Corino. Confío en que su cuento, que ya habrá tenido tiempo de madurar tras cuatro años de maquinaciones pegado al ventanal, me asegure al menos un lugar poco común en la memoria del viajante. Y, si no es mucho pedir, una jubilación honorable como discreto pájaro de barbería.

CONTINUIDAD DE LA MUSA

*Sóplame, Musa,
que halitar te sienta
la pluma que me guía,
atenta
a tu bufar.*

Porfirio Aldama Estienne

Aún no me parece una temeridad haber publicado hace casi treinta años que a la obra de Hilario Luna le perjudicó el tiempo. Quizá hubiera sido más justo escribir que el tiempo la descuidó. Aquel juicio ni siquiera indultaba la producción oral del siete de enero de mil novecientos cincuenta y nueve, sin duda el momento lírico más inexplicable del poeta. Quienes saludaron en los versos de aquel gélido atardecer la irrupción de una energía nueva estaban, según creo, menos impresionados por la declamación de Luna que por el espectáculo de su ascenso a la muralla bajo el último sol del día, ligero de ropa, los pies desnudos frente a la helada y sobre la cabeza, en admirable equilibrio, un queso al que se encomendó el poeta en términos algo excesivos: «¡Craso queso, aquí ceso!: acaso mi causa acuse el ocaso». Luego, según el vehemente articulista de *Proa* que supo preservarnos la cita, Hilario repartió palabras destempladas desde la altura, voceó algún verso y acabó arrojando el queso sobre unos espectadores incrédulos.

Menciono aquella exhibición, más bien grotesca, porque entonces animó páginas que ahora puedo verificar sin salir de este despacho. Una gaveta de mi escritorio contiene el referido artículo con toda su contienda de asombros y sin embargos; a su lado, pervive el manuscrito de mi ensayo sobre Hilario Luna con diversas observaciones autógrafas de su mejor amigo, Alejo Álvarez. Si me levanto y registro la librería, ligeramente por encima de mi cabeza y encuadrada en tela azul, la obra de Hilario Luna descansa, visible e innegable, al lado de un caballo de plata.

Hoy, con un temor irracional, he abierto el volumen para comprobar que los versos siguen impresos. Es penoso proceder a esta verificación de la realidad pero los últimos acontecimientos no desaconsejan la vigilancia.

Por cierto, la escalada del poeta propició hace treinta años la existencia de otro objeto cuya exposición bastaría para justificar mi escritura, si no temiera ya que mencionar ese fragmento de realidad –que consta de una veintena de páginas toscamente ligadas con un cordel a una cubierta de cartón– suscitar un problema más severo. Se trata del folleto mecanografiado en cuarto *Hilario Luna, lírico funambulista*, obra inédita, acaso única, de Alejo Álvarez; un testimonio que, a estas alturas, no puedo mencionar sin que se dude de mi buen juicio.

Conservo otro documento que acompañó a aquella remota producción: una fotografía de Alejo Álvarez junto a la muralla. Hace tres décadas y ante mis ojos, la realizó un fotógrafo ambulante. Este retrato, que podría sostenerme frente a quienes nieguen no solo el folleto sino la mera existencia de su autor, demanda explicaciones prodigiosas de las que siempre, incluso por escrito, me he apartado. Les aseguro que no soy hombre imaginativo. Escribo estas líneas con dificultad, llevado por el disculpable deseo de oponer una explicación racional a unos hechos que acaso no la admitan. Más de una vez he sospechado que someter el disparate a la razón es un esfuerzo inútil que acaba prestigiando al disparate. Si me he mantenido en tal propósito es con la esperanza, no sé si ingenua, de que esta página rescate a Hilario Luna del olvido y resuelva definitivamente algún descrédito, publicado tras su muerte, sobre los versos más incomprensibles del poeta. Me consuela creer que mi labor, al menos, contará con la aprobación de esa escogida camarilla de valedores mal avenidos entre sí, pero unánime en sus particulares entusiasmos, que nunca ha de faltarle a los parnasos provinciales peor tratados por el tiempo y las enciclopedias.

Los hechos que intentaré aclarar conciernen a otra época, a unos días de mi vida que dediqué con entusiasmo acaso juvenil al examen y promoción de la obra de Hilario Luna. Aún hoy, el nombre del poeta debe menos a las exigentes coplas de *Osario de almas* que a su intempestiva escalada a la muralla que en tiempos romanos abarcó el perímetro de su ciudad. Cuando tuve que explicarme semejante exhibición física, emprendida, por más señas, a los ochenta y un años, tendí a ver en el asalto del poeta a las venerables piedras el desafío de un alma poco transigente con las edades de la historia y con su edad. Pronto me pareció demasiado conformista esta conclusión y

hallé otra: en el gesto retador de Hilario se adivinaba la injerencia fatal de vastas y desordenadas lecturas. Walter Benjamin ha escrito que el héroe es el verdadero sujeto de la modernidad. Entendí que no me equivocaba al redactar que Hilario Luna desconocía esa página pero juzgaba que vivir lo moderno exige una constitución heroica. Esta probabilidad, exaltada por algún fervor romántico, explicaba —o eso escribí yo— la deliberación de un crepúsculo invernal para subirse a una muralla romana iluminada por la luna. En el capricho del queso admití el homenaje a los fabulistas griegos, que le habrían deleitado de niño. En su lanzamiento posterior desde una almena no negué la intemperante gravitación de Marinetti.

Yo anotaba tales reflexiones pocos meses después de que Hilario Luna hubiera muerto. Como alegato del antojo rampante del poeta mi editor las juzgó demasiado académicas. Recuerdo sus palabras en una tarde de canícula, rodeado de botellas vacías de agua mineral. Agitando con desdén una emotiva página sobre el poeta, publicada en *Proa* por don Valeriano Robles, dictaminó: «a este le sobran elogios y le faltan razones; a usted le sobran citas literarias. Supongo que será la falta de verdaderas lecturas». El fragor de las prensas en la planta baja le obligaba a levantar la voz, y esa energía necesaria para imponerse al escándalo de las máquinas debió favorecer en mí la impresión de que sus palabras eran sabias.

Durante varias semanas revisé mis notas. Suprimí algunas citas con pesar, porque en justificarlas había entendido que se acreditaban las virtudes de una inteligencia sutil. Inútilmente repasé bibliografías en busca de un nombre, Porfirio Aldama Estienne, al que la pluma de don Valeriano Robles hacía responsable de los mejores versos de Luna en su necrológica de *Proa*. Después viajé a la ciudad del poeta para completar mi examen. El viaje resultó penoso para mi borrador, que se reveló minuciosamente contrario a los hechos. Sin embargo, la visita no fue tan desgraciada que no consintiera algunos beneficios: un día y parte de una noche en la ciudad de Hilario Luna sirvieron para que mi trabajo admitiese ciertos episodios biográficos del poeta poco conocidos. Sé que más de un lector los agradeció. Debo advertir que en el inventario de circunstancias inéditas con que adorné la biografía del poeta prescindí de la confidencia acaso más sorprendente de su vida: la intención frustrada de acuchillar al secretario del ayuntamiento la noche antes de subirse a la muralla. Evité esa revelación porque no se conocían más testigos del intento que la víctima ilesa, y porque cuando Alejo Álvarez me contó el

episodio habíamos bebido. Alejo Álvarez, emocionado y locuaz en sus evocaciones, lloroso al separarnos, era aquel secretario incólume.

La noche que llegué a la ciudad de Hilario Luna llovía mansamente. Alentado por el artículo de don Valeriano Robles, que glosaba los hábitos lectores del poeta, yo había resuelto examinar su librería. Quería comprobar el rigor con que esa página alegaba el nombre de Porfirio Aldama, secreto inspirador de Luna. En realidad, quería saber quién era ese hombre del que no tenía noticia y después reconocer el aliento de su obra en la poesía de Hilario. El mismo articulista recordaba a la viuda del poeta en el momento de entregar algunos libros o todos los libros del difunto –la prosa de don Valeriano, a fuerza de evitar repeticiones lograba ser oscura– a la biblioteca municipal. En febrero había escrito yo a su director solicitándole permiso para revisar ese legado. No obtuve respuesta y volví a escribir. Dos meses después recibí un inaudito parte médico firmado –¿cómo entenderlo?– por el secretario del ayuntamiento:

El señor bibliotecario sufre de malestar transitorio en parte opuesta a frente haciéndosele ingrata la comunicación directa. Rogamos aplazamiento o prórroga de visita. Queda suyo afmo.:
A. Álvarez, secretario.

A ese documento peregrino le sucedió, diez días después, una segunda demostración de la prosa inverosímil de Alejo Álvarez:

Don Marcos, ya de dolor vacante o libre, le recibe a vd. dichoso próximo lunes día trece del corriente. Queda suyo afmo.: A. Álvarez, secretario.

Cuando me bajé del tren aquella lejana noche de abril, como en un verso que recordé de Luna, las farolas de la estación ardían en los charcos. Protegido por un paraguas, una figura menuda me hacía señas enérgicas con un brazo desde el andén. Después corrió a mi encuentro y me tendió la mano: era Alejo Álvarez.

No me detendré en los ademanes de pájaro de aquel hombre porque advertí enseguida que su interés como individuo era preferiblemente intelectual. De camino al hotel me comunicó sus afanes. Por entonces ya había iniciado su folleto sobre Hilario Luna, «mi grande amigo», añadió con una afectación teatral de solemnidad subrayada por el gesto de cerrar los ojos

y elevarse de puntillas. En posición más relajada expuso algunos pormenores narrativos que debía resolver. Fundamentalmente incumbían a la artesanía del queso arrojado por el poeta desde una almena y a la averiguación del itinerario exacto seguido por Luna pared arriba. Después de un silencio, Alejo Álvarez se reconoció, «subsidiariamente», como autor de crónicas puntuales. «Puntuales en el más estricto sentido horario», aclaró. Por lo visto, y sin interferir con la exégesis sobre el amigo, le empeñaba entonces la redacción de una muestra de ese género, digamos minuterio, cuyo volumen estimaba en noventa y cuatro cuartillas manuscritas –más seis de prólogo– que debía recrear una jornada de la legión romana fundadora de la ciudad. Admitió que el capítulo «nono» que cerraba la crónica, por algún escrupuloso cálculo coincidente con la vigilia prima romana que cerraba el día, aprovechaba «de fondo» una memorable estampa: la salida de la luna sobre la muralla. Luego declaró:

–La luna sobre Luna. Como usted supondrá, el cuadro es un homenaje a la memoria rampante del eterno amigo Hilario.

Para no alargar la conversación y porque llegábamos al hotel, evité hablar del poeta. Le pregunté, en cambio, qué tenía que ver él, secretario del ayuntamiento, con la correspondencia oficial de la Biblioteca Pública.

–¿Lo dice por las respuestas a sus cartas? –preguntó obviamente.

Afirmé con la cabeza. Luego me sentí incapacitado para descifrar el procedimiento mental que llevó a Alejo Álvarez a murmurar «bueno, bueno, bueno» y despedirse.

Aquella noche soñé que junto al secretario y a una mujer que no conocía recorríamos un bosque. Alejo se adelantaba unos pasos y yo, mirándolo desde atrás, presentía que iba a volverse y comprobaríamos con horror que era otro hombre. Al buscar los ojos de mi compañera para relajar la angustia, descubría que a mi lado caminaba un carnero cuya expresión era el rostro del secretario. Me desperté sobresaltado y tardé en serenarme. Hasta la habitación oscura llegaba el sonido lejano de los trenes maniobrando en la estación. Incapaz de dormir, acabé encendiendo la lámpara de la mesita para releer mis notas sobre Hilario Luna.

Me despertó temprano un sol apenas rebajado por las cortinas, cuya luz vino a sumarse a la de la bombilla que, en la duermevela, no llegué a apagar.

Dispersos sobre la colcha se extendían los folios que habían alimentado la reciente vigilia. Cuando intenté incorporarme percibí dolorosamente mi rigidez de lector sorprendido en mala postura por el sueño. Me costó un rato salir indemne de la cama.

Hacia las diez de la mañana, maltrecho todavía, llegué a la biblioteca. Me recibió don Marcos en su despacho. Sobre la nuca sujetaba un pañuelo húmedo. Con gestos fatigados me indicó una silla. El hombre tenía la expresión contrariada y mal aspecto. Le pregunté si se encontraba bien y me contestó que acababa de encargar unas aspirinas. Después, sobreponiéndose a algún sufrimiento invisible que le obligó a tensar los labios, me miró con fastidio:

–Usted dirá.

Para no cansarlo más –o porque yo estaba cansado– le expliqué en pocas palabras mi propósito de determinar la trascendencia estética de las lecturas de Hilario Luna en su obra. Justifiqué mi viaje alegando la teoría que señalaba a Porfirio Aldama Estienne como fuente esencial de sus versos. Quería comprobar si su obra, que yo desconocía, figuraba siquiera entre los libros que había reunido el poeta.

Don Marcos levantó una ceja. Luego tocó un timbre. Apareció un empleado de mandilón azul.

–Haga el favor de traerme un vaso de agua.

Mientras se recostaba en la silla el bibliotecario pasó del fastidio a la curiosidad.

–De modo –me dijo– que a usted también le extraña que nuestro Hilario escalase la muralla. No me dirá que ha peregrinado hasta aquí solo porque aprecia su poesía.

Las palabras de don Marcos me confundieron. Argumenté –ahora creo que con una firmeza innecesaria– que ningún nombre es banal en un catálogo y que el mío no debía prescindir de cuantos hubieran dejado noticia, por nimia que fuera. Luego apelé a la conveniencia de mi empresa, que podría salvar a un poeta del olvido. Don Marcos me dejó hablar. Súbitamente me preguntó:

–¿Qué límite se impone usted?

Para no parecer pretencioso le expliqué que mi repertorio era modesto: una simple contribución a un nuevo diccionario de la poesía contemporánea. Añadí que me competían las iniciales L, M, P y Q del proyecto. En el silencio

que siguió a mis palabras pensé que esa obra y mi exposición de su procedimiento eran ridículas.

Llamaron a la puerta y entró el empleado del mandilón azul con un vaso de agua.

—¿Aún no trajeron las aspirinas?

El mozo, inexpresivo hasta entonces, casi se transfiguró para expresar falta de incumbencia en ese asunto. Don Marcos bebió cerrando los ojos.

—Dígame una cosa —me preguntó mientras dejaba el vaso sobre su escritorio—. ¿Piensa usted revisar las bibliotecas de todos los poetas que le tocaron?

No estuve muy seguro de su interés. Tuve la ocurrencia de responder que solo Hilario Luna había escalado una muralla. Don Marcos casi ocultó una sonrisa. Me pareció que se animaba.

—No se deje distraer por la muralla —advirtió—. Luna no es el primer poeta rampante. Recuerde el heroísmo fatal de Garcilaso. En lo que Hilario se aparta de la tradición es en haber trepado con un queso sobre la cabeza. Le recomiendo que no descuide comentar esa salvedad en su diccionario.

Pensé que don Marcos quería librarse de mí y que se burlaba del trabajo que me habían encomendado. Lo apremié para que me autorizase a ver los libros de Hilario Luna. El bibliotecario se levantó, dejó el pañuelo humedecido sobre el asiento y caminó hasta una ventana.

—No sé si será para usted un desconuelo —me dijo mirando al exterior— saber que Hilario Luna no tenía libros; saber —prosiguió— que por la poesía, tal vez por todo género de escritura, sentía un aprecio meramente intuitivo. Le diré más —añadió volviéndose—: Hilario Luna renunció desde niño a la lectura para librar de contaminaciones su obra. La pureza le inspiraba, no lo olvide. Por supuesto, esa abstención no impide las coincidencias. Lo asombroso, lo fatídico, diría, es que existiendo todas las posibilidades sus versos hayan de parecerse a los de ese tal Aldama, quienquiera que haya sido. Convendrá conmigo en que a juzgar por los resultados líricos de Luna el nombre de su inspirador no es imprescindible para la Literatura. Y ello prueba —concluyó regresando a la mesa— que aun el azar exige talento.

Dudé de la honestidad del bibliotecario. Alegué el artículo de *Proa* que mencionaba la librería del poeta a su muerte, el párrafo que exaltaba la emoción de su viuda en el momento de donarla a la biblioteca municipal. Don Marcos escuchaba en silencio.

–Usted se refiere al elogio de Robles, si no me equivoco.

Asentí.

–Robles era el cronista local cuando firmó esa página –prosiguió el bibliotecario–. En provincias olvidadas como esta, semejante responsabilidad suele inclinar a la antología.

–¿Quiere decir que la viuda de Hilario Luna no donó su biblioteca, o que no se emocionó? –le pregunté sin acabar de entender.

–Quiero decir que ni siquiera existió esa biblioteca, que acaso no haya existido el propio Aldama.

Protesté calurosamente. Apelé a mis peticiones de consulta no contestadas. Don Marcos recuperó el pañuelo antes de sentarse y lo apoyó en la frente. Suspiró, según creo, con paciencia.

–Conozco a los investigadores –dijo sin levantar la vista de la mesa–. Si en respuesta a su carta yo le escribo que aquí no hay nada de lo que busca, usted me juzga el bibliotecario al uso, celoso de libros ajenos que solo le compete custodiar pero a los que, caprichosamente, niega el acceso. Usted se presenta entonces dispuesto a combatir mi rapacidad o mi hermetismo. Tiene, tal vez, la mala fortuna de encontrarme enfermo y se marcha sin convencerse de que aquí no hay nada que le interese pero seguro de que yo lo traté con frialdad, si es que no le mentí para librarme lo antes posible de una visita. En su casa se calma. Pasan unos días, relee las sandeces de Robles, se confirma en sus sospechas y vuelve. Yo ahora le estoy evitando el regreso inútil que podría planear –remató alzando los ojos para mirarme.

Sonó el teléfono. Mientras el bibliotecario contestaba repasé su exposición, que me parecía inverosímil. Previne algunas objeciones y la insegura esperanza de incomodarlo con quejas. De pronto me consoló un pensamiento: haber conocido el rechazo de Luna por la lectura y no negar la influencia de un poeta en su obra, me permitiría un párrafo del gusto de mi editor, siempre inclinado a las paradojas. Oí la voz de don Marcos.

–Era Alejo –me informó mientras colgaba el teléfono–. Le saluda.

Tuvo que advertir en mí alguna impaciencia porque en seguida me tranquilizó.

–El secretario es otro devoto de las ocurrencias de nuestro gran poeta local, igual que usted.

Le pregunté si era esa suficiente razón para que hubiera respondido él a mis cartas. Insinué alguna negligencia en su tarea de director. Don Marcos

me miró con desgana. Después dijo:

–Apenas he tratado con Alejo Álvarez pero tampoco creí negligente corresponder a sus deseos cuando me telefoneó pidiendo que le dejara ponerse en contacto con usted, una persona que por fin quería ocuparse del poeta con el que había compartido él horas felices. Accedí a que contestara a sus cartas en dos ocasiones. Aplacé la primera fecha de su visita porque no me encontraba bien. Le sugerí, cuando llamó una tercera vez, que no creía necesario que fuera a esperarlo a la estación. En todo lo demás, incluida la falta de curiosidad por saber cómo se enteró el secretario de sus proyectos enciclopédicos, tiene usted razón, fui negligente.

Más confundido que molesto, me levanté para marcharme. De pronto se me ocurrió que hablar con el cronista quizá fuese de alguna utilidad, puesto que era él quien había mencionado a Aldama.

–¿Dónde puedo encontrar a don Valeriano Robles? –pregunté exagerando en la determinación. El bibliotecario fue tajante:

–En el cementerio. Lo enterramos hace un mes.

Antes de que yo reaccionara, don Marcos me tendió la mano, me acompañó a la puerta, me previno:

–No escriba usted mucho. Recuerde que una hoja en blanco siempre tiene arreglo.

Bajé las escaleras de la biblioteca medio ofuscado. De pronto oí que el mozo del mandilón gritaba mi nombre. Avanzando hacia mí extrajo de un bolsillo un sobre que agitó en el aire. Le pregunté cómo sabía quién era yo. Con indiferencia, tendiéndome el sobre, respondió:

–Dijo don Alejo que cojeaba.

Lo miré ásperamente. En ese momento llegó un muchacho con una caja de aspirinas. El mozo del mandilón la introdujo en el bolsillo. Luego, con un gesto brusco de los brazos, espantó al chico que parecía esperar algo por el servicio prestado.

–Si no manda usted nada yo tengo que irme –advirtió ya de camino.

Lo miré mientras cruzaba silbando la calle y desaparecía por la puerta del bar de enfrente con la medicina del bibliotecario guardada en su bolsillo.

El sobre contenía una nota de Alejo Álvarez. La asimilación previa de otros dos textos del secretario no redujo el asombro de esta tercera entrega de su prosa. En términos heroicos me invitaba a comer.

Regresé al hotel decidido a abandonar la ciudad pero, aunque no era más que media mañana, Alejo Álvarez ya me estaba esperando en el vestíbulo. Retrepado a un aparatoso sillón que lo hacía parecer aún más raquítico, abrió los brazos en señal de bienvenida. A saltitos sobre la alfombra del recibidor vino a mi encuentro y me agasajó con calurosos palmoteos en la espalda. De ahí pasamos a un gesto que pedía reserva para que yo me inclinara a escuchar una confidencia dudosa sobre la dueña del establecimiento, una mujer a la que recordaba vagamente de la víspera, cuando me registré. Mi anfitrión no me dejó subir a mi cuarto a dejar mi cartera y mis folios. Me previno: «Si se cruza con el ama en el pasillo, a lo mejor no baja, usted ya me entiende». Pensé que iba a guiñarme un ojo para refrendar la picardía del comentario pero se abstuvo. En cambio se puso de puntillas para echarme un brazo sobre el hombro. Bajo la presión de esa imprevista tenaza, escuché los últimos avances del capítulo sexto *–hora tertia–* de su novela romana. Súbitamente relajó el abrazo para proponerme un periplo provincial si me quedaba unos días. Impaciente, miré mi reloj y sugerí a aquel hombre si no debía estar trabajando en el ayuntamiento. En la naturaleza expansiva de Alejo Álvarez afloró el secretario para atajar:

–No procede.

Me arrastró fuera del hotel. Antes de salir tuve tiempo de averiguar por boca del conserje que el último tren hacia mi destino partía a las once de la noche.

Recorrimos durante un rato la ciudad para que yo admirara la arquitectura monumental de los templos. Cada vez que sonaban campanas el secretario se detenía y señalaba al aire cerrando los ojos, como en un éxtasis.

–Repare qué histórica armonía nos envuelve.

En una calleja que olía a humedad y a abandono, ante un modesto negocio de tapicería, el secretario documentó la inspiración de unos versos de Luna. En silencio vagamos algún tiempo entre soportales sombríos. Al salir a la luz, o al ascender por una calle, se imponían las torres de la catedral sobre los tejados. Junto a una iglesia cuyo campanario coronaba una veleta dorada en forma de pájaro, el secretario improvisó:

Desde la torre tú nos escuchas, gallo.

Si me preguntan, callo.

Acabamos la mañana paseando junto al río.

Alejo Álvarez me llevó a comer a un local cuya única decoración era una rueda de carro incrustada en el adobe de una pared. Para la sobremesa solicitó una botella de orujo. El secretario bebía y hablaba del poeta Hilario Luna con apasionamiento y desorden. Recordó risotadas nocturnas y cierta canción llena de procacidades. Evocó algunos juegos de infancia compartidos en los que importaban una sogá, una chopera y la curva arenosa de un río. Añadió anécdotas juveniles y el nombre de una muchacha. Con creciente exaltación mencionó viajes en carro y desaprobó, al fin, algunos versos demasiado rigurosos –tal vez dijera rígidos– del amigo.

En un recuerdo confuso, o que yo recuerdo confusamente, se declaraban estaciones de trenes y nombres en francés. Cuando yo trataba de documentar esos viajes, el secretario inauguraba otra memoria que hacía dudar del rigor de las demás porque entonces, como en una página sufridamente tópica, resplandecían en la voz de Alejo Álvarez un atardecer, un acordeón y un cuchillo arrojado por el poeta contra el pecho de mi interlocutor. Solo faltaban el puerto de mar y su tabernera en aquel cuadro. Tras cada noticia, el secretario me miraba de reojo. Luego se entregaba a un silencio breve que repartía entre el servicio de aguardiente y el consumo inmediato de lo servido.

De improviso me pidió que le mostrara mis notas sobre el poeta. Leyó con avidez y apuntó algunas observaciones en el margen. Le mencioné el nombre de Porfirio Aldama Estienne. Levantó la cabeza al oírlo y se quedó abstraído un momento, entrecerrando los ojos en un esfuerzo aparente por rescatar el nombre. Al cabo se encogió de hombros, incapaz de recordar.

–Don Valeriano –concedió– pasaba muchas horas con Hilario. Sus razones habrá tenido para mencionar ese nombre. A lo mejor se lo dijo él.

Le pregunté por los últimos días del poeta. El secretario, puntual, me informó de los últimos instantes.

–Cuando vi morir a Hilario sentí que mi vida también se apagaba. Cogí sus manos entre las mías y lo lloré veinticinco minutos. Ese contacto, créame, me ayudó a abandonar más reconfortado la habitación.

Prosiguió después con el relato de la muerte de don Valeriano, al que había «retenido» –recuerdo bien la palabra– durante menos minutos porque

lo velaba más gente. Me dijo que la viuda del poeta vivía encerrada y no recibía a nadie. Añadió que aún valía. «Para su edad», se sintió obligado a aclarar ante mi expresión, quizá, de amodorramiento. Con un entusiasmo que yo no era capaz de secundar, repitió anécdotas que ya había contado. A la hora de pagar se excusó. Agotado por el orujo y la conversación inútil, le di un billete al camarero y salí al aire.

Con la tarde vencida volvimos a caminar. Junto a la muralla que había escalado el poeta en el atardecer más desatinado de su vida, Alejo Álvarez insistió para que nos fotografiásemos. Decliné como pude esa perpetuación. Con la cabeza alta, las piernas entreabiertas, el índice señalando al muro —«justo por donde Hilario lo asaltara bajo el sendero lunar»—, el secretario posó para que lo inmortalizasen. Su endeble condición se acentuaba ante aquel trasfondo de piedras monumentales. Después me acompañó al hotel. Junto a la puerta lo despedí sin muchos miramientos.

En la escalera me crucé con los andares de la dueña, oronda y grave, diría que bizca, si no me engañó la vacilación de una bombilla. Por más que me volví a mirarla, aún bajo los efectos magnánimos del orujo, no llegué a descubrir ese volcán oculto que el secretario, en confidencia, me había denunciado.

Me tumbé un buen rato sobre la cama de mi habitación. Tenía un dolor de cabeza que me impedía dormir pero me obligaba a cerrar los ojos. La espalda aún se resentía de la mala postura de la noche previa. No sé qué ideas me asaltaron pero recuerdo un momento en el que yo doblaba camisas con un vigor excesivo.

Acababa de cerrar la maleta cuando mandaron aviso de que me esperaban en el recibidor. Bajé la escalera con inseguridad, buscando el apoyo constante del pasamanos. Sonriente y espléndido, mudado de ropa y con aspecto de haberse acabado de afeitar, el secretario inclinaba la cabeza al pie de la escalera y se ofrecía a llevarme el equipaje a la estación. No tuve ánimos ya para negarme. Únicamente quise pedir un taxi por abreviar una caminata que preveía tediosa en su compañía. Me disuadió insistiendo en que él cargaba con la maleta.

Aún hubo tiempo para tomar un café con sus correspondientes gotas en el bar de la estación. El secretario volvió a excusarse a la hora de pagar pero recogió la propina que yo dejaba en el platillo y se la dio con gesto espléndido a un acordeonista que pasaba entre las mesas.

A punto de partir, ya sobre el andén, Alejo Álvarez me abrazó con tal emoción que las lágrimas le empañaron la mirada. Cuando el tren había iniciado su marcha lo siguió sin apartar la vista del asiento que yo ocupaba. De pronto, con gestos enérgicos, me indicó que bajara la ventanilla. Me sorprendió el tono reposado de sus palabras, en medio de la carrerilla para emparejarse al tren:

—Dentro de unos días tendré el gusto de remitirle un documento para su utilidad o provecho.

Cuando me senté, la estación ya se perdía de vista. Alejo Álvarez, bajo la luz de una farola, se estaría difuminando —o disolviendo, ensayé, víctima de la elocuencia disyuntiva del secretario— junto al reflejo de las vías.

Tres semanas después de mi viaje, ocho meses después de que Hilario Luna hubiera fallecido, recibí un paquete del secretario: su contribución al funambulismo del poeta. Acompañaban al folleto unos poemas manuscritos que, según una nota, eran autógrafos de Luna. Alejo Álvarez me cedía el privilegio de su primera edición. El envío se completaba con la fotografía que se hizo ante la muralla. En lo que consideré un defecto del revelado, o un capricho de la luz escasa del atardecer, junto al secretario parecía insinuarse turbiamente, como en una impresión sobrepuesta, otra figura. La calurosa nota que acompañaba el envío excluía cualquier observación sobre la calidad extraña del retrato. En su mejor estilo oficial, Alejo Álvarez concluía con la confianza de su último proyecto literario: mejorar a nuestros clásicos barrocos abreviándolos. No le respondí. Después de alguna vacilación tiré los poemas porque eran indignos de Luna y porque los consideré obra indudable del secretario.

Cuando volví a reunirme con mi editor para entregarle el nuevo texto sobre el poeta no le mencioné la existencia de Alejo Álvarez. Ni siquiera aludí a mi viaje, porque resumirle esa jornada me parecía un perjuicio para la aceptación sin reservas de mi trabajo. En mi escrito tampoco se divulgaba el nombre de Porfirio Aldama Estienne. Siguiendo la mejor tradición del cronista Robles, me preocupé por inventar una correspondencia que revelaba las anécdotas biográficas de Luna que había aprendido de Alejo Álvarez. A nadie le extrañó tanta familiaridad tan vagamente justificada, quizá porque mi relación era amena o porque los lectores de enciclopedias aceptan de buen

grado noticias pintorescas.

A pesar de los años transcurridos, y acaso fruto de mi esforzada nota – que ya acumula tres décadas de vida–, el nombre de Hilario Luna no ha desaparecido enteramente de los círculos literarios. Pero no creo haber logrado la necesaria rehabilitación de su obra. Me temo que lo anecdótico sigue infectando el recuerdo del poeta a expensas de todo lo demás. Con una terquedad incomprensible entre los eruditos, el episodio de la escalada a la muralla se impone al mérito de sus mejores versos, por más que el tiempo nos aleje de aquella noche desmedida.

Por lo que respecta a Porfirio Aldama, secreto mentor de Luna, nadie ha podido siquiera reducirlo a una anécdota porque nadie, ni el propio Robles cuando lo mencionó en su artículo, sabía de qué episodios curiosos o memorables era protagonista. Porfirio Aldama Estienne –justo será ya reconocerlo– no ha sido para el mundo más que una invención insignificante en la nómina universal de los espíritus vagos. Y con esa existencia indiferente, con esa inercia de los rumores y las citas que no es preciso cuestionar para que prosperen, se sostuvo hasta hace dos semanas.

Hace dos semanas y un día exactamente, yo viajé a Lisboa. Adquirir un ejemplar de *Cinza e nada*, obra un tanto disculpable del poeta olímpico Félix Bermudes, me llevó a una librería de la Rua Trindade. No encontré el libro en una primera inspección. El librero, ocupado en otra cosa, estaba seguro de tenerlo y me permitió que registrara cierto estante de la trastienda. Al subir por una escalera de mano volqué una caja plana que sobresalía de una balda. Fue a estrellarse contra el suelo y el golpe diseminó papeles avejentados, un sobre con un nombre escrito encima, unas plumas cuidadosamente sujetas por un hilo de seda roja y una fotografía.

No miento cuando aseguro que desde mi posición en la escalera tuve la certeza de que aquel retrato en blanco y negro me era familiar: sobre una playa, un hombre grueso con sombrero de copa, las piernas entreabiertas, señala al mar con un bastón. A su lado un muchacho descalzo se agacha sobre la arena. Con una extraña calidad de horror y de emoción reconocí en aquel niño la turbia figura que se adivinaba en la fotografía que el secretario se hizo ante la muralla.

Adquirí la caja. De regreso a España busqué el retrato del secretario nada más entrar en casa. En la carpeta que aún contiene mi borrador sobre Hilario Luna hallé el folleto que Alejo Álvarez dedicó a la escalada del poeta

hace treinta años. Dentro estaba la fotografía. Contemplé juntas las dos. No me había engañado: el muchacho del retrato de Lisboa y la sombra que se insinúa frente a la muralla son el mismo. El hombre corpulento que señala el océano no se parece al endeble Alejo Álvarez pero su postura es semejante a la que él compuso junto al muro. En el reverso de la fotografía, con una escritura esmerada, alguien había anotado «Praia de Bestida, outubro de 1911».

Esa misma tarde, al releer las páginas de *Hilario Luna, lírico funambulista*, advertí omisiones que no recordaba; o, más exactamente, ausencias que nunca pudieron constar porque la extensión de lo perdido era tal que yo no podría haberlo olvidado. Tardé poco en descubrir que las lagunas no eran episódicas: ya en la segunda página un párrafo se interrumpía en mitad de una frase que dejaba sin resolver el discurso iniciado. Proseguí con la lectura y llegué a detectar otras fugas verbales menos evidentes que en ocasiones beneficiaban a la claridad de la prosa.

Durante la última semana los vacíos han sido dramáticos. La página diecinueve, el domingo pasado sin lagunas, ahora está casi en blanco. La hoja final ya no conserva una sola línea y en cuestión de horas he visto menguar el texto de la dedicatoria hasta quedarse en unas letras sueltas que nada quieren decir. Temo que haber descubierto estos desórdenes haya precipitado una disipación que avanza desbocadamente hacia su plenitud.

Para no incurrir en perplejidades mayores, mi explicación de unos hechos que se juzgarán inverosímiles exige ahora la disciplina de proceder con orden. Y lo primero en este forzoso concierto es regresar a la caja, a su contenido, quiero decir. Los papeles que recogí del suelo en la librería incluían una colección de poemas en portugués y una carta cuyo destinatario, citado con elegante caligrafía, presidía el sobre que la guardaba. Desde mi regreso de Lisboa he examinado ambos documentos detenidamente, con verdadera obsesión. Entre esos versos anónimos he creído reconocer algunas imágenes habituales en la poesía de Hilario Luna y cierta preferencia común por la alegoría. Del suelo recogí también el inicio de un poema en español que invoca, entre ásperos encabalgamientos, el soplo de las musas. El papel que lo conserva tiene la mitad inferior quemada. Entiendo que demorarme con la exposición de este catálogo puede ser motivo de impaciencia para

quien haya de leer lo que escribo, pero no emprendí esta relación por contentar a nadie sino para conservar la realidad ordenada, o al menos sujeta a argumentos razonables que me libren de infructuosas cavilaciones otro día. Con esa resuelta convicción, me atrevo a decir que después de tantos años, el azar, echando por tierra una caja en la trastienda de una librería de Lisboa, me deparó el hallazgo de la obra visible de Porfirio Aldama Estienne. Certificar la obra impalpable, la influencia presentida del quehacer de Aldama en la escritura de Luna, es lo que me tiene inclinado ahora sobre el papel. Si no me equivoco, la insegura culminación de mi empeño compromete un camino forzoso para lograrse: la divulgación de la carta preservada en la caja providencial de Lisboa. No hacerlo estorbaría la buena comprensión de unos hechos olvidados que han venido inesperadamente a resucitar.

Solo me queda hacer una advertencia: he traducido la carta con ansiedad pero también con la íntima certeza de que al hacerlo cumplía con un designio, que el destino me reservaba, de devolverle al mundo *corpóreamente* —si se me permite decirlo así—, el nombre de Porfirio Aldama Estienne, hasta ahora poco más que el eco de una voz moribunda y un recuerdo borroso en la atareada pluma de un cronista provincial.

París, 28 de mayo de 1916

Mi querido Antoine,

el portador de esta carta es joven de probada fidelidad, por más que mi afirmación no esté del todo libre de cierta reserva. ¿Pero qué criado —acordarás conmigo— es digno hoy de toda confianza, o qué hombre —a decir verdad— lo fue nunca? El mozo en cuestión se llama José Pinto y nació en algún lugar de Portugal. Su discreción es absoluta, perfeccionada, sin duda, por su capricho de ser mudo. Te ruego que no consideres en mi juicio la admisión de una broma cruel ni en la abstención verbal de este joven un mérito ajeno a su inteligencia. Debo precisar que su silencio es voluntario y, me temo, tercamente secreto. No debo omitir que acaso esa decisión sea conveniente en un individuo que durante los últimos cinco años ha tenido que habitar junto al poeta Porfirio Aldama Estienne y sustraerse a su entusiasmo por disponer del tiempo ajeno. En mil novecientos once Aldama lo tomó a su

servicio porque una obsesión supersticiosa le convencía de que la presencia del muchacho era benéfica para el progreso de su escritura. Más de una vez el poeta reconoció en público preferirlo a sus perros. Cuando se buscaba la reacción del portugués, los ojos encontraban el rostro indescifrable de una efigie que continuaba sirviendo el café.

En tu carta dices que nunca te había mencionado al tal Aldama. Esta falta de noticias me hace ver que, desgraciadamente, nuestra correspondencia –al menos por mi parte– no ha sido todo lo puntual ni todo lo solícita que debiera. No sé si esa omisión te confiere algún derecho acumulado sobre mi memoria pero, en cualquier caso, las circunstancias presentes no disculparían un nuevo aplazamiento. De manera, querido Antoine, que ahí van mis palabras tanto tiempo diferidas. ¡Que el retraso no las haga del todo prescindibles!

Entre otros beneficios que en opinión del infatigable Porfirio Aldama Estienne engrandecieron nuestro afecto, recuerdo con un estupor minucioso cualquiera de sus incursiones líricas. Todo capricho, amigo mío, tiene su precio. Y el más alto lo impone la esmerada educación: introducido en las primeras letras bajo los auspicios severos de un tío, que lo dedicó al arte mayor de la seda en el taller familiar, nadie sospechaba otro destino para el niño que el de los sufridos tafetanes y los terciopelos bordados al telar, que en España llaman villutería. Aún disponía Fortuna de otra posibilidad inocente si hubiera querido inclinar al muchacho hacia el oficio de su abuelo, tenacísimo arriero aragonés, y lo hubiera internado indefinidamente en la ruta que une Zaragoza con Tudela. Pero una conjunción fatal de adversidades, que consintió la precipitación escaleras abajo de una tía y el recreo de su convalecencia con un ejemplar de *El pensil del bello sexo* declarado en voz alta por el niño, abrieron irreparablemente los ojos inocentes de Aldama a los procedimientos líricos de doña Amelinda Chicón. Es natural que la sensibilidad del muchacho acusara el golpe.

Las lecturas del sobrino encaminadas a la tonificación de la tía no tardaron en producir sus frutos. A los once años, Porfirio, que había abusado del agua de violetas para la ocasión, convocaba el asombro doméstico tras la lectura de una espinela en loor del perro familiar: Canelo. Audazmente la tituló *Canelogio*. El gusto por el experimento formal ya se anunciaba en este apunte de talento infantil con un entusiasmo que no se resignó al neologismo: la décima admitía la sorpresa vertical de un acróstico que revelaba a los

discretos el superlativo *fidelísimo*.

El abuelo del precoz poeta, hombre rudo pero legítimo propietario del animal que había sabido conmover al niño, costeó la impresión sin que se lo pidieran. Fue su gusto que apareciese en forma de pasquín, sobre recia carta de estraza, con iniciales de verso resueltamente descomunales que allanaban la lectura vertical. Años después, ya en París, Porfirio recordaba con nostalgia las saludables conquistas que había logrado su *Canelogio*: por lo visto, las tabernas de la corredera donde se ubicaba el taller familiar lo habían multiplicado en soporte de azulejo tras el mostrador a requerimiento del mecenas, hombre perennemente escoltado de bastón, hombre difícil de refutar y, por lo demás, visitante asiduo de todos los establecimientos vinculados al ramo de la vinatería repartidos de un confín a otro de la calle.

Transcurrieron luego años penosos en los que Porfirio tanteó sin éxito el bordado en hilo de plata. Con fecha de abril de mil ochocientos noventa y cinco la mano atormentada del adolescente observa en el respaldo de su silla de trabajo, y a punta de navaja: «En *to* el mes la Musa no dejó de fastidiarme». Sorprendido por su tío malgastando hilo en la construcción de un pareado sobre la tela destinada a cierto juego de cojines, solo la entrada del abuelo libró al mocetón de unos cintazos. Durante algún tiempo abandonó el telar. Entretuvo la deserción en seguir a las cuadrillas de arrieros por la inclemente geografía aragonesa. En un teso de Teruel mató su primer conejo de una pedrada. Un recorte del pellejo le sirvió para fabricarse un bigote con el que asustaba a las muchachas al atardecer. Parece que absorbido por estas efusiones sentimentales descuidó temporalmente la escritura.

Apenas echaba a andar el año de mil ochocientos noventa y nueve cuando por voluntad de su abuelo –que deseaba para el nieto la gloria antes de la muerte– fue enviado a París a expensas de su tío, que se oponía. Previamente, varios meses de fiebres y postración en Zaragoza habían recuperado a Aldama para la lírica. Su tía no olvidó la caridad del sobrino cuando ella había estado convaleciente y con terquedad admirable descargó en los oídos del enfermo los ritmos románticos de una vecina amiga de la casa, doña Ramonita Moll. La lectura de la obra alumbrada por Aldama al amparo de esa tutela, reprueba la sabiduría popular de que el tiempo no pasa en balde para nadie. *El delirio y la rosa* (marzo de mil ochocientos noventa y ocho) y la copia autógrafa sin variaciones *El delirio y la rosa (bis)*, que Porfirio culminó en noviembre del mismo año, resumen la visión de aquel

tiempo o del tiempo para el poeta, la inmovilidad del mundo y de su tía ante la cama, el invariable ánimo del autor, que durante ocho meses se instala en la fiebre, los caldos de ave y el reposo.

Al año de mil novecientos tres corresponden dos muestras más diáfanas de su maduración poética. En pocos autores, créeme, la obra se ha erigido en tan clara cifra biográfica como en la persona de Porfirio Aldama. Tanto *¡Ahí va la chocha!*, jubilosa celebración de recuerdos cinegéticos, como la impresionante quintilla de setenta y un versos *Zaragoza en el coletto*, hablan de la nostalgia de la patria. Por lo demás, ambas consolidan las dos inquietudes literarias ya apuntadas en el *Canelogio*: la audacia formal y la zoología. Mas, coincidiendo con la muerte del abuelo y en emocionado homenaje a su memoria de arriero, ve la luz –manuscrita– en mil novecientos cinco, la pieza elegíaca *Bestias de ayer*. Podemos afirmar que Aldama había descubierto la alegoría. En los siguientes dos años guardó un respetuoso silencio.

Conocí a Porfirio en la primavera de mil novecientos ocho durante una fiesta en casa de Madame Giraud, viuda del llorado chocolatero Monsieur Lazhar Giraud. La obesidad futura del joven ya empezaba a anunciarse en su rostro, que visto de frente comunicaba una franca impresión de somnolencia.

Aquella noche, en un francés preferiblemente gestual, Porfirio entretenía a un corro de muchachas con una relación macabra protagonizada por su abuelo y un burro agonizante en mitad de una ventisca. Yo no sabía entonces que era poeta. Con alarma entendí que se había enamorado de la hija de Madame: por alcanzarla en una puerta le vi volcar una mesa.

La siguiente imagen con que Aldama sacude mi memoria parece una perfección de la primera. La misma casa, semejantes invitados, quizá idéntica música para agasajar a Claudine, la hija de Madame que cumple diecinueve años. De pronto se impone a violines y susurros la voz tonante del mocetón aragonés que maldice desde la puerta: tiene dificultades para superarla con su regalo. Seguro de triunfar, se retira unos metros. Aspira, expira, sopla, resopla, se hincha y acomete forzando los goznes, que ceden a su empuje colosal. Sudoroso y feliz se presenta ante la amada con un cargamento tambaleante de mantas que hace retroceder a los presentes en busca de refugio. El joven Aldama, a riesgo de perecer aplastado bajo el peso lanar de un año de artesanía en el taller cesaraugustano, sostiene la mirada de Claudine sin descargar. La muchacha, incapaz de huir por la sorpresa, se

desmaya. El servicio la retira y Aldama, demudado en su color, se derrumba. Sobrevienen instantes de zozobra. Madame da órdenes enérgicas. Son precisos cuatro hombres para apartar la ofrenda textil de Aldama, que se yergue por su propio pie de entre las telas. Pero Fortuna reserva otro revés al esforzado. Apenas recupera el aliento, conoce por la madre que la hija se niega a recibirlo. Para consolar al joven, Madame le demuestra cordialidad aceptando el regalo sin una mengua en su volumen, decididamente incómodo. Nuestro poeta, entristecido, el cuello almidonado de la camisa en resuelto despegue lateral, el cabello alborotado por el sudor, rumia amarguras sobre una silla mientras la fiesta continúa.

Naturalmente me acerqué con una copa en la mano. Aldama se animó. El hecho de que yo hablara español debió de transmitirle una impresión abusiva de confianza porque se extendió en un obsceno veredicto sobre la mujer francesa. Antes de que pudiera impedirlo, detuvo a un camarero y le arrebató la bandeja. El resto de la noche transcurrió entre el saqueo furibundo de un plato de fiambres y el torpe heroísmo de algunos recuerdos juveniles que Aldama se empeñó en ilustrar con la boca llena.

Fracasé, amigo mío, en mis esfuerzos por convencerlo de que no era preciso que me acompañase a casa. Cuando entramos en mi biblioteca silbó de admiración. Juzgó los estantes con los nudillos y revisó las juntas. Elogió la solidez de la madera. Después recordó a un médico de Estella, amigo de su abuelo, que había combinado en su librería la madera con el hierro para mejor acomodo de escopetas y alguna volatería disecada. En una última comprobación se golpeó la cabeza contra un fanal de bronce que sobresalía de la pared. Con un gesto de la mano rehusó mi auxilio y quitó importancia al tropiezo. Citó un refrán español que recuerdo confusamente pero que exaltaba el beneficio derivado de tropezar o de golpearse.

Al otro día me envió copia de toda su obra hasta la fecha. En una nota agradecía mi amistad y me rogaba un dictamen sobre su última composición. La había resuelto la noche previa, apremiado por el insomnio tras abandonar mi casa. Bajo el engañoso título de *El festín del murcielagón*, Aldama ocultaba la verdadera naturaleza del texto. Una alegoría didáctica en tercetos exponía la peripecia de un cierto «vocálico mamífero lunático» –aún sacude mi memoria el endecasílabo inicial– que, indiferente al devaneo de una princesa convertida en polilla que no cesa de rondarlo en revoloteos crepusculares, acaba devorándola al bostezar en el último verso. En una línea

aparte, con trazo más grueso que el de la caligrafía del poema, el poeta asumía una nueva voz lírica para identificarse plenamente con el murciélago: «Y la digerí, hí, hí», a lo que respondía un coro inmediato: «y la digirió, hó, hó». Pensé que el golpe en la cabeza había afectado al joven Aldama. Repasé los versos con un interés casi neurológico. Es posible que esa disposición me inspirase, porque recomendé al poeta que se casara con la hija de Madame y omití todo juicio literario. A vuelta de correo Aldama respondió: «¡Vaya si nos entendemos!».

Ahora, querido Antoine, no puedo ocultar que aquel consejo se volvió contra mí. Porfirio, con procedimientos que escapan a mi indulgencia habitual con el reputado buen gusto femenino, logró casarse con Claudine. Los efectos de esta decisión no fueron equitativamente funestos para todos: al esposo, el matrimonio le reportó la estabilidad social que estimaba necesaria para ejercer su obra poética; a Madame, el suministro regular de mantillas españolas; a mí, la inquietud de tener a Porfirio de vecino.

Los recién casados ocuparon una casa en la calle Des Moulins, de espaldas a la mía. Puesto que la distancia lo hacía posible, Aldama juzgó que era su deber gritar mi nombre desde la ventana para saludarme a cualquier hora. Su entusiasmo pronto me disuadió de fingir una sordera. ¿Otras ceremonias de su cordialidad? El augusto poeta disponía de la aldaba de mi puerta como si fuera la suya. Más de una vez el pretexto de los porrazos de madrugada era un pareado que yo debía evaluar. Si le demostraba impaciencia, Porfirio procedía a disculparse interminablemente. Al otro día, la ilusión de un hemistiquio prometedor volvía a transferirlo ante mi umbral para, jerez en mano, diferir su resolución hasta el atardecer. En esas ocasiones, sin que yo le invitara, se quedaba a cenar. Se alegraba —decía— de poder aliviar mi soledad.

Supongo que la ventajosa posición social de Aldama —o sus cien kilos— le habían condenado a la actividad intelectual. Claudine, entre tanto, discurría por escenarios que fatigaban al esposo. Nuestro Bois de Boulogne le parecía a Aldama una floresta tediosa en la que no se respiraba, porque era preciso reservar aliento para responder al saludo continuo de otros caminantes. De aquellos paseos regresaba el vate con inclemencias de juanetes. En cierta ocasión, sentado con los pies en un barreño de agua, me confesó:

—Hay que admitir que la propia naturaleza me avoca al escritorio.

Sujeto a esta imposición sedentaria, que le otorgaba tiempo para pensar,

el poeta obtuvo en mil novecientos nueve sus primeras páginas teóricas. En un ingenioso juego de palabras las tituló *Con los pies en la cabeza*. De haber contado con el favor de las prensas, no dudo que el ensayo de Aldama habría sacudido la conciencia de más de un académico acostumbrado a dar por buena la métrica de Garcilaso y de Boscán.

La oposición de los editores a sus propuestas líricas convenció a Porfirio de que trataba con un género apocado de individuos. En reuniones concurridas, en el salón de Madame, aireaba la sospecha de que en París se le tenía por maldito. En su casa, el abatimiento por considerarse vetado le hacía deambular en pantuflas, profiriendo imprecaciones. A fin de recuperarse se tumbaba sobre un sofá y dormía varias horas. Madame, que es mujer enérgica, le sacudió del letargo una tarde que acudió a ver a su hija y la descubrió hablando sola mientras él cabeceaba. El resultado del zarandeo fue la dislocación de la muñeca derecha del poeta. Aldama reaccionó. Un mes después de haber sido violentamente reanimado por su suegra, obtuvo la que puede considerarse su obra más abnegada: el *Poemario zurdo*. Pude ojear el manuscrito, que Porfirio me exhibió con un orgullo casi infantil, porque entre el primer verso y el último la caligrafía se afianzaba. Como homenaje a Madame, propiciadora acaso involuntaria de la obra, el poeta admitió por vez primera entre los suyos el apellido de soltera de la buena señora. Desde entonces firmó Porfirio Aldama Estienne.

Durante el primer año de matrimonio, y en ratos sustraídos al asedio lacerante de la musa, el poeta empleó buena parte de sus ocios entregándose a lecturas apacibles. A la vista de lo que habría de venir, los títulos seleccionados debieron resultar un impagable estímulo para la rebelión formal contra el modelo. En la biblioteca de Madame, Aldama había descubierto a nuestros clásicos. No tardó en advertir en ellos una debilidad pocas veces señalada: «demasiado previsibles, como todos los franceses». El siguiente paso fue combatir con sus versos esa tediosa tradición.

Hasta que una mañana de julio de mil novecientos diez a Aldama se le revelaron nuevos mundos. Mientras desayunaba con desgana una bandeja de hojaldres a *la crème de marrons*, contempló en una página de *Le Figaro* la fotografía de un hombre que, desde la torre del reloj de Venecia, administraba fragmentos de papel a una multitud exultante a sus pies. Supo que era poeta y creyó en aquel fervor de manos elevadas. Es verosímil que memorizara su nombre. Por la tarde, mientras los integrantes del Círculo de las Musas

degustaban su chocolate semanal en el café Du Gross, Aldama introdujo trabajosamente la cabeza completa y más de medio brazo por la puerta giratoria. Después, agitando el puño, vitoreó el nombre de Marinetti y se despidió de la clientela al grito de *Tuons le clair de lune!* La mesa de los académicos recibió la contundencia de su protesta: un ramo de rosas decapitadas –quiero decir, un ramo de tallos y espinas–, superó con éxito la distancia que mediaba entre Aldama y los eruditos; con imparcial devastación de camisas blancas aterrizó sobre el recreativo chocolate.

El ardor hizo presa de Aldama aquellos días. De la aplicación de ciertos principios formales obtuvo el exigente *Canto universal*, una colección de transcripciones onomatopéyicas de voces de aves. No quedó fuera del catálogo ni el celo del *pardico*, avecilla aragonesa de difícil excogitación. Ningún editor se animó a asociar su nombre a la publicidad de esa lírica ornitología, cuyo destino fue una declamación tan apasionada desde la ventana que suscitó la hostilidad de todo el vecindario. Alguien –quizá Madame– le sugirió que escribiera en francés para llegar cordialmente al gran público. Con devoción, Aldama fue simbolista durante trece días. El ejercicio constató en él una sospecha antigua: la inoperancia del francés como lengua poética. Durante un mes guardó silencio.

En el otoño de mil novecientos once, «para animarse y olvidar», según declaración oral en mi vestíbulo, emprendió un viaje. Excluyó a Claudine del itinerario porque esperaba un hijo y no quería fatigarla. A aquella singladura solitaria corresponde la siguiente resolución que me envió desde Lisboa: «Amigo mío, lo he estado pensando frente al océano. ¡Ea!, que nadie desespere por mi despedida de la Musa. La poesía no le bastaba a mi mano. Tú me entiendes: la prosodia, la sintaxis, la puntuación... todo contribuía a limitarme».

Aldama regresó de Portugal con el firme propósito de consolidarse como prosista. Enseguida me comunicó su empresa: el espectáculo del océano le había sugerido la redacción de una epopeya marina animada de sirenas. Es evidente que la lírica aún no lo había desamparado del todo. Con teatralidad extendió un brazo hacia la puerta y vigorosamente palmeó. No ocurrió nada. Entonces sacudió un taconazo en el suelo que hizo temblar la cristalería dispersa en los aparadores. Surgió con lentitud una cabeza de muchacho pálido, un cuerpo desgarrado, unas piernas que avanzaban con desánimo. Aldama casi lo arrastra de un brazo para apresurar su entrada:

–*Voilà* José Pinto, el joven marino que deberá decidir entre las sirenas o su nave.

El muchacho fijaba los ojos en las rosquillas que llenaban una bandeja abandonada en una mesita de la biblioteca. Mientras tanto Aldama, prolijo y soñador, procedía a exponer la revelación de su nuevo destino literario. Evocó el encuentro con el chico sobre una playa. El espectáculo del joven frente a las olas lanzando una red sobre la espuma, mientras en el aire giraban las gaviotas, le había sugerido una oda que, por respeto a su renuncia lírica, estaba decidido a resolver como epopeya en prosa. Para justificar la presencia de José en París recurrió a una ardiente analogía sobre fruteros que inspiran a pintores.

Antes de abandonar mi casa, Aldama adelantó al joven empujándolo por la espalda para que me saludara. Confundido le tendí la mano. José Pinto la miró como si fuera un producto inútil de mi anatomía. *Muito gosto*, me dijo volviéndose hacia la puerta. Esa fue la primera vez que le oí hablar. Yo ignoraba entonces, querido Antoine, que hasta mil novecientos dieciséis no volveríamos a oírlo. ¡Pero cómo preverlo en ese instante! Cuando ya salían se me ocurrió ofrecerle una rosquilla. El muchacho no se detuvo. La aceptó Aldama.

La carrera de Porfirio como novelista fue efímera. Empezó por retrasar casi un año el proyecto. El hijo que conoció a su regreso de Portugal le había «desacompasado», explicaba. En un alejandrino también aturdido dejó constancia de sus zozobras: «el odioso llanto revulnera mi labor». En marzo de mil novecientos doce redactó una primera página de la novela aplazada. José Pinto crecía con rapidez y alguna razón absurda convencía a Aldama de que aquel cambio era fatal para la pureza heroica de su libro. En mayo de mil novecientos trece sometió a férreos ayunos a su protegido con la esperanza de frenar su crecimiento. En junio añadió una página a la epopeya. Una noche que yo dormitaba con el balcón abierto le oí gritar que acabaría volviendo a escribir versos si quería dejar obra.

Acaso la impaciencia por publicar acumulada aquella primavera fue la responsable de un hallazgo formal que lo precipitó en mi casa unos meses después, cierta tarde de diciembre. Recuerdo la agitación de Aldama sirviéndose un coñac, la celebración eufórica de la parábola que describió en el aire el licor cuando lo arrojó inesperadamente sobre las llamas de la chimenea. Alarmado por el sobresalto del fuego, temí que recuperásemos el

Futurismo más inflamable en mi salón. Aldama, mientras tanto, circulaba sobre la alfombra, se frotaba las manos, procedía a la exposición de su hallazgo literario: lo había bautizado «escritura geométrica».

—El proyecto —previó en un momento de debilidad— acaso encuentre la oposición de los matemáticos.

En realidad, su procedimiento geométrico violentaba más las letras que los números. La nueva narrativa alumbrada por Aldama promovía la aceleración de la prosa —y en consecuencia el remate de la obra— mediante el progreso geométrico de la paginación. Fundamental a su propósito era la liberalidad en el manejo de la elipsis. Le advertí que los críticos podrían reprocharle un exceso de interés por los aspectos puramente formales del libro. Agregué que el sacrificio de párrafos enteros al progreso numérico de páginas en blanco que daban por entendidos los hechos, podría perjudicar la claridad del argumento. Porfirio había previsto esa objeción. Para obviarla —me explicó— bastaba con someter el propio texto al mismo crecimiento geométrico que la paginación. Tres disciplinas conllevaba esa audacia: la limitación del vocabulario, el empleo de periodos sintácticos que se repitieran y un manejo, diríamos impávido, de las omisiones. Un índice registraría todas las palabras que previsiblemente compondrían el relato. Un prólogo dogmático debía prescribir que toda combinación de signos utilizada una vez se sobrentendiera en adelante. La aplicación de esa premisa infundía alguna verbosidad al capítulo primero, destinado a procurar el mayor número de combinaciones de palabras. Operando con rigor, Aldama preveía que los capítulos cuarto y quinto eran innecesarios por ser una mera tautología del tercero. El lector debía proceder así del primero al tercero, de este al sexto y de allí, por virtud de esa progresión geométrica de lo sobreentendido, al capítulo duodécimo, que era el último de la novela. El desarrollo de su método preveía dos mil ciento setenta y nueve palabras para obtener un libro de doscientas cincuenta y seis páginas en formato octavo.

—Calculo que la página treinta y dos —me aleccionó— admitirá un máximo de doce frases, permitiendo al lector sobrentender los hechos hasta la página sesenta y cuatro. Allí, tres simples enunciados deberán guiarlo hasta la ciento veintiocho, donde hallará en una sola línea la revelación que le permite desembocar directamente en la página doscientos cincuenta y seis sobre la palabra fin, que habremos cuidado de no emplear con anterioridad.

Previne la oposición de los editores. Aldama me atajó defendiendo las

ventajas para la imprenta de su sistema, que ahorraba tinta.

Durante algunos meses casi eché de menos al poeta, que se sumió en el trabajo. Varias tardes vino a exponerme dificultades que incumbían a la parte dialogada de la novela. Se quejaba de que José Pinto, con ser tan silencioso, no favorecía su inspiración. Con todo, no se dejó vencer por el desánimo y acabó dando con soluciones: la más notable pasaba por abundar en personajes mudos.

«Haciendo de los obstáculos virtud» –la conclusión es suya– Porfirio culminó la obra en el verano de mil novecientos catorce. Para publicarla suplicó el mecenazgo de Madame y ella recurrió a la industria de Mr. Lebrun, un modesto editor de periódicos, apasionado admirador de la prudente viuda, a quien tiene por amiga de las letras. Poco le costó a Madame convencer al editor –que siempre la pretendió en secreto– para que leyera la novela de su yerno. Mr. Lebrun emprendió con entusiasmo la tarea, deseoso de agrandar y acaso imaginando románticos beneficios derivados de su abnegación. Una publicación seriada de la obra, previó en un momento de loco optimismo, con cortes bien calculados para mantener el interés de los lectores, podría elevar incluso las ventas del suplemento sabático del periódico. Mas pronto el cálculo dejó paso al desconcierto.

Tal vez las omisiones del texto oscurecieron irreparablemente la trama. Mr. Lebrun, vencido el estupor inicial que le produjo el encuentro con aquella prosa intermitente y confirmado el hecho de que la copia no era defectuosa, entendió que la novela abundaba en descuidos y la devolvió a la calle *des Moulins* con interrogaciones en los capítulos dos, cuatro, cinco y toda la secuencia de páginas en blanco que componían la cosecha elíptica que hacía innecesaria la presencia de texto desde el capítulo séptimo hasta el final. Aldama, por toda respuesta, fue a esperarlo a la puerta del periódico. Cuando se encontraron le acusó de haber leído descuidadamente el capítulo primero. Después lo zarandeó de las solapas y lo arrojó al suelo.

Ante Madame el poeta elevó también la voz, pero lo hizo en términos recomendados por el *ars suadendi* y por la lisonja menos disimulada. El destino, acaso no cruel, entendía Porfirio, obraba como corrector de los designios originalmente previstos para la obra rechazada: querían los hados que el fruto repudiado por Mr. Lebrun vistiera galas mejores que el inmundo papel y la pringosa tinta de un periodicucho local. Y a ella, a Madame Giraud, incólume en su generosidad en medio de las afrentas de la fortuna,

apuntaba la providencia para que, alzándose de la frustración de ver estorbado el progreso editorial de la obra de su hijo político, redujera la adversidad a base de sufragar una edición suntuosa, digna del talento del poeta y a la altura del prestigio del mecenas.

Visiblemente alteradas, Madame y su hija vinieron a verme para que disuadiera a Aldama de sus pretensiones: una edición antológica de su obra publicada a todo lujo. Preveían que el cordobán hispano, el dorado francés y el papel de Amalfi exigido por Porfirio para la tirada, eran el anticipo de la ruina. Como si un delirio semejante no fuera ya la enésima prueba de su idiotez, advertían que, arrebatado por el presentimiento de una aclamación popular garantizada tras la aparición del libro, el poeta ya preparaba nuevos textos con los que calmar a sus lectores. Me disculpé. ¿Qué podía hacer yo frente a la vocación de Aldama? Les advertí que no imaginaba cómo podría disuadirlo de la escritura. Madame me respondió con frialdad que bastaba con convencerlo de que no publicase.

Por favorecer propósito tan razonable no tuve más remedio que apoyar resueltamente las aspiraciones de Aldama. Me inspiraba una esperanza aprendida de Groussac: que la salida a la venta de la obra del poeta fuera un serio obstáculo para su difusión. La naturaleza sombría de Madame habría preferido un levantamiento popular contra la obra del yerno pero su sensatez juzgó que la plena indiferencia de los parisinos por la inspiración de Aldama era el mejor medio de asegurar el silencio futuro. Accedió al papel italiano para encarecer el precio de la edición y hacerla más impopular. Habló de nuevo con Mr. Lebrun, en el fondo hombre caritativo que no soporta el llanto de las viudas, y al que unos francos de más convencieron incluso de la conveniencia de asociar su tipografía al genio de Aldama. Por mi parte, en una charla despreocupada, sugerí al poeta liberalidad y valentía en la entrega de su talento a la imprenta.

Durante una semana Porfirio se aplicó a la obtención de una esmerada antología. La lograron, por fin, algunas jácaras juveniles —que yo ignoraba— inspiradas en las pantorrillas de su tío, fragmentos de *Bestias de ayer*, el *Poemario zurdo* sin omisiones, el prólogo al *Nuevo poemario zurdo*, escrito en previsión de otro accidente en la mano diestra que posibilitara el texto, su polémica *Octava a dos espacios*, composición que los lectores más rigurosos no vacilamos en definir en su momento como soneto irregular, y la serie *Pareados a la dueña*, selección de versos espigados de la correspondencia

amorosa que mantuvo, de novio, con Claudine. Un franco empeño antológico permitió el soneto, escrito para la ocasión, *Lo mejor mío*, compendio de virtudes que, a juicio de su autor, más le valieron en la vida. Al lector ávido de asombros métricos destinaba Aldama los octosílabos valerosos de la *Loóa a Bernabée*. El volumen previsto se cerraba con el capítulo sexto de su novela geométrica, página, a mi entender, esclava del naturalismo y víctima de las exigencias combinatorias de la escritura ideada por Aldama: «somera, sumisa, sumariamente los marineros fueron deseando buen provecho al patrón, comodoro, capitán».

La mañana del tres de agosto de mil novecientos catorce, algo oprimido por la levita negra, con el brazo en alto agitando un manojo de papeles, la voz poderosa de Aldama viajó desde el ventanal: *jaudentis fortuna iuvat!* Como yo no reaccionaba, aclaró: «¡la fortuna lleva a los ardientes!». Después desapareció en la penumbra de la casa. Me asomé a la ventana. Recuerdo el progreso de los puños blancos de la camisa surgiendo de la oscuridad del portal. Con paso decidido, la cabeza ladeada y la chistera conquistando el aire desde la frente, como un torvo apéndice dispuesto a embestir, Aldama avanzaba imparable hacia su editor.

Lo que sucedió a continuación se lo oí contar una hora después. El griterío no distrajo su marcha. Con equidad ignoró las alarmas en las miradas, los llantos repentinos y las carreras. El aullido de una sirena no le inquietó porque tenía en qué pensar: un epigrama a su sastre, que le había dejado tirante la sisa, atareaba sus pasos. Al llegar a la imprenta, un empleado que se apresuraba a salir poniéndose la chaqueta tropezó con él.

—¡Alemania nos invade! —fue su pavorosa disculpa.

Mientras reunía los papeles dispersos por el encontronazo, Aldama oyó los primeros acordes de la Marsellesa saliendo al aire desde un balcón. La amargura, tal vez la resignación, dictaban el razonamiento final: «entonces comprendí que Francia debía sacrificar mi obra para atender una guerra».

Porfirio reaccionó con una extraña compostura al contratiempo. Durante seis días no se levantó de la cama. Al séptimo vino a verme, despreció un periódico que promulgaba calamidades, habló de valor, me invitó a cenar. Tras el asado, ebrio de amistad y vino energético, obtuvo las dos invenciones que cierran su corta pero intensa carrera lírica: el uso pleonástico del vaso en la ingestión de una botella de vino y la omisión prosopopéyica de la voz *estómago*, implícita en la confianza expresada ante el menú: «voy a

mandarle un viaje de pimientos». Antes de volver a casa lo abstuve de una segunda botella y de las lágrimas.

Al día siguiente, Aldama se levantó tarde y decidido. Tomó a José Pinto del brazo y lo alistó en la brigada internacional que debía combatir por la libertad de Francia. En un gesto que nos sorprendió a todos, también el poeta firmó. Cuando Claudine le interrogaba viéndole empaquetar objetos personales, él respondía con una honestidad que hasta entonces ignorábamos:

–No soy un hombre valiente, pero como escritor con obra es mi deber luchar por que se publique. Es precisa la sangre para que triunfe la letra.

En este punto, mi querido Antoine, confieso que ver partir a Porfirio en un tren atestado de patriotas me emocionó. Le abracé sinceramente y contuve una lágrima cuando el tren silbó y Aldama, con la voz conmovida, recordó por segunda vez a Virgilio: *audentis fortuna iuvat*. A su lado, José Pinto callaba.

Las noticias que nos llegaron del frente referían renovadas incursiones del poeta en el Futurismo. Supimos que elevaba la moral de los hombres recitando poemas que pintaban al fusil como una mujer de acero, siempre leal al soldado que la maneja. De una forma que me resulta difícil de explicar, la imaginación de Aldama nos parecía ahora conveniente. También supimos que en la carretera de Reims, al parecer inspirado por el hermetismo de José Pinto, el poeta había logrado desorientar a un camión alemán de suministros que los llevaba prisioneros e introducirlo en nuestras líneas. Recibimos otra noticia que lo pintaba dirigiendo el asalto de un molino junto al portugués. Por último, en septiembre de mil novecientos quince, Aldama fue trasladado con una fuerte conmoción a París. Un obús le había sorprendido en el bosque de Souain mientras dormía. José Pinto vino con él. La misma explosión le había arrancado al joven el brazo derecho.

Tras una estancia en el hospital que no sirvió para reanimar al herido, una ambulancia silenciosa lo trajo a casa. Durante meses Claudine veló al esposo sin desmayo, con una paciencia y una solicitud impensables en una joven criada en la ignorancia del dolor.

Una mañana Madame y yo la acompañábamos en la habitación mientras ella cosía. El reloj del pasillo acompañaba nuestro silencio y sus puntadas. Ocurrió inesperadamente. José Pinto, que ocupaba una silla junto a la cabecera de la cama, se puso en pie sobre el asiento y gritó apuntando con el

dedo hacia la puerta:

–*Fora todos!*

En ese momento, lo recuerdo bien, estalló también el reloj para marcar las diez. La impresión de oír hablar –mejor diré vociferar– a José Pinto después de cinco años de mudez implacable nos dejó paralizados. Pero ya el joven lusitano, con una energía insospechada, nos empujaba hacia la puerta. Ni Madame, ni Claudine ni yo, víctimas de un hechizo nacido de la voz resucitada del portugués, fuimos capaces de oponer la más mínima resistencia.

Desde aquella mañana del tercer día de abril, recién dadas las diez, el portugués no abandonó la habitación de Porfirio un solo momento. Misteriosamente sabía interpretar los deseos del herido, que no abría los ojos ni hablaba. En la satisfacción de esas demandas secretas el joven siempre fue fiel a su mutismo, al que regresó tras su brevísima exigencia. Todo lo que solicitaba el poeta lo resolvía José Pinto sin hablar, sin preguntar siquiera por objetos personales que, al parecer, Aldama requería y que el portugués hallaba fácilmente. Nos resignamos al imperio de José Pinto, que llegó a vetar nuestra presencia en la habitación del enfermo. Así hasta hace poco más de dos semanas.

El pasado día once, mientras conversaba con Madame y con su hija sobre las intolerables destemplanzas de José Pinto y nuestra absurda docilidad, el portugués entró en el salón. Desviando la mirada al suelo, concedió:

–*Podem passar.*

Claudine, intuitiva, prorrumpió en sollozos. Tomé del brazo a Madame y seguimos a la muchacha por el pasillo. En la habitación, sobre la cama, el poeta Porfirio Aldama Estienne había dejado de respirar.

Nada memorable tuvo el entierro, que fue íntimo, indiferente entre la cifra terrible de esta guerra. El joven José Pinto, sin la obligación del amo, a más de silencioso deambula triste e inútil por la casa. La otra noche lo hallaron en la habitación de Aldama, sentado a su escritorio. A Madame y a Claudine semejante actitud les parece ominosa. A mí, para qué mentir, imaginarlo en esa postura –ya sabes: el ánimo suspenso, la pluma en la oreja, el codo en el bufete y la mano en la mejilla, según lo dijo el clásico–, me comunica una inquietud extraña que ha resucitado imprevistas añoranzas. La más grave de todas, la irrupción de Porfirio en mi biblioteca al caer la tarde

en trance de completar un pareado. ¿Reconoceré, ¡oh, amarga providencia!, que he llegado a echarlo de menos?

Mejor termino: ayer estuve interrogando a José Pinto sobre los manuscritos de Aldama. Negó con la cabeza. Le pregunté si querría regresar a Portugal. No respondió. Después de hablar con Madame, y puesto que así dices quererlo en tu carta, enviamos al joven a tu lado cumpliendo tus deseos. Confío en que no habrás de arrepentirte de esta decisión y que, al cabo de pocos días, no vendrás con protestas y reclamaciones contra el hermetismo del portugués al que, me atrevo a pronosticar, no has de arrancarle ni un *boa noite* aunque lo despidas a su cuarto vestido de camión y con el bonete de dormir coronándole la cabeza.

Me he tomado la libertad de añadir al equipaje de José Pinto unas plumas de becada, que servirán, si no me equivoco, para engrosar tu colección. Si Dios sostiene a la noble Francia en esta empresa, Antoine querido, pronto volveremos a cazar juntos en los campos felices de antaño...

M. B.

Hasta aquí el texto que nos descubre a Porfirio Aldama Estienne. La carta aún prosigue con pormenores que no importan sobre la primavera triste de París, aquel mayo de mil novecientos dieciséis.

Para la nueva exposición de unos hechos en los que yo irrumpí, o que a mí me alcanzaron inesperadamente, conocer al hombre reservado por las iniciales que firman el documento es lo de menos. Importa lo que dejó escrito, el tono sarcástico de M. B., quienquiera que haya sido, para referirse con estudiado desdén a los abnegados afanes de un mal poeta. Es claro que la literatura de Aldama fue, en el mejor de los casos, innecesaria, y que el autor de esta versión de sus días en París la despreciaba. Sin embargo, no creo que sea un descuido de su pluma que Porfirio, en las horas finales, parezca un hombre casi admirable sin menoscabo de su desfachatez. La decisión de combatir por Francia confiere a su vida otra generosidad. El cálculo con que personas cercanas al poeta planearon su fracaso, por no decir la injerencia favorable a esa obstrucción de una guerra, agrandan su esperanza más legítima como autor: perdurar en el mundo gracias a su obra. En la pluma de M. B. tal atropello del destino es teatral; dado su cinismo, tal vez reservado a divertir más que a conmover al destinatario de la carta. En cambio, para la

voluntad contrariada de Aldama, el tres de agosto de mil novecientos catorce señaló el inicio de una obstinación que prolongó después de muerto.

Entiendo que semejante razonamiento suscite recelos pero me atrevo a esperar que la voluntad de ser exacto que procuro en estas páginas me libre para siempre de las curiosidades más propensas al resabio y la cautela.

Afirmar que el asalto de Hilario Luna a la muralla y los versos que declamó desde la altura son el producto de una voluntad aplazada de Aldama, es una conclusión exacta que ahora deberá servir de comienzo a mi exposición. Y digo esto amparándome precisamente en lo que M. B. no dice. El principal censurado en su carta es, sin duda, José Pinto, cuya amistad con Porfirio Aldama resulta misteriosa en la prosa del francés, o, cuando menos, reducida a la consecuencia de un capricho. Nada sabemos de las circunstancias que decidieron su viaje. Todas las menciones del muchacho se reservan al énfasis jocoso de alguna extravagancia del poeta. Pero tanto escarnio no fue inútil.

Creo que la existencia de la caja en Portugal revela que José Pinto desconfiaba del autor de la carta o no compartía su opinión sobre Aldama. Por otra parte, la antipatía del muchacho por el francés parece haber sido inmediata. Apenas presentado en su casa mira con hambre unas rosquillas pero no acepta la invitación de comer una. A M. B. el episodio le sirve para subrayar la voracidad de Aldama. Es evidente que, años después, José Pinto le mintió sobre el paradero de los manuscritos del poeta porque mi tropiezo en la librería de Lisboa esparció, entre diversos poemas en portugués, al menos una invocación lírica original de Porfirio, los únicos versos escritos en español dentro de la caja. La presencia de la carta misma entre ese legado sugiere que jamás le fue entregada a Antoine, el destinatario, tal vez porque José Pinto no llegó a hacer aquel viaje que lo señalaba como portador del documento. Las plumas de becada, su comparecencia junto a los demás objetos de la caja, quiero decir, abundan en la misma conclusión. Pero aún más decisivo para mi exposición que estos recuentos es la naturaleza misma de los versos conservados. Algunos son traducciones portuguesas de poemas que la carta de M. B. menciona al juzgar la antología que Aldama preparaba cuando la guerra irrumpió en Francia. Otros son originales, pero delatan la escuela inconfundible de Porfirio, que no es fácilmente espontánea. Un folio inesperado acoge, con la misma caligrafía voluminosa, con algún desarreglo verbal, las primeras líneas del *Quijote*.

Entendí que todas esas muestras, incluida la cervantina, eran obra de José Pinto. Al menos obra de su mano. No supe explicarme, en cambio, cómo pudo el desvarío lírico que revelan los versos surgir de su alma silenciosa y aparentemente tranquila. Atribuí esa pasión a la melancolía por el amigo muerto. Revisé la carta de M. B. que describe a José Pinto sentado al escritorio del poeta. Con nueva luz se me ofreció el pasaje, tantas veces descuidado, que declara la presencia del muchacho junto al moribundo durante las semanas finales de su vida, la diáfana afirmación de que «misteriosamente, sabía interpretar sus deseos». Comprendí entonces que en esa convalecencia de ocho meses confinada a un párrafo de la carta, Aldama había operado febrilmente.

De un modo que acaso no precisan los profetas orientales ni Platón, Porfirio Aldama Estienne entendió que la continuidad de su obra exigía otra existencia. No puedo explicarlo racionalmente pero sé que el poeta logró instalarse en el muchacho. Creo que destinó su primer intento a Claudine, que lo acompañaba día y noche durante las primeras semanas, pero fracasó. Pudo, en cambio, hacer hablar a José Pinto, que expresó la voluntad de su dueño de permanecer solo. Desde ese momento, Porfirio, que sabía que su vida se agotaba, no permitió más visitas que estorbasen el designio de imponerse plenamente en el muchacho. Logró infundirle la necesidad de escribir y tal vez de regresar a Portugal, donde él, en mil novecientos once, había alumbrado nuevos rumbos literarios. Conociendo los estímulos creativos de Aldama, me atrevo a suponer que la mutilación del muchacho le sugirió la página cervantina para la que no encontré una inmediata justificación.

El éxito literario de Aldama en su nueva vida no fue completo. Mi librero portugués había anotado en su registro de compras que la caja procedía de un remate adquirido tras el incendio de una casona en Bestida. Un hombre de unos cuarenta años, al que le faltaba un brazo, se había asfixiado en su interior. Esa víctima era José Pinto en mil novecientos cincuenta y seis. Un espejo y un aguamanil de porcelana –propiedad del librero tras el remate–, junto con los papeles recogidos en la caja sobrevivieron al incendio. Los manuscritos originales de Porfirio se perdieron. Nos queda la elaboración portuguesa de esas páginas medio quemadas.

El poeta o la voluntad del poeta no se rindió. Al menos en mil novecientos cincuenta y nueve, tal vez antes, a juzgar por algunos desatinos

nunca entendidos ni perdonados en el conjunto de una obra sabiamente equilibrada, había logrado instalarse en el cuerpo de Hilario Luna. Sin duda la pureza de aquel espíritu simple, libre de lecturas, aconsejaba esa habitación sin estorbos. Ignoro qué peregrinaciones intermedias, si las hubo, le condujeron al alma despejada de Luna. Igualmente desconozco qué zozobras inquietarían los designios de Aldama compartiendo la biografía desapasionada de un poeta provincial. Sé que la impaciencia por manifestarse logró una culminación el atardecer del siete de enero de mil novecientos cincuenta y nueve. Su intento mereció figurar en un periódico. Pero la literatura de Aldama volvió a frustrarse. En la memoria popular se impuso el recuerdo atónito del poeta que trepaba descalzo por una muralla en un crepúsculo glacial.

Aldama tampoco previó las consecuencias de su abuso para la salud de un octogenario. Luna enfermó de pulmonía. Aldama utilizó el cuerpo moribundo, su voz debilitada o agonizante, para divulgar su propio nombre durante una visita del cronista local, don Valeriano Robles, al enfermo. Por exhibir su trato íntimo con el poeta o para jactarse de insólitas lecturas, el historiador elogió en su necrológica el nombre desconocido por todos de Porfirio Aldama Estienne. Pero la obra más agónica del poeta, los versos gritados desde la altura un gélido atardecer de enero, no fueron más perennes que la escarcha.

Tras la muerte de Luna, Aldama comprendió que mezclarse con otras almas estorbaba sus propósitos editoriales. Aun el espíritu libre de influencias de Hilario resultó laborioso de inspirar. Salvo esa noche invernal, nada en la obra de Luna, demasiado contenida, demasiado escasa, anuncia la irrupción impetuosa de Aldama.

En mil novecientos sesenta la impaciencia de Porfirio por publicar le había inspirado una perfección de su método. Una noche lluviosa, sobre un andén de ferrocarril, la última epifanía conocida de Porfirio Aldama Estienne me recibió agitando un brazo bajo un paraguas: sí, el secretario del ayuntamiento Alejo Álvarez. Todo en él, desde la insistencia con que procuró mi encuentro hasta sus proyectos literarios, es inequívocamente de Aldama. Se objetará que mis deducciones obligan a admitir un azar demasiado laborioso, que Porfirio Aldama, cuando decidió insinuarse en Hilario Luna, no podía prever mi interés futuro por ese poeta menor. Lo que yo digo es que ningún azar, por leve que parezca, prescinde de una copiosa provisión de

exactitudes. Mi tropiezo en la librería de Lisboa lo confirma. Esa casualidad, que previó la excepción del fuego sobre una fotografía tomada en mil novecientos once, me reveló que Aldama, tres meses después de la muerte de Luna, más de cuarenta años después de su propia muerte, había perfeccionado su perpetuidad.

Hace dos semanas, a mi regreso de Portugal, escribí a Alejo Álvarez. Sentía que era mi deber comunicarle mi hallazgo de Lisboa. En mi carta, que redacté con inseguridad, le solicitaba una entrevista. Al cabo de unos días me respondieron del ayuntamiento: Alejo Álvarez se había jubilado. Me ofrecían su dirección. Decidí visitarlo directamente. Una joven me recibió con amabilidad y me pasó a un vestíbulo. Desapareció por una puerta y regresó acompañada de un hombre alto y flaco, canoso, de bigote poblado que fumaba con boquilla. Durante unos instantes me miró con curiosidad. Me preguntó qué deseaba. Extrañado, le interrogué:

—¿Alejo Álvarez?

Se limitó a asentir. Con alguna vacilación le mostré la fotografía que lo presentaba señalando la muralla, treinta años atrás. La observó sin comprender. Me aseguró que jamás había visto a aquel hombre. Reconozco que cuando me preguntó quién era el retratado vacilé en responder. Advertí que me miraba con desconfianza. En la puerta me alcanzó su voz desconcertada que me instaba a detenerme.

Por segunda vez, en un tren nocturno, abandoné confundido la ciudad de Hilario Luna. Durante el viaje comprendí: el Alejo Álvarez que yo había conocido en mil novecientos sesenta era un producto riguroso de la voluntad de Aldama, que prescindió para manifestarse del cuerpo real de Alejo Álvarez.

Durante los últimos días he tenido tiempo de reflexionar. Una claridad nueva ilumina las horas compartidas con el secretario, es decir, con la imagen que Aldama produjo de un secretario. Proyectarse sin la disciplina de otro cuerpo le ahorra la fatiga de inspirar movimientos contrarios, muchas veces, a su voluntad. Pero adoptar el aspecto de un hombre al que no reprodujo exactamente le exigió algunas cautelas.

Durante las horas que compartimos debió evitar el ayuntamiento. También al bibliotecario, que conocía al verdadero Alejo Álvarez. Sin embargo, creo que don Marcos, que desaprobaba sinceramente la poesía de Hilario Luna, no me mintió. Su escepticismo se habría negado al contubernio con una voluntad empeñada en promocionar al poeta para promocionarse secretamente. Ante mí ironizó sobre los afanes del secretario. Además, Aldama procuró que su imperfecta reiteración de Alejo Álvarez no se manifestase en la biblioteca. Yo mismo fui testigo: para comunicarse con don Marcos recurría al teléfono. También el bibliotecario debió de preferir no verlo. Sospecho que la insistencia con que Aldama se habrá conducido hasta obtener el consentimiento de escribirme, promovió la ventaja adicional para sus planes de hartar a don Marcos, que acabó por darle su autorización. Dudo, en cambio, que le enviara papel timbrado de la biblioteca para hacerlo; propina de por medio, en su obtención veo ahora los probables oficios del mozo que me trajo recado de Aldama —a nombre de Alejo, por supuesto—, para comer juntos. Y veo incluso la obsesión de Aldama por revestir cada movimiento con un grado de autenticidad que no excluía el recurso a timbres oficiales y cargos públicos que respaldaran su invención.

Las precauciones de Aldama no desaparecieron cuando conversó conmigo. Pero manifestarse ante un hombre que desconocía al secretario le permitió mentir con otra comodidad. En los recuerdos que atribuyó a la infancia compartida con Hilario Luna se valió de reminiscencias propias. El carro y la muchacha sin duda le pertenecieron. Evocar el río fue una ocurrencia circunstancial sugerida por nuestro paseo. En una perfección de irrealidad se atrevió a censurar poemas del amigo. El episodio del cuchillo arrojado por Hilario Luna contra él fue —ahora no lo dudo— otro entusiasmo de su imaginación. El orujo le animaba a media tarde. El adorno de ese acero, que no prescindió de un atardecer y un acordeón para manifestarse, acaso haya constado más diáfananamente en alguna elipsis portuaria de su novela geométrica.

No debo olvidarme de anotar que aquellas horas compartidas con Aldama admitieron también momentos de legítima franqueza. Me atrevo a asegurar que las lágrimas que le asediaron cuando me despedía eran una exposición leal de su alma. Y al menos otras dos servidumbres de su carácter se manifestaron ante mis ojos. Una es clara y la conservo: Porfirio Aldama, al ser retratado ante la muralla, no pudo evitar el recuerdo de otra fotografía

tomada en una playa portuguesa, medio siglo antes. Adoptó la misma postura. Sé que una cámara fija, accionada a intervalos regulares, puede ilustrarnos sobre el paso del tiempo. Ignoro qué secreta ciencia podría justificar la impresión complementaria de José Pinto en una fotografía cuyo protagonista se impusiera su recuerdo. En mil novecientos sesenta la memoria de Aldama era fiel a aquella jornada de mil novecientos once en la que deambuló por la playa de Bestida en compañía del muchacho. La mutilación del portugués no aparece en la fotografía junto a la muralla.

Una segunda honestidad de aquella tarde fueron los versos declamados por el secretario ante la torre de una iglesia. Entendí entonces que una veleta en forma de gallo le inspiraba. Ahora sé que Aldama se dirigía a sí mismo. En un pareado casi lícito se comprometió de viva voz a no revelar su secreto.

Creo que cumplió su promesa. Creo también que hacerlo conllevó un último accidente. Tres semanas después de mi viaje a la ciudad de Hilario Luna, el secretario me envió su folleto sobre el poeta y los poemas inéditos que, según su nota, el amigo le había entregado antes de morir. La esperanza de publicar tantas veces defraudada dictó a Aldama esa elaboración. Para su propósito, el folleto no era imprescindible pero debía acreditar el valor de los poemas enviados. Yo tiré a la papelera aquellos versos por juzgarlos obra inequívoca del secretario. Mi error frustró la laboriosa esperanza de Aldama. Mi error, también, prueba la perfección con que Aldama logró producirse como amigo de un poeta olvidado cuyo más conmovedor empeño era rescatar su memoria ofreciendo versos inéditos que lo resucitasen. El caprichoso azar que me abstuvo de destruir en el mismo impulso el ensayo sobre el funambulismo de Hilario Luna, y la excepción que el fuego hizo con unos papeles en una casa de Bestida el año de mil novecientos cincuenta y seis, me han convertido en único poseedor de la obra visible –lo que queda de ella– de Porfirio Aldama Estienne.

A medida que los días van pasando siento que estoy en deuda con Aldama. Pero temo haber comprendido demasiado tarde, aunque treinta años sea una cifra modesta en la vida de un papel. Últimamente, abrir un periódico y leer que un hombre ha desaparecido en Nueva Delhi, o que sobre una pintura crece una mancha que la borra me comunica una inquietud precisa: que en algún lugar, una imaginación de la que ese hombre o ese cuadro

dependen, se debilita. Anoche la sombra de José Pinto desapareció de la fotografía. Temo que el propio secretario empezará a ocultarse en poco tiempo, que ni siquiera llegue a mañana. Del folleto de Alejo Álvarez –quiero decir de Porfirio– sobre Hilario Luna resistían en mi última comprobación, hace tan solo unas horas, el título íntegro del prólogo, «vestíbulo para lectores curiosos frente al muro que luego seguirá», quizá la frase más precavida contra el olvido de todo el ensayo, y algunos aforismos atribuidos al poeta en un apéndice. El resto de las páginas son palabras aisladas, frases ruinosas ya sin sentido. Las notas autógrafas que el espíritu de Aldama dejó sobre mi borrador retienen todavía las palabras *noche* y *remediar*.

Ordeno estos pensamientos porque presiento que emprender una nueva página sobre Hilario Luna, la definitiva, lo recomienda. O porque complacer a Aldama, aunque no sea del modo que él previó, exigirá este largo preámbulo –otro vestíbulo– al frente de la página inapelable que lo rescate.

Hoy fui a ver a mi viejo editor, hombre paciente y sordo que no renuncia a las conversaciones, casi a gritos, en un despacho pegado a los talleres. Los mismos años que han ido socavando su oído han afinado en cambio su olfato para redimir voces perdidas en el tiempo. No hace ni dos meses logró embarcarme en una nueva biografía y en una selección antológica de versos: los trabajos y los días del teósofo portugués, hoy apenas recordado, Félix Bermudes.

Esta mañana, sin embargo, eran otras mis inquietudes. Ante un vaso de agua mineral, empecé por exponerle a aquel hombre que me escuchaba con gravedad tras unas gafas ahumadas mi resolución de descifrar, definitivamente, la noche de Hilario Luna. Como quien por fin se libera de un secreto guardado largos años, le conté mi lejano viaje a la ciudad del poeta. Y admití que ese nombre, Hilario Luna, condenado a sostener un párrafo perdido en un volumen de cierta considerable enciclopedia que yo contribuí a engrosar, me había importado menos a la hora de subir a un tren hacía ya tres décadas, que el nombre de Porfirio Aldama Estienne, cuya única memoria de su paso por el mundo consistía, a su vez, en una simple mención dentro de una nota necrológica publicada en un periódico provincial. Después le referí, creo que con algún atropello, mis insólitas averiguaciones.

Sobre la mesa del despacho, como una prueba irrefutable, desplegué la mecanografía aún resistente a la disipación del folleto del secretario. Le mostré su fotografía ante la muralla. Me dejó terminar sin inmutarse,

colocando la mano abierta detrás de la oreja, a modo de pantalla donde sujetar algún desfallecimiento pasajero de mi voz.

Durante unos segundos que se me hicieron eternos, mi editor se limpió las gafas con un pañuelo enorme que extrajo del bolsillo en medio de un silencio lleno de concentración. Bruscamente, me preguntó por mi trabajo sobre Félix Bermudes. Soy persona tranquila pero reconozco que su demanda me impacientó. Para regresar cuanto antes a Aldama y a mi intención de hacer justicia a su voluntad, cité pormenores de mis pesquisas sobre el poeta portugués que le dejaran satisfecho. Conociendo su devoción por lo extravagante, insistí en las convicciones teosóficas que alimentan la obra de Bermudes. Creo que ese fue el origen de una súbita revelación que me hizo vacilar: entre los trabajos del portugués destinados a la antología, yo enumeraba sus versiones de Kipling y de los versos dorados de los pitagóricos. Venía después la inquietante hazaña numeral de las cinco comedias estrenadas en cinco teatros de Lisboa la misma noche, de las que yo había seleccionado pasajes extrañamente intercambiables entre sí. No olvidé en mi repaso la obra fundamental del llamado periodo parisino de Bermudes: *La conquête de l'Éternel*, un título que en ese momento adquirió el grado de una premonición. Al tiempo que exponía este catálogo me iba asaltando el recuerdo de mi librero lisboeta, su palabra llena de resabios eruditos tras el mostrador, que esta mañana, por vez primera, se manifestó con otra claridad. «Ah, Félix Bermudes, grande homem: aos noventa e dois anos, na sua ultima visita a Moçambique, tombou de uma pedrada um macaco com a vivacidade de um adolescente».

El vértigo que había empezado a atenazarme se afianzó. De pronto supe que Aldama –su espíritu agitado, quiero decir–, era responsable de aquella pedrada tropical. Mi editor, que debió de advertir en mi rostro alguna grave mudanza, volvió a llenarme el vaso de agua mineral. Le expuse mi sobresalto. Me escuchó cerrando de vez en cuando los ojos al tiempo que asentía con indulgencia, como quien comparte conclusiones evidentes o que cuesta poco deducir. Cuando terminé me pasó un brazo sobre el hombro. Aún sostenía el pañuelo en la mano. Con su habitual generosidad de pensamiento, acompañándome a la puerta, sentenció:

–Lo que he dicho siempre: la literatura no es más que una cuestión de coincidencias. Lo difícil es justificarlas.

Se quedó en el umbral con los brazos en jarras mientras yo me alejaba

rumiando esta sentencia. A punto de salir de los talleres, oí gritar mi nombre. Volví la cabeza. Mi editor me hacía señas para que regresara.

–Vaya con calma si decide intentar esa justificación. Yo me ocuparé de publicarla.

De vuelta en casa procuro ordenar mis pensamientos con sensatez. Sé que anotarlos razonadamente o confiar su crédito al rigor de las deducciones no basta para suspender la incredulidad de los lectores que hayan de enfrentarse a mi próxima versión de la vida y la obra de Hilario Luna. Ese triunfo, me temo, le deberá más a un empleo afortunado del patetismo o del humor que a los buenos propósitos de lograr un discurso que brille por el rigor de su oferta. Sé que manejo hechos increíbles, que desemboco en conclusiones que los hacen trabajosamente aceptables; pero sé también que lo inverosímil contribuye a la coherencia de la realidad. «Se miente más de la cuenta –avisaba el gran Mairena– por falta de fantasía: también la realidad se inventa». Yo, ya lo he dicho, carezco de fantasía y aun así no miento. Confío en que la realidad, que procuro exponer con buen orden, haga indudables mis certezas.

Con todo, no estoy seguro de que mi nuevo examen de la obra de Hilario Luna, que deberá rescatar la huella de Porfirio Aldama Estienne, sea definitivo. Quizá me falte la calma que recomienda mi editor. De pie ante mi librería, que siempre juzgué un refugio contra las zozobras, abro poemarios al azar y repaso versos célebres con un desasosiego antes desconocido. Temo ya ser incapaz de leer una línea sin sospechar que la sombra de Aldama planea sobre ella desde algún lugar borroso. Y temo más: haberme convertido, como la piedra que me abrió los ojos, en instrumento de su sufrida voluntad. ¿Cuánto le queda a Porfirio para dar por cumplida una página que le merezca, de una vez, un sitio en la memoria de los hombres? ¿Cuánto falta por hacer para que se le conceda el descanso? Infatigable en su rebelión contra el olvido, lo imagino resuelto ante el papel, sin ceder al desfallecimiento ni al desánimo. La honestidad de su empeño por perdurar en un poema o en un verso, me digo, ha de ser la mía por hacer que su intento no se olvide.

Enfrentado ahora a la hoja en blanco para atestiguar el tránsito de Porfirio por el mundo, levanto la vista y me reconozco en la mirada del poeta perdida en la distancia, esa continuidad de las vacilaciones que siglos de

escritura han resuelto en una celebrada representación: la del ánimo suspenso, la pluma en la oreja, el codo en el bufete y la mano en la mejilla. Entonces, como si todos los tiempos fueran uno, me asalta el mismo vértigo que Porfirio habrá sentido en el momento de escribir, el mismo sueño, siempre postergado, de que la esquiva eternidad va a dejarnos, por fin, una leve caricia de su paso sobre el sufrido campo de una cuartilla de papel.

EL DIABLO CONSENTIDO

*Poliades, ¿qué es lo que es mentira?
—Quizá todo lo que no se sueña, príncipe.*

Álvaro Cunqueiro

1

Esta es una ciudad extraña, una fábrica de prodigios inseguros, difíciles de aceptar: calles que no van a ningún sitio, negocios que cambian de lugar en unas horas, pobres que piden de espaldas y perros sin sombra, tardes de sol frío en las que acaba nevando serrín... Pero esto no ha podido ser así en todo momento, me digo y me repito. De lo contrario, yo habría llevado un registro de excepciones desde hace años, un testimonio fehaciente de la arbitrariedad. Entonces me asalta otro temor: quizá soy yo el distinto; quizá he vivido siempre en una realidad trastornada con tal inconsciencia que lo he olvidado. Haberme dado cuenta, por fin, apenas me consuela porque, ahora que he decidido anotar diariamente mi extrañeza, tampoco consigo acordarme de si las cosas fueron otras alguna vez, o si desde antiguo se alzaron sutiles advertencias, premoniciones de lo irracional que no supe descifrar.

El hecho es que ya soy incapaz de acostumbrarme al extravío permanente. Es como si acabara de descubrirlo y me negara a convivir con él. Abro los ojos al despertar y me siento con ánimos de rebeldía pero, apenas puesto en pie, incapaz de hallar las zapatillas donde creí haberlas dejado al acostarme, acabo cediendo al capricho de que nada parezca gobernado por la lógica. Cada día trae su frustración y se diría que ni el delirio al que también el azar parece estar sujeto es capaz de producir nunca casualidades favorables. Si las hay, aventuro, a mí nunca me tocaron. Ayer, sin ir más lejos: ayer, acaso como una queja sublime contra el caos, oí aullar al sol. Fue después de que buscara en vano, durante horas que acabaron llevándome a recorrer los límites de un barrio ignorado que parecía ya de otra ciudad o de otro mundo, un pequeño negocio de muelles que recordaba haber visto al fondo de mi calle muchas veces. Al caer la tarde, tras agotar todas las

estrategias razonables de la orientación, me di por vencido ante un campo lleno de ortigas. Tal vez me engañaba la memoria, o la propia realidad, y ese negocio de muelles procedía de un sueño. Perdido en él, yo recorría mi calle con un picaporte en la mano sin encontrar aquella tienda, al final de la acera. Desalentado, levanté los ojos al cielo en busca de una respuesta. Mi interrogación halló donde serenarse en una bandada de pájaros que volaron muy altos sobre los solares yermos. Aún más remoto, por encima de las alas, llegó entonces el aullido del sol declinante tras los bordes de la ciudad. A lo mejor, vacilo ahora, lo que oí fue la sirena de una fábrica.

Regresé a casa ya de oscurecida. Entre farola y farola yo veía rodar una luna amarilla sobre los balcones. Hallé el portal en su sitio, y pocos metros más allá, el negocio de los muelles que había estado buscando inútilmente. De nada valdría jurar que unas horas antes no estaba allí, porque es posible que estuviera, que esa certeza sea parte también del delirio que la ciudad precipita sobre sus inquilinos. Miré embelesado aquella exposición de muelles tan esquivia y, ahora, tan inmediata. Hasta sospeché de su necesidad, quiero decir de que yo necesitara un muelle para algo. Aún caviloso, descubrí mi reflejo en el escaparate. Temí no reconocerme: tan maliciado anda uno que nada me habría costado ya aceptar que era el rostro de un desconocido lo que el vidrio me devolvía, pero vi al hombre que esperaba. No sé si eso me alivia o me desconsuela. A veces sospecho que estas coincidencias –mi casa en su lugar y los rasgos que tengo por míos confirmados en un espejo– no signifiquen nada. La anormalidad tiene sus descuidos, si no debo decir sus perversiones. Que yo sea quien creo que soy y la puerta de mi casa ceda al giro de la llave que guardo en mi bolsillo, pudieran no ser más que desvíos de la excepción que vienen únicamente a confirmar un estado general de anomalía. Esta es, no me cansaré de repetirlo, una ciudad extraña; tanto, que admite insensatamente la normalidad.

Por fin en casa, anoté una impresión ya antigua pero que no me había decidido a asentar todavía en el cuaderno. Desde hace unas semanas, registro presagios y vacilaciones a diario: *la gente aparenta una calma que solo puede ser síntoma de apocamiento, quizá de desidia. ¿Por qué fingen? ¿Es que la desorientación y el caos no les amargan a ellos la vida? ¿Seré yo el único paciente de las insidias de una realidad desbocada, el único dispuesto a rebelarse, a dejar constancia escrita de la anormalidad que nos rodea?*

Ya en la cama, leí hasta muy tarde. Recuerdo que dormí mal.

Hoy preferí no salir. Al oscurecer bajé a tirar la basura. Lo hice murmurando una súplica para que los contenedores estuvieran en su sitio. Allí estaban. De regreso hallé la mesa puesta. Sentado a su cabecera, un desconocido me esperaba para cenar. Ocupé mi lugar incómodo por la visita pero confiado en que su presencia hallaría justificación en alguno de esos desórdenes cotidianos que afianzan el vigor de una realidad encantada. Reconocí un aire familiar en el aspecto franco del extraño, en su barba madura y partida bajo el mentón, en la delicadeza de las manos cruzadas ante el pecho en actitud de espera. Me pareció que un aroma excesivo de sándalo o de incienso emanaba de sus ropas. Saludé a aquel hombre con un movimiento discreto de la cabeza. Entonces él se adelantó para tomar el pan que estaba sobre el mantel. Mirándome intensamente lo bendijo, lo partió y me ofreció aquella mitad que ya se sospechaba sagrada tras el gesto. Vacilante ante el milagro, dudé al pronunciar el nombre del que convidaba. Y en ese instante, el desconocido alzó una ceja y echó la cabeza hacia atrás para estallar en una carcajada obscena que fue ganando en altura hasta disolverse, como él mismo, en la nada. Allí solo quedó el eco de una risa casi histérica llenando la habitación y mis oídos.

¿A quién le cuento que tuve al demonio sentado frente a mí, partiendo el pan sobre mi mesa? Hace ya mucho que renuncié al consuelo de otra voz que abunde en los mismos asombros. En cambio, lo que obtuve fue una reprimenda de mi mujer. Al menos es un alivio que algo ocurra según lo previsto. Mercedes me reprochaba que hubiese dejado la mesa llena de migas junto a su plato. Y el pan abierto y sin comer. Explicarle lo ocurrido me produciría más cansancio que aceptar lo increíble, la inquietante certeza de que, por un momento, mientras ella estaba en la cocina, el diablo había ocupado su sitio frente al mantel. Esa denuncia habría alarmado la conciencia estricta de mi mujer, un alma comprometida con la rutina por prescripción médica. Pero no fue un ángel, estoy seguro, quien ocupó su silla y no soy yo teólogo tan refinado para justificar la querencia del maligno por aquel asiento. Vale más no cavilar. Mantuve, pues, la boca cerrada y asumí una culpa que no me correspondía. De paso, arrinconé las migas con la palma de

la mano en un borde de la mesa para precipitarlas con orden y buen tiento en la cestilla del pan. Después cenamos en silencio, como un tributo debido a la costumbre, esa apariencia de normalidad para despedir un día más entregado al trastorno.

Antes de acostarme regresé al cuaderno y anoté un propósito: *mañana a las nueve en punto ir a Correos a por un paquete que llegó a mi nombre.*

Escribí cada letra con la conciencia de quien expresa sus últimas voluntades y en hacerlo halla un consuelo humilde y misterioso en la exactitud.

3

«—Te traes una murga con el demonio, Serafín, que ya cansa. A mí no me cuentes más apariciones mientras no sean de la reina de Saba, o mejor todavía: de Salomé quitándose los velos. Ahí, como si quieres explayarte.

»—Es que era el diablo. Y volvió en sueños después. Para mí que es un aviso.

»—¿Un aviso de qué?

»—No sé..., a lo mejor es un anuncio de que me llega la hora.

»—Te digo, Serafín, que a ti te está sentando mal la jubilación y quedarte en casa sin más oficio que leer hasta las tantas. ¿Sabes a quién me recuerdas?

»—A don Quijote».

Yo iba memorizando palabra por palabra esta conversación poco después de que ocurriera, de camino a Correos. Y hasta retenía el gesto de Adelino cuando me advirtió, aquella mano suya detenida momentáneamente en el aire, en vuelo hacia el azucarero, y el dedo acusador tendido frente a mí. «Tú acabas mal, Serafín, te lo digo yo». Me temo que en vez de atender a la charla yo ya me distraía en escribir mentalmente su versión en el momento en el que hablábamos. Porque, contra esta tremenda realidad que todo lo enrarece, toda prevención es poca. Y sé bien, desde que ando en anotaciones, que las palabras reales, dejadas al tiempo, acaban pareciendo hijas de la quimera cuando se quieren rescatar.

—A don Quijote, dice. No, hombre, no, a mi cuñado Benito. Pero lo de él es con la tele. A ese sí que tenía que aparecérselo el diablo. Casi sería de justicia: el mismísimo Satanás saltándole encima desde la pantalla, a ver si

con el susto le hacía cambiar de postura. Con decirte que ya no levanta el culo ni para ir a la mesa... Le tiene que llevar mi hermana la comida al sofá, no vaya el señor a perderse un minuto de lo que echen, que todo le vale. Es tan memo que recita anuncios. Solo se mueve para ir al baño, y despachada la necesidad, vuelta a la tele. Ahora, no lo verás nunca con una película de fondo. «Para eso están las salas de cine», dice el muy cretino, como si él fuera alguna vez.

El encuentro casual con Adelino, en una calle vecina, nos llevó a compartir un café. Hacía tiempo que no nos veíamos y la conversación derivó en un tímido censo de ausencias irreparables: Camilo, el primero en desaparecer; Senén, que había muerto mientras dormía, recordamos para concluir en un vago argumento sobre los beneficios de pasar al otro mundo sin sentirlo; y Bezares, el único viudo del grupo, que había empezado a morir en vida desde que le faltara su mujer.

–Y el próximo tú, que ya te anda rondando el diablo –provocó Adelino–. No sé si tendremos todos la misma suerte de que nos avisen para irnos arrepintiendo con tiempo. Aunque, si te digo la verdad, yo prefiero caer sin notificación previa.

Guardé silencio. Estaba evocando los rasgos de Bezares sin demasiada fortuna.

–A ver si me vais a dejar el último y luego no tengo con quién tomarme ni un café –templó un poco Adelino.

Volví a distraerme mirando por el ventanal. Al reparar en los saludos de dos viandantes, que dejaron a su paso un hálito fugaz que se disolvió en el aire helado, se me ocurrió pensar: «todo es pérdida y desvanecimiento, un vapor de palabras que reclama el cielo para extraviarse al instante». Y tuve que contenerme para no sacar el cuaderno del bolsillo y apuntar la frase. Escribir las palabras para que duren. Tal era el remedio a tanta fragilidad. Aunque hacerlo tampoco aseguraba nada, me corregí, recordando el propósito de puntualidad anotado la víspera. «A las nueve ya no llego a Correos», confirmé tras mirar de reojo el reloj. «Y eso contando con que acierte».

–Si tienes prisa, por mí no esperes –concluyó con un deje de aspereza Adelino, llevándose el café a los labios.

Me avergoncé por no haber sabido disimular la impaciencia. En realidad no tenía nada que hacer más que ir a buscar ese paquete. Basta que a uno le

sobre el tiempo para andar más nervioso que si le faltara. ¿Qué necesidad tenía de apurarme? En el aviso no había más señal de urgencia que la que yo me quisiera imponer. Ni siquiera sabía de quién procedía el envío. Sospechaba que serían unos libros que había pedido hacía tiempo y de los que no había vuelto a acordarme hasta ayer. Anoche, cuando movía la silla para acercarla al escritorio, había visto el aviso de Correos caído en el suelo. Me lo habría dejado Mercedes sobre la mesa y yo, sin darme cuenta, desplazando papeles para hacer sitio, lo habría hecho caer. ¿Pero qué libros había pedido? Y ayer, me percaté de pronto, ¿cómo es que no me entregaron el paquete en casa si estuve todo el día metido en mi estudio? No había pisado la calle más que a última hora para tirar la basura.

«Ausencia del destinatario», venía marcada la casilla del aviso con una raya que excedía exageradamente el espacio del recuadro. Ese detalle, el trazo desproporcionado perdiéndose en los límites del papel y casi rasgándolo al llegar al borde, me había llamado tanto la atención que lo seguía recordando. En cambio, tendría que mirar el cuaderno a ver qué había hecho la víspera para no estar en casa a la hora del reparto. Porque eso no lo recordaba. Todo un día en blanco.

La angustia de reconocer que, o bien mi memoria o bien la realidad, habían iniciado una ruina progresiva que iba minando la confianza en la evocación de cada suceso fue invadiéndome mientras me limpiaba con una servilleta los labios. Y a esa inquietud se unió cierta sospecha de que mi entendimiento estaba dañado por una percepción incompleta de las cosas que alcanzaba a rescatar solo parcialmente lo vivido.

«Ausencia del destinatario», murmuré absorto. Y recordé otra vez la letra impresa en el aviso y el exagerado rayón sancionador de aquella circunstancia avalada por el cartero con tanta furia o con tanta torpeza sobre el papel que parecía haberla querido suprimir. «Como borrar la ausencia de un plumazo», formulé.

—¿Decías algo? —interrumpió Adelino mis cavilaciones, que debían ser menos discretas de lo que yo creía.

—Correos sigue donde estaba, ¿verdad? —pregunté con un aire distraído que quería disimular el abatimiento por el verdadero olvido de la dirección—. Alguien me dijo que lo habían cambiado —se me ocurrió añadir para justificar la necesidad de la pregunta.

Adelino mareó la taza en el aire un momento antes de apurar de un

golpe el resto del café.

–En el mismo sitio de toda la vida.

4

Pagué yo. Inventé que la última vez que nos habíamos encontrado había convidado él. Y me animó la buena fe con que se aceptaba el ofrecimiento: «si tú lo dices, con la memoria que tienes...».

Nos despedimos a la puerta del café, acaso exagerando la ceremonia de las toses, de anudarnos las bufandas y alzarnos el cuello de los abrigos como una precaución más contra la helada. Cuando echaba a andar, Adelino me retuvo por el brazo.

–¿Pero no ibas a Correos?

En seguida fui consciente de mi extravío.

–Sí, sí –me apresuré a justificar el rumbo errado de los pasos–, pero antes tengo que recoger un encargo de Mercedes en aquella calle. –Con un gesto vago de la barbilla, sin sacar las manos de los bolsillos, indiqué la dirección que apenas había emprendido.

Nos separamos ya sin más formalidades. Y me vi entonces tal como preveía describirme en el cuaderno: el sombrero calado y la cabeza incrustada en el pecho, afectando una determinación excesiva que me inclinaba hacia delante al caminar. Con más urgencia de la que mi desorientación real exigía, doblé la esquina y allí me detuve de golpe. Esperé pegado a la pared un momento, cerrando los ojos y descargando todo el peso en el bastón, como quien se toma un respiro en refugio seguro pero temporal, antes de asomar la cabeza de nuevo hacia la calle por la que había venido. Vi alejarse a Adelino acera abajo, con paso despreocupado. «Esa calma», pensé melancólico, «es prueba de paseantes dueños de su rumbo».

Hice tiempo pegado a la pared, aún perplejo por este último olvido. ¿Cuántas veces habría ido a Correos en mi vida para no acordarme ahora de dónde estaba? ¿Cómo era posible aquella decadencia que desfiguraba lo ordinario, aquel desmoronamiento de los hábitos hasta borrar su rastro de un día para otro? Y luego el temor cada vez más apremiante: ¿era yo o era la ciudad volcada en el capricho de confundir todos los pasos? Porque me bastaba con recordar episodios recientes, por ejemplo la búsqueda inútil de

una tienda ante la que he pasado cientos de veces, para seguir temiendo por la buena solución de mi modesta empresa de hoy: llegar a Correos y recoger un paquete. Poca cosa, en circunstancias normales, pero no en medio de esta miserable conspiración de la realidad. Intenté calmarme. A lo mejor, me dije, paseando sin rumbo llegaba a mi destino, como quien burla un orden superior hecho de extravíos oponiendo un voluntarioso descuido para conjurarlos. Un capricho por otro.

Volví a asomarme a la esquina, temeroso de alcanzar a Adelino todavía si emprendía la marcha de inmediato. Lo vi a punto de perderse en un cruce donde su figura se mezclaba ya con la de otros transeúntes. Mientras hacía tiempo, la imaginación siguió viaje hasta dar alcance al amigo y verse sometida al rigor de las explicaciones renovadas. «Está visto que hoy no nos despedimos, Serafín», «es verdad», «¿y el encargo de Mercedes?», «no lo tenían», «¿entonces vas ahora a Correos?», «sí», «te acompaño», «no te molestes», «si no es molestia, ¿y qué es lo que te mandan?», «pues ni lo sé..., en realidad es otro encargo de la mujer, será un salto de cama bizantino...». Me dio la risa de imaginar la cara de Adelino ante aquella conclusión peregrina que ni yo mismo sabía de dónde había sacado. No esperé más. Me colgué el bastón del brazo y abriéndome el abrigo, extraje el cuaderno de un bolsillo interior de la chaqueta. Tras hurgar en los fondillos del pantalón di con el bolígrafo, lo saqué y lo retuve provisionalmente entre los labios mientras pasaba las hojas hasta llegar a la fecha que correspondía historiar: diecinueve de diciembre. «Un día anotado es un día preservado», me vino a la mente una cita. Intenté escribir y al mismo tiempo recordar al autor de aquel precepto pero ni el bolígrafo ni la memoria respondían. Probando a sacar un trazo de aquella punta seca, casi rasgué el papel. Con denuedo, a exhalaciones fogosas del aliento, reanimé la tinta y apoyándome en la pared logré afianzarme en el propósito de asentar una frase: *lencería bizantina para sexagenarias. Ocasión*. Alejé el papel de los ojos para calibrar bien lo escrito y dudé si era eso lo que había pensado escribir cuando saqué la libreta.

Por tercera vez me asomé a la esquina. Adelino ya había desaparecido.

Caminé con calma, procurando hallar algún recuerdo que inspirase el buen rumbo de los pasos, tal vez un negocio insólito, invulnerable al olvido, o una arquitectura imposible de confundir. Pero solo tuve una impresión inequívoca: cada vez tenía los pies más fríos.

Todo acaba llegando cuando menos se espera: detenido para sonarme la

nariz, recordé de pronto la fachada del edificio que tenía por destino, una suerte de palacete medieval con aire de cuento elevándose en medio de las casas planas. Me vino a la memoria la puerta de forja negra que daba paso casi inmediato a otra más convencional, al fondo de un pasillo, y la protesta pasajera del alambre trenzado de un felpudo que no había manera de evitar antes de poner el pie en la cálida madera del interior. De nuevo en marcha, se mantuvieron los recuerdos entre los pasos: ahora eran unos soportales y unos pájaros que picoteaban el suelo de una plaza donde un banco vacío me servía de asiento. Allí había desenvuelto en más de una ocasión el paquete que acababan de entregarme. ¿Pero dónde estaba todo aquello?

Fue así, mientras caminaba con rumbo incierto y yendo de una evocación a otra, como di en el empeño de rescatar el diálogo mantenido con Adelino en la cafetería. Y entonces, a la manera de esas asociaciones de palabras que parecen obrar su hechizo en la realidad, coincidió que, al repasar el episodio, cuando yo invocaba el nombre de don Quijote como espejo de mi actual condición de errante en sueños, me vi cruzando ante una librería de viejo. Me detuve a contemplar el escaparate y allí, desencadenado el encantamiento en toda su laboriosa fábrica de casualidades, reparé en el extraordinario nombre de aquel negocio. «Escribir que le hice un saludo al letrero antes de retomar el camino hacia Correos», me prometí. Y, como si aquella letra imaginada dejase recado de obligación en la realidad, alcé muy cortésmente el sombrero hacia el reclamo que, suspendido sobre mi cabeza, anunciaba en grandes caracteres góticos: «La sombra de don Quijote».

No había prisa, volví a decirme mirando el reloj. Las diez bien dadas. Caminé regodeándome en la ignorancia del rumbo, todavía bajo el amparo del letrero. «Para los que andamos perdidos», me pareció que me dictaba una voz amiga desde la altura, «todas las horas son de balde».

Sumido poco a poco en el laberinto de unas calles cada vez más animadas, entre el trajín de los repartidores y las decentes maniobras de limpieza que ejercían los dueños de diversos locales ante sus puertas, caminé distraído, atendiendo al gran teatro de los escaparates y al azar de las palabras sueltas descolgadas de un balcón, o anunciándose desde la hondura de un

portal abierto. Crucé una avenida llena de adornos colgantes que se perdían simétricos hasta desdibujarse en la distancia. Embelesado en anticipar los esplendores nocturnos de esa lucería navideña, tropecé con una joven que me miró con fastidio. Me pareció que iba hablando sola, si no era el sonsonete de su protesta por mi torpeza lo que la ocupaba mientras seguía alejándose.

Yo sí que iba hablando en marcha, me percaté, pero sin que nadie mediara en la prolongación fabulosa que algunas conversaciones sorprendidas al paso me sugerían. Para mis adentros, llegué a replicar con un alejandrino a una señora quejosa del precio de las uvas: «de balde pretendía finezas una dama...».

Entregado a estas amenas distracciones, a las que sumé cuentas de pasos que preveían rematarse en cifra impar a la altura de cierta baldosa avistada en la distancia, seguí adelante. Sabiendo adónde quería ir y sin saber adónde iba, deambulé por callejas y travesías enhebrando pensamientos volubles, crucé avenidas sin enterarme y en una esquina, junto a un quiosco, me agaché a anudarme los cordones de los zapatos. En ese momento pasó un cartero junto a mí pero no reaccioné a tiempo para preguntarle dónde estaba la oficina. Asumí que de allí vendría, recién iniciado el reparto, y eso me decidió a corregir de nuevo el rumbo y caminar en la misma dirección por la que él había venido.

Al desembocar en un ensanche, un taxista estuvo a punto de atropellarme. Pasó a mi lado dando un bocinazo al tiempo que señalaba con vehemencia el disco rojo de un semáforo que yo había ignorado. A salvo sobre la acera, un escalofrío me recorrió la espalda y tuve la impresión de que algunos peatones volvían la cabeza para mirarme con desaprobación. «Todos los días cae algún viejo», oí decir a mi espalda. Incómodo, busqué consuelo en imaginar que triunfaba del tráfico en una nota del cuaderno y como si fuera otro quien me gobernase, dicté mentalmente: «Quiso la fortuna que Serafin, iniciada ya la maniobra de cruzar, no vacilara. Siguió adelante ignorando al taxista, levantando el bastón en un gesto ambiguo que bien podía ser de disculpa o de amenaza, y sin apurar visiblemente el paso, como quien se siente invulnerable ante un ejército de coches que se veían obligados a frenar para no atropellarlo, llegó al otro lado entre un coro de insultos y pitidos». Por fin se abrió el semáforo. Antes de cruzar esperé a que me adelantase la media docena de personas que esperaban detrás. «Y ahora se para», reconocí la misma voz pegada a mi espalda.

Caminé por espacio de una hora sin detenerme apenas. Tan solo maniobras ocasionales de verificación me abstuvieron de llegar más lejos en aquel paseo incierto. Por dos veces retrocedí a comprobar si una tienda de animales o una relojería seguían en el mismo sitio minutos después de haber pasado ante sus puertas. Allí estaban, sin signos aparentes de rebelión contra la normalidad. Repetí también itinerario por una marea de callejas, cautela que me sirvió al menos para confirmar la inmovilidad de una mercería y de su dueña: cada vez que pasaba ante el cristal, la dependienta seguía recortando hojas de una revista junto a una estufa de butano. En esos merodeos preventivos pasé varias veces también junto a una farmacia coronada por el parpadeo intermitente de un termómetro. Averiado, sus dígitos aireaban una temperatura imposible. Imaginé que si aceptaba aquella propuesta veraniega despojándome del abrigo y la bufanda, abriéndome la chaqueta y desabotonándome la camisa, precipitaría un súbito cambio de estación que extendería una perplejidad general sobre la multitud. Solo yo, inductor del cataclismo pero caminante despreocupado bajo el imprevisto castigo solar, me vería libre de sus consecuencias mientras seguía avanzando, íntimamente ufano de conocer el origen de la insólita novedad que tenía a la especie sumida en el desconcierto.

«Y perdido en pensamientos de tan vana sustancia, siguió Serafín adelante sin rumbo cierto, como caminan —previne para consolarme—, los que se olvidan de sus pasos por atender a los designios que el corazón les va dictando hasta llegar, mal que bien, a donde se proponen».

6

Fue a media mañana, en una plazoleta sembrada de plátanos de sombra, cuando sentí de nuevo esa sensación de estupor vago y opresivo que desde hace un tiempo me acompaña. A ello bien pudo contribuir la presencia, en el centro del espacio, de una fuente casi sepultada por el hielo. El agua había quedado detenida en un desmayo caprichoso que desbordaba los límites del vaso y extendía un dominio sólido e informe sobre el suelo. Los caños se intuían oscuros bajo el borbotón petrificado del agua. Un grupo de ángeles dorados coronaba el pedestal y su baile en corro sugería un dinamismo que parecía desafiar la tenaza de la helada extendida a sus pies. Tuve la ilusión de

que las figuras se animaban de repente, dóciles a una música de campanas que envolvió durante un momento la plaza y levantó un vuelo de pájaros. Sumido en aquel alboroto del bronce y de las alas, llegué a sentir que también yo carecía de ataduras y entraba mansamente a ser reino del aire. Igual que un alma que dejara recado urgente para el cuerpo que abandona, quise anotar aquella ilusión en el cuaderno antes de que se desvaneciera. Sobre un banco a cuyos pies moría el hielo del agua desbordada, me senté para describirme a media distancia, con el rostro levantado y tratando de averiguar dónde me encontraba.

Serafín halló el nombre de aquel rincón en una placa, alta sobre un muro de adobe. Por encima sobresalían unas ramas desnudas y llegaba a descolgarse hacia el exterior una desmayada lengua de yedra. El recinto recogido tras el muro se intuía tan umbrío que aún perduraba el hielo blanqueando las puntas de los árboles, por más que el sol las encendía. Un grupo escandaloso de gorriones se echó al aire agitado por un golpe de campanas. «Plaza de santa Úrsula», leyó Serafín en la placa que sobrevolaron los pájaros. Y los ojos levantados siguieron la pared cielo arriba hasta rematar en un modesto campanario. Las ramas que antes ocuparan los pájaros, quedaron temblonas un momento por la ausencia, vibrando todavía en el eco de la campana.

No recordaba haber estado nunca en aquel sitio. Pero eso no significaba nada, bien lo sabía. Si acaso, concluí, otra burla más de la esquiva realidad que tanto se empeñaba en confundir la memoria con la invención de novedades que luego eran imposibles de retener, o con la impostura de los cambios continuos capaces de trastornar todas las seguridades y todas las firmezas.

Serafín siguió con la vista el perfil del muro, que se alargaba hasta el fondo de la plaza, y sus ojos acabaron dando, casi en el límite de aquella construcción, con una puerta de madera adornada con herrajes y bullones. Supuso que sería la entrada a aquel huerto, o a un claustro del que solo tenía noticia visible de los árboles más altos y la yedra descolgada. Se acercó con la sospecha de que el acceso estaría cerrado, que habría un portón más evidente a la vuelta de la esquina por el que pasarían los fieles a la iglesia o al convento.

A medida que se acercaba a la puerta, como en una respuesta puntual a la irradiación de los pasos, le pareció que la madera se animaba sugiriendo

agitaciones lánguidas que recordaban el temblor del agua bajo el roce de un insecto. Si detenía el avance, la puerta recuperaba su condición opaca. Dudó de sus ojos ya viejos y se demoró en limpiarse las gafas, acaso buscando aclarar el espejismo. Abandonado a la maravilla, siguió avanzando con pasos que se afirmaban lentos en el suelo en busca de no sabía qué réplica asombrosa en la puerta que lo esperaba unos metros más allá. Pero aquel progreso tan pendiente de su efecto, no logró engendrar nuevas manifestaciones en la madera.

Fue a punto de asir el pomo de la puerta para comprobar si esta cedía a mi curiosidad, cuando contuve el avance de la mano, repentinamente temeroso del contacto. Lleno de estupor, reconocí en el picaporte que estaba a punto de hacer girar el mismo objeto que llevaba yo cogido en aquel sueño o en aquella vigilia, cómo saberlo con seguridad, que, apenas dos días atrás, me había hecho recorrer la ciudad hasta sus límites en busca de un muelle con el que hacerlo funcionar.

Y entonces, no bien repuesto del asombro todavía, reparé en que la puerta estaba entornada y que bastaba con empujarla suavemente para averiguar qué había detrás. «Aún receloso, Serafin la abrió con ayuda del bastón», anoté mentalmente, pensando en el cuaderno que acababa de guardar.

Mi primera impresión, al asomarme a una galería acristalada que se prolongaba tras la puerta, fue que había terminado el invierno. Noté en el rostro un calor repentino cuya influencia benéfica se apreciaba también en la feracidad de una fila muy frondosa de macetas que iban a perderse hasta donde llegaba la vista. Aquel jardín en hilera, ordenado para acompañar el curso del corredor, mostraba aquí y allá algunas tinajas con arbustos cargados de frutos luminosos que en su proyección invadían el espacio del pasillo. El aire estaba como sofocado de aromas espesos y maduros. A medida que avanzaba, parecía afirmarse un rastro de podredumbre en el ambiente cuyo origen concreto no era posible reconocer entre las plantas. Pero todo era efímero y dudoso en su existencia. Sin concierto alguno —quiero decir, sin que aquella vegetación cautiva lo anunciase—, lo maduro era de pronto

relevado por lo fresco y así, en el breve viaje de unos pasos, se llenaba el aire de aromas a membrillo y a jazmines, que en seguida cedían a la flor de azahar y la hierba menta sin que los ojos las reconocieran.

Oí cantar a un jilguero y lo descubrí entre la fronda interior, columpiándose en una jaula de madera. Luego tuve la ilusión de que un coro de insectos estrellaba su zumbido contra los altos ventanales de la galería que daban al huerto helado, apenas entrevisto desde el exterior. En el centro del recinto había un pozo que parecía un mero artificio recién concebido, tan libre de musgos estaban sus costuras de piedra, tan falta de herrumbre su roldana y tan brillante la herrada suspendida, volando inmóvil sobre el brocal. Ni siquiera la helada había prendido en la reja que cubría la boca como una prevención contra la hondura. Igual que si el frío de la noche hubiera saltado sobre el pozo sin tocarlo, pensé. Acaso ese antojo, seguí figurándome excepciones, le había hurtado al agua el temblor de las estrellas en su viaje nocturno y aquel era un pozo ciego.

Volví los ojos desde el huerto al corredor que se alargaba ante mí, y, vacilante ante el pasillo que iba a perderse en sombras a lo lejos, miré de nuevo la puerta por la que había entrado. Dudaba si regresar a los hielos de la plaza cuando vi el cartel pegado a la pared. La flecha que remataba el texto, escrito con un esmero candoroso, proponía un destino sumido en la penumbra, pasillo adelante. Lo que anticipaba la letra era un Belén napolitano con dos siglos de edad.

La promesa me animó. Seguí, pues, avanzando en medio del dulzor de las flores hasta llegar al fondo de la galería donde hallé otra puerta. Al abrirla se me ofreció el arranque de unos escalones iluminados tenuemente por una vidriera alta y estrecha en cuyo centro una doncella, en la que quise figurarme a santa Úrsula, parecía rechazar el torpe abrazo de un guerrero. Coronados los peldaños, otro vitral exponía a la misma joven a la bendición de un Papa.

Seguí un pasillo donde aún era más intenso aquel calor que parecía negar el invierno que habitaba fuera y llegué ante una habitación sin puerta. Su entrada consistía en un arco levantado a tan escasa altura que era preciso agacharse para superarlo. Como quien se adentra en una cueva me incliné yo bajo la arcada. Temeroso de algún tropiezo, aventuré la mano y tanteé el aire inseguro, igual que si apartara una cortina. En el interior me recibió una penumbra inesperadamente fría. Razoné que el caprichoso umbral era capaz de sugerir falsas impresiones pero lo cierto es que aquel pórtico de sombra,

con su repentina frescura, avivó en mí algún vago recuerdo de la infancia.

El esfuerzo de los ojos por descifrar lo oculto acabó por dar sus frutos tras unos momentos de vacilación. Y al fin, lentamente, el remanso de oscuridad preservado tras el arco, acabó por revelar, como en una ensoñación cada vez más sólida en sus figuraciones, la arquitectura inmediata y populosa del anunciado Belén napolitano.

8

Lo diré sin titubeos, fiándolo todo a la fascinación que acabó por dominarme: bastaba entregarse solo unos instantes a desentrañar la tiniebla para acabar viendo con toda claridad los esplendores insólitos de unas casas romanas y unos templos griegos que componían la dichosa versión de un lugar a medio camino entre la Italia y el Oriente. Sorprendida en una hora atareada de un tiempo sin edad, se desenvolvía la jornada de Belén, o de Nápoles, a media altura sobre el suelo. En medio de lo oscuro hube de aceptar que fachadas y callejas, hombres y ganados, ángeles y montes estaban inmersos en un fulgor propio que se delataba en una suerte de bullicio inmóvil, de empeño colectivo por detener la vida en lo más vibrante de cada gesto.

Vista en su conjunto, aquella tramoya de oficios y voluntades revueltos entre un despliegue de paños vistosos y callejas desconchadas, con su repertorio de gestos enfáticos ofrecidos en el punto más airoso de su expresión, sugería, acaso involuntariamente, cierto aire de disimulo concertado. Pero era ese mismo acuerdo por publicarse al exterior lo que acababa hablando de lo íntimo, que también era común y sutil en su manifestación. En las sombras misteriosamente alimentadas de su propia luz, que una vez nacía al fondo de una casa para definir sus muebles a través de una ventana, y otra brotaba desde el centro de una hoguera para poner resplandores en los caminos del campo, prevalecía un rumbo compartido por todas las criaturas que confirmaba la disposición pareja de los cuerpos, orientados hacia un mismo destino. Lo que los ojos acababan por admirar, distraídos en una penumbra variopinta que descubría y hurtaba detalles por todo el escenario, resultaba ser una laboriosa hermandad de zapateros y de aguadoras, de molineras y de pastores, de rebaños por los oteros y de

vendedoras de higos, de afiladores y de parteras, de planchadoras de lino y de sopladores de tuba, de costureras mudas y de gatos lánguidos, de fumadores de cachimbas y de echadoras de cartas, de zahoríes ciegos y de lazarillos ruidosos, de hojalateros músicos y de doncellas huérfanas, de ángeles cantores y de mendigos sin pan, todos concertados en un mismo ardor por hacerse errantes una noche, vecinos del gran misterio del mundo encerrado en un portal. Viendo aquella muchedumbre tan encaminada, tan carente de vacilaciones en la orientación de sus pasos, me sentí más perdido que nunca en la ciudad. Y me uní al cortejo.

Caminé embobado, recreándome en la senda de serrín. Pero a medida que avanzaba superando a reyes y pastores hasta verme primero en la carrera por llegar, percibía que la vida se había ido quedando en los caminos, a lo lejos.

Llegué a los confines de Belén. En aquella soledad nueva, descuidado del latido confuso que contagiaba la arquitectura recién dejada a mis espaldas, me incliné para contemplar el sosiego de un niño dormido. Su presencia consolaba de tanta mudanza. Besé sus pies desnudos, buscando la certeza de lo tibio y lo pequeño, y exhalé mi aliento sobre ellos.

Fue al despejarse aquella ilusión de vapores cándidos cuando mis ojos repararon en una presencia que me sobresaltó: emboscado bajo el suelo que servía de cimiento al portal y su milagro, con las manos crispadas en un gesto de súplica o de desesperación, latía tenebrosamente un demonio encarnado que guiñó un ojo al verme.

«Diecinueve de diciembre. Casi mediodía. Camino de Correos. Como alma que lleva el diablo (mejor no, evitemos concesiones prematuras): como alma que huye de una amenaza imprecisa, si bien tercamente encarnada en la figura del Maligno, Serafín buscó refugio en un bar». Memorice la frase y proseguí con cierta confianza. «Entró vacilante pero resuelto, si eso es posible. Quiérese decir que accedió al local en un estado de confusión que le daba a su avance entre las mesas un cierto aire de extravío. Sin embargo, su rostro traslucía a las claras la necesidad urgente de tenerse que sentar. Eligió la mesa más apartada, como quien pretende cobijarse de las asechanzas del

mundo con todas las garantías de alejamiento que ofrece el espacio más retirado de la puerta. Ya en su rincón se quitó bufanda y abrigo, dejó bastón y sombrero a un lado, se mesó los cabellos y tras una mirada alrededor, extrajo el cuaderno del bolsillo de su chaqueta».

Antes de ponerme a escribir hube de atender al requerimiento del camarero, que me interpeló desde la barra, donde mantenía una conversación a media voz con otro cliente. Pedí un café con leche; «la leche que queme», me vi en la necesidad de precisar un momento después, en respuesta a una nueva pregunta, cuando ya tenía a la vista la última anotación de aquella mañana. A esas alturas del cuaderno yo me describía en medio de una plazuela helada, aproximándome con incredulidad y con cautela hacia una puerta que parecía oscilar en la distancia a cada paso. *La madera se animaba sutilmente sugiriendo agitaciones lánguidas –leí– que recordaban el temblor del agua bajo el roce de un insecto.* Me parecieron tan inexactas esas palabras para describir las alteraciones que había advertido en la puerta del convento tan solo un rato antes, que taché la frase. «Acaso lo que se mecía en aquel umbral había de parecerse más al fuego», dudé. Mi incapacidad para expresar lo que acababa de ver me desazonaba. Una progresiva sensación de desánimo me fue invadiendo y abandoné el bolígrafo sobre la mesa. Mejor detenerme ahora en el bar, resolví irguiendo la espalda para apoyarme en el respaldo de la silla y mirar alrededor.

Observé el local, vacío y oscuro en la media mañana. Al cabo de un rato de no hacer nada, de no lograr un solo pensamiento coherente que me permitiera seguir anotando lo que había ocurrido hacía unos minutos, percibí el rumor de una cisterna o de un grifo mal cerrado en una hondura de aquel recinto. El camarero y el cliente se decían algo de vez en cuando, apenas sin mirarse. La madera de la mesa tenía cierta cualidad pegajosa que se hacía patente en las palmas de las manos cada vez que se apoyaban en su superficie. Por encima de mi cabeza colgaba una fotografía en blanco y negro de la muralla de la ciudad cubierta por la nieve. A su lado, el retrato de un hombre de aspecto triste, envuelto en una bufanda, parecía mirar el mundo con resignación. «Hilario Luna, lírico funambulista», se leía en una cartela manuscrita bajo la fotografía.

Arrinconados, muy cerca de donde me había sentado, vi unos periódicos viejos. El que coronaba la torre ofrecía en primera página la imagen de un ciego guiado por su perro. Resueltamente, tomé el bolígrafo.

A salvo en la plaza helada, con el aliento del diablo aún erizándole el cabello, Serafin se apoyó contra la puerta de aquel claustro sofocante que acababa de cruzar. Había cerrado con fuerza y dejó las manos a la espalda, sujetando el pomo. Lo palpaba sin mirarlo, como un ciego que quiere reconocer una forma dudosamente soñada. Cerró los ojos en un afán de perfeccionamiento. Al abrirlos, de frente a él, descubrió un perro sentado junto a la fuente de hielo que lo miraba con ojos risueños.

En ese punto llegó el camarero con el café y yo me apresuré a cerrar el cuaderno con un movimiento tan celoso que bien podía pensarse que allí se guardaba algún misterio digno de preservación. Noté que el hombre me estudiaba. Tenía unas gafas de mucho aumento que le daban una expresión entre invulnerable y lejana. Había puesto la bandeja ya bajo el brazo pero no se iba.

—¿A que usted escribe versos? —se lanzó—. Si me permite decírselo, el secreto de la poesía es la paciencia. Por aquí vienen muchos a darle a la rima y todos, fíjese, se sientan en esta misma mesa, pero no a todos se les ve el mismo aguante para escribir. —De pronto sonreía, quién sabe si orgulloso de aquella capacidad de inspiración o de rigor que al parecer convocaba la mesa mugrienta de su negocio.

No lo desengañé pero le dije que me importaba poco rimar. Vi cómo se le desdibujaba la sonrisa para dejar paso a un rictus en el que la severidad competía con el disgusto. Lo noté tan defraudado que me sentí como un auténtico impostor indigno de aquella plaza solo reservada a los poetas consonantes. Por corregir la ofensa me declaré simple historiador. Eso pareció interesarle más al cliente de la barra.

—¿Y qué historia está escribiendo? —me preguntó, volviéndose de medio lado en el taburete.

—Nada de mucho mérito... —vacilé—. Ahora estaba con unas notas sobre ciertos asuntos que me tienen preocupado.

—¿Cosa de política? —intervino de nuevo el camarero levantando la barbilla al tiempo que me miraba de reojo. Había una impronta de astucia en su voz que los desorbitados cristales de las gafas arruinaban.

—No, no. Curiosidades de la vida, por no decir espejismos que uno va tropezando en esta ciudad.

—¿Es usted cronista?

—Solo de lo mío.

—Entonces es un diario lo que escribe —concluyó el camarero con cara de regocijo—. Pues déjeme decirle —prosiguió en un tono magistral— que el secreto de escribir está en el equilibrio, en no pasarse con las peculiaridades. Lo suyo, si me permite la confianza, es ser poeta pero sabiendo ocuparse de lo ajeno como si fuera más urgente que lo propio. Si me apura, cuanto más ajeno el asunto menos riesgo de abusar. ¿Qué mejor escuela de la imparcialidad y el decoro que abandonarse a lo diverso? Desde antiguo, fíjese bien lo que le digo, poetas e historiadores han venido de la mano en eso de...

—Déjate de monsergas, Feliciano —cortó el cliente de la barra—. Lo que pasa —me aclaró con gesto condescendiente—, es que, aquí el jefe, le da a los versos y en cuanto ve a alguno que se sienta a la mesa con un papel se le echa encima por si es del gremio, a charlar del oficio, ya me entiende.

El dueño del bar, con gestos esquivos, dudaba entre el reconocimiento y la disculpa.

—Es que vamos quedando tan pocos, ¿verdad?, que me parece mucho desaire no saludar a otro cofrade cuando lo veo.

Yo era incapaz de encontrar una sola palabra, quizá un desplante que atajara aquella conversación tan ridícula. Volvía a tener la impresión de que estaba sumido en una existencia inverosímil desde que había puesto el pie en la calle a primera hora de la mañana. Por lo visto, el día prosperaba en un perverso acopio de apariencias, un catálogo de situaciones anodinas que, sin embargo, parecían encubrir significados más ocultos que debía uno esforzarse en descifrar. Hice recuento: un propósito humilde —recoger un paquete a mi nombre en Correos— que ni siquiera progresaba en la seguridad de la aproximación a ese destino; una sensación continua de extravío por las calles de mi propia ciudad; un reencuentro con el diablo, por más que reducido a figura del Belén napolitano, pero el mismo diablo que me persigue desde hace días en sueños y en vigiliass; y para abundar en los caprichos de tan laboriosa jornada, la última invención por el momento de la mañana: un camarero lírico que me consideraba hermano de letras.

—¿Y qué historia es esa que le preocupa? —volvió a preguntar el hombre de la barra, al tiempo que sostenía en vilo el vaso de vino, esperando mi respuesta antes de beber.

Tardé un poco en contestar, todavía inseguro de lo que quería decir. Y quizá fuese la cara de expectación del camarero, que seguía con su bandeja bajo el brazo sin despegarse de la mesa que yo ocupaba, o el verme

inesperadamente ante una audiencia modesta pero deseosa de noticias singulares lo que me llevó a responder como lo hice. El caso es que me vi de pronto afectando una voz que era, o quería ser, un desafío frente a la realidad tan trastornada que yo percibía en torno, y así, acabé por hablar con el apasionamiento y la cortesía propios de aquel caballero cuyo nombre había saludado yo al pasar bajo el cartel de una librería, haría menos de dos horas.

—¿Historia, dice vuestra merced?: la más grande jamás referida, o soñada, que pudiera ser lo mismo cuando se trata de dejar memoria de lo extraño.

10

Alguien advirtió una vez —o yo lo leí en alguna parte— que no hay como adornar el discurso y echar al aire galas en la voz para sentar plaza de narrador cumplido, pero también de poco crédito. Yo quería pasar por discreto antes que por charlatán en aquella hora, y lo cierto es que aún con el eco de mi sonoro anuncio vagando por el local, temí haberme excedido irremediablemente en el propósito de referir lo insólito sin traicionar la confianza de quienes me escuchaban. Pero lo único que me llegó fue la aprobación de, al menos, la mitad de mi auditorio.

—Aprende, Feliciano, a hablar con propiedad. Y a ver si en adelante me guardas el mismo tratamiento que este buen señor: «vues-tra mer-ced», silabeó entrecerrando los ojos.

En la sentencia del hombre de la barra, que levantó su vaso y bebió a mi salud tras pronunciarse, hallé justificación suficiente para no apearne del tono con el que había dado comienzo al discurso. Y lo hice, quiero creer, con juiciosa conciencia, que era la que yo tenía de ser intérprete de acontecimientos que me elevaban por encima de la realidad y, por ello mismo, me daban licencia para acomodar mi expresión a lo extraordinario.

Fue así como ante aquella parroquia humilde de dos almas, que a mayores bien podían ser cándidas, expresé mi inquietud por las recientes visitas del diablo, al que no quise perdonar su intemperancia, que lo mismo se presentaba en horas de velar que de dormir, pues, según les confesé, no estaba ya seguro de si vivía o si soñaba cuanto estaba sucediendo. Menos dudé en llevarme las manos a la cara, como quien quiere contener las

lágrimas para vestir con el gesto su congoja por los fraudes de la costumbre que, últimamente, era la de no reconocer las calles de la ciudad, la de no recordar sus plazas y caminos y la de no hallar nunca lo que se buscaba entre sus sombras, ya fueran piezas menudas, de las que pueden caber en una mano, o palacios enteros con sus puertas y felpudos brillantes bajo el sol. Enredado en continuas naderías, me veía paciente de aventuras mínimas, asaltado por desconciertos de poca enjundia, perdido en ires y venires sin cierto fin y dado a melancolías nacidas del mediano atrevimiento, como quien es cautivo de un destino avaro en rentas de prestigio, cuando no víctima de una imaginación que nada sabe de alegres invenciones y sí de mucho marear sin llegar a puerto alguno. Resignado, pues, a la forzosa confusión con que se gobernaba todo cuanto yo emprendía, había dado en temer –les dije– que lo insólito, rebajado por el hábito, pudiera disfrazarse de normalidad y perdiera su noticia. Y de tal suerte lo temía que con tanta resolución de ánimo como flaqueza de ingenio había dispuesto alzarme con la pluma como si fuera lanza para remediarlo, siquiera en el papel.

Mas no acababan aquí los desafíos de mi empresa ni los padecimientos de la voluntad –proseguí–, que a la larguísima cadena de agravios contra la sensatez que destapaba cada día, me veía forzado a añadir una sospecha que lo teñía todo: el temor de que aquella constante máquina de confusiones que a nadie parecía alterar más que a mí, formara parte de una grandiosa mascarada en la que todos fingieran no advertir el trastorno universal que nos enredaba a su capricho, acaso por protegerse de él. Pues –advertí con voz más grave–, obrar de esta suerte es propio de naturalezas esclavas y de todos cuantos disculpan el enredo con disimulo, pero pobre remedio contra las mudanzas de fortuna que, lejos de verse corregidas con industria, pasan adelante negando su oficio por boca de muchos, mas no sus obras. Todo lo cual –resolví tras una pausa que alargué a conciencia–, podía convertirles a ellos mismos, que me escuchaban sin aparente alteración y con mucha gentileza, en consumados tutores de la doblez, siempre dispuestos a admitir su conformidad con las cosas como estaban, tan de locos y averiadas, pero nada inclinados a sumarse en la denuncia que yo, modestamente, había emprendido por mitad de un cuaderno, con concurso de tinta y estos dedos, más no poco esfuerzo del entendimiento en declarar los desatinos tal como iban viniendo cada día, de suerte que un juez más perenne, como ha de ser el tiempo, pudiera hallar en feliz hora la ocasión propicia donde consolarse de sus trastornos por virtud de

este testimonio, hecho de razones nacidas para denunciar la sinrazón.

La verdad es que habría agradecido tener a mano, por poner merecido remate a tan esforzado parlamento, más que el sorbo ya frío de café que hube de llevarme a los labios, un vaso de vino como el del hombre que me escuchaba acodado en la barra, inmóvil frente a mí. Hasta que yo no acabé el cuento de mis inquietudes no se movió él. Y lo hizo muy resueltamente, que se llevó el vino a la boca enfrentando el rostro al techo en un movimiento seco de la cabeza hacia atrás que, por un instante, dejó expuesta a la luz de un ventanal el vaivén de la nuez sancionando el trago. El camarero, entre tanto, con movimientos que parecían de hechizado, fue flexionando las rodillas y despegando la bandeja del costado hasta acabar sentándose a mi mesa, muy al borde de la silla, con la respiración contenida y sin dejarme de mirar un solo instante a través de la lupa de sus cristales.

—¿Y dice usted que no es poeta, con esa retórica que gasta? —dudó entonces con un temblor fervoroso en la voz—. Porque de no serlo, sepa que es el diablo mismo quien le ha soplado su sermón.

11

Del diablo y sus seducciones, podríamos decir, hicimos causa durante un rato el camarero, el hombre de la barra y yo. Lejos de tener que defenderme de quimérico, cuando no de hombre dado a desvaríos, me vi aplaudido por mis dos oyentes, que celebraron mucho el estilo de mi exposición, dándome a entender que quien así era capaz de explicarse, con esa elocuencia y ese apasionamiento por hallar cuánto hay de cierto en lo que se presenta como engaño, había de ser hombre del que no cabía dudar, sino seguir su ejemplo. Porque resultó que allí no se desconfiaba de mi palabra sino de mi extrañeza. Fue así como el hombre de la barra, inclinándose hacia mí en confianza, confesó que también él veía al diablo y que de esos encuentros que había tenido con él, o al menos de los que guardaba memoria, podía deducir que aquel amo de las tinieblas era criatura aficionada a los números pares porque siempre se le aparecía a punto de mediar la segunda botella.

El camarero, en cambio, creía sin haber visto. Admitió que envidiaba mi posición de hombre habitado por el espíritu, de visionario, corrigió, porque

estaba seguro de que los trastornos que yo reconocía con la vista y denunciaba con la pluma eran regalo del propio diablo por exaltar sus obras. Y como hombre versado en materia de prodigios, no tanto por padecerlos como por desearlos, acabó lamentándose de su poca suerte y celebrando la mía, que era la mejor del mundo para quien se pone por oficio el de las musas. «Fíjese –advirtió–, que dejar versos es dejar constancia del trastorno de la vida. Sin delirio no hay arte que valga». Volví a insistir yo en mi condición de cronista y a negar él esa frontera entre los historiadores y los poetas, porque en ambos la libertad se confunde con la providencia, recuerdo que dijo, y así el poeta, que parece escoger a su gusto el sujeto de sus rimas, se ve luego encadenado al metro que las calza y no se diferencia del cronista, al que se le da forzosa la realidad pero con el cargo de que la convierta en otra cosa, en un teatro de la mejor especie, en el gran teatro del mundo, donde también hallarán cabida los versos del poeta.

No estuve seguro de entender su razonamiento, que me pareció confuso o mal aprendido. En encontrar el fundamento a su explicación me abstraía yo cuando el hombre de la barra, con un movimiento enérgico, levantó su vaso y, mirando a Feliciano, trazó un círculo en el aire que acabó resolviéndose en el signo de la cruz. Supuse que el gesto quería bendecir el reciente parlamento del camarero, un amén sin palabras, pero lejos de reconocerse en el homenaje, Feliciano interpretó que lo que se demandaba era más vino. Regresó a la barra y, sacacorchos en mano, prosiguió con su argumento después de arrugar la nariz y calarse aquellas tremendas gafas de cristales nublados.

–¿Se da usted cuenta de la suerte que tiene? –dijo mirándome con la barbilla clavada en el pecho, deteniendo momentáneamente el viaje del sacacorchos hacia el tapón de una botella que cogió bajo el mostrador–. El secreto de la fortuna está en reconocerla: no hay mejor don para la vida del espíritu que llevar el genio dentro. Porque es el genio el que nos ensancha los límites, los límites de la incertidumbre, quiero decir, que son los únicos que valen para animarnos la existencia. La mía, como podrá comprender, es pobre: de la barra a la mesa y de la mesa a la barra con incursiones esporádicas a la cocina, un viaje, se lo aseguro, que da para pocas emociones y aun para menos trastornos de los que pudieran levantar al espíritu de su monotonía y mandarlo a dictar versos sublimes, de esos que se dicen más perennes que el bronce. En cambio usted, cliente del diablo nada menos...

Le interrumpí. Me quejé, incluso. Al diablo yo lo rehuía desde niño.

—Un día —me vi confesando para avalar mi posición— con seis o siete años, me quedé encerrado en una carbonera mientras jugaba. Allí, en lo más profundo de la tiniebla, vi brillar unos ojos justo en el momento en el que ya abrían para sacarme. Fue mi abuela quien me encontró, después de que me oyera gritar. Cuando vi la puerta abierta, corrí tan ciegamente que me precipité a la calle y un coche estuvo a punto de matarme. Pero aún en lo más agónico de la huida yo oía la voz de mi abuela, su advertencia adelantándose escaleras abajo, como si arreara las palabras con el bastón para que corrieran más que yo: «no corras, no, que te va a llevar igual».

—¿Y entonces? —porfió Feliciano aplazando eternamente el momento de aplicarle el sacacorchos a la botella—. Hasta su abuela supo verlo.

—El qué.

—¿No entiende que es el diablo el que no le deja ir por mucho que usted corra?

—Lo de mi abuela no fue más que una manera de reñir, o a lo mejor de asustar a un niño que se mete donde no debe.

—¿Usted cree? ¿Nunca ha pensado que su abuela quisiera decir lo que dijo porque sabía de qué hablaba? A lo mejor a ella ya la había alcanzado.

—¿El demonio? —pregunté inseguro.

Feliciano asintió mirándome desde la lejanía casi opaca de sus gafas.

—Usted déjese agarrar y espere acontecimientos —zanjó clavando el sacacorchos y haciendo girar la muñeca con resolución.

Recalcadas por la firmeza de la maniobra, las últimas palabras del camarero me hicieron el efecto de que eran una espiral que también se hundía en mi memoria. Recordé a mi abuela, su voz seductora y grave, llena de misterios y de insinuaciones a la convivencia con lo extraordinario. Sospeché por primera vez que aquella mujer, tan dada a cuentos y presentimientos, tan dispuesta a referir maravillas y a disfrutar con el corro de atenciones que convocaban sus fábulas, había sido otro espíritu familiar de ese diabólico enredo entre lo real y lo soñado que yo sentía acechando sobre mí. Y pensé que aquellos ratos en los que todos los ánimos estaban pendientes de su voz,

bajo el cerezo florecido de la huerta o en el escaño de la cocina, habían sido los más colmados de certeza de su vida.

Esa idea me consoló. Con una mezcla de alivio que acaso no prescindiera de necesidad en la repentina inclinación que sentí a desechar todo argumento racional, estuve dispuesto a asumir que nada de lo que me pasaba era percepción mía sino obra de una voluntad ajena que me había elegido para afirmarse. Debía tener razón aquel camarero que me envidiaba. ¿Por qué preocuparme si no era yo quien creía perder la memoria, o quien padecía inexplicables desorientaciones, o quien se veía en la necesidad de levantar acta de una incertidumbre que no era necesario hacer constar? Porque a nadie iban a aclararle nada mis apuntes, ni siquiera a mí, que debía únicamente aceptar que había sido elegido para advertir una realidad desenfocada, quizá inquietante, pero mucho más intensa. Ilusionado, celebré mi nuevo albedrío.

—No se equivoque —rebajó Feliciano mis conclusiones optimistas—. El diablo no regala nunca nada. A mí, absteniéndose de inspirarme, no me exige versos aunque no me quita la gana de escribirlos. Es el precio por mantenerme la ilusión. Pero a usted, a usted ya le ha alcanzado y eso, amigo mío, en su caso exige obra. No le va a dejar sin el peaje del cuento de su sociedad.

—¿Pero es que el demonio no tiene mejor oficio que hacer que andar inspirando letras por ahí? —protesté.

—¿Y entonces por qué anota usted lo que le pasa en su cuaderno? —replicó el camarero—. Si es el demonio quien le alienta, ¿qué le impide condenarse a lo grande? ¿Por qué no se dedica a la extorsión o a robar abiertamente? ¿Qué disculpa tiene para no ir seduciendo a jovencitas por ahí? ¿Quién le priva, con ese patrocinio diabólico que le ampara, de hacer carrera política y abusar después de su posición? Yo se lo diré: a usted, lo único que le sugieren los trastornos que le inspira el diablo son palabras, palabras que solo hallan sosiego cuando las pone por escrito.

—Cada uno tiene sus demonios —interrumpió entonces el hombre de la barra llenándose otro vaso—. El mío ya está a punto de asomarse: no me quedan ni tres dedos para verlo —calculó removiendo la botella al trasluz.

Las palabras de Feliciano me sumieron en cavilaciones contradictorias. En una de ellas, mi propio encuentro con aquel camarero de sorprendente elocuencia era una prueba más de la intromisión del diablo en mi camino. Y empecé a dudar de que todo lo que había dicho no fueran figuraciones mías,

la constatación definitiva de mi hechizo.

Miré desde mi sitio a Feliciano, que seguía detrás de la barra. A pesar del parapeto de las gafas, me pareció que sus ojos brillaban con una intensidad que moría, como la lumbre que ilumina un rumbo, en el cuaderno cerrado sobre mi mesa. Volví a abrirlo con la impresión de que cumplía un mandato. Releí lo que había anotado después de entrar en aquel local, la invención del perro que encontraba junto a la fuente de hielo al salir del claustro, una mera ocurrencia sugerida por la foto de un periódico que, ¡ay!, no alcanzaba a disfrazar con su presencia mi incapacidad para prolongar fluidamente el relato de lo que había visto en el Belén napolitano. Y repasé mis vacilaciones para describir una galería sofocada de plantas y aromas que poco hacían presagiar la habitación oscura donde me esperaba un diablo, acaso el mismo que me miró en una carbonera perdida de la infancia. Con la ansiedad propia de los presentimientos anoté esa asociación y en seguida fluyeron palabras nuevas, como si hubieran esperado por alianza semejante para resucitar. Animado por la próspera navegación de la tinta, que parecía correr sobre el papel para afianzarse en la memoria o en el sueño que iba desvelando, le puse letras al Belén que había visto hacía menos de una hora y, con una inesperada facilidad, me recreé en su panoplia de oficios y peregrinaciones antes de regresar a la plaza helada, al perro figurado y al bar real, cuya puerta crucé a paso ligero hasta llegar a esta mesa, desde donde pronuncié, unos minutos después, un discurso sobre la extrañeza y la vicisitud, sobre el desconcierto y la duda, una declamación, debiera decir, porque me salieron las palabras con una elocuencia apasionada y antigua, la misma que regresaba ahora al ponerlas por escrito pero con una consciencia nueva, la de aceptar, tras una conversación con el camarero, que era yo quien escribía pero otro quien dictaba lo que tenía que decir, otro el que miraba por mí y me hacía ver lo que él quería que yo viese para dejarlo transcrito en un cuaderno.

Levanté la cabeza del papel y busqué a Feliciano. Allí seguía, mirando a la inopia tras la barra, acaso codiciando la fluidez creativa que debí transmitir durante aquel rato de escritura intensa.

Recogí mis cosas y me abrigué despacio, sumido en un silencio que volvió a llenarse con el goteo de la cisterna o del grifo mal cerrado, al fondo del local. Me acerqué a pagar en el momento en que se abrió la puerta y entró un cartero. Dejó un sobre encima de la barra, saludó con la mano y se fue tan

deprisa como había entrado. Antes de cobrarme, Feliciano rasgó el sobre y acercó mucho los ojos –las gafas sería más justo decir– al contenido.

–Esto es lo más elevado que me reserva a mí la realidad –anunció levantando la cabeza–: la factura del agua.

Con desgana la dejó caer sobre el mostrador. El hombre que estaba a punto de rematar su segunda botella cogió el papel y lo examinó detenidamente, con una calma que sugería una lectura fascinada de la cifra.

–Y yo que ni la pruebo –dijo afectando un tono melancólico.

Feliciano me trajo las vueltas y las mantuvo un momento en el aire, por encima de mi mano abierta para recibirlas.

–Usted a su inspiración –dijo señalando hacia el exterior con un gesto– y yo a mi rutina –añadió midiendo el espacio de la barra con la vista–. El secreto de vivir es conformarse.

Dejó caer las monedas poco a poco, tintineando. Y así, con aquel caudal en los oídos y el cuaderno más lleno que cuando había entrado con él metido en el bolsillo, regresé a la calle dejando cerrada a mis espaldas la puerta de aquel local de cuyo nombre ya no puedo acordarme porque, a pesar de mis desvelos por anotar la realidad y su detalle, olvidé ponerlo por escrito en el momento.

13

Por más que siglos de especulación doctrinal hayan desacreditado al diablo como torpe engañador y afirmen que un alma auténticamente pura previene sus ardidés a distancia, no seré yo quien niegue el talento de este ángel caído para la novedad en el enredo. Pudiera ocurrir también que la mía no valga por alma ejemplar, ni siquiera por espíritu sereno, de los que ven venir al burlador de lejos. Lo cierto es que salí del bar, puse el pie sobre la acera, el mismo sol y la misma helada me recibieron con su gobierno inclemente de engañosa tibieza, me ajusté el sombrero, embuté la nariz en la bufanda y seguí andando con mi rumbo incierto. Todo, podría decir, dentro de la metódica normalidad que ya suponía dar pasos sin saber a dónde me llevaban.

Pero algo había ocurrido que hacía el mundo distinto. Me atrevo a pensar que la novedad procedía de mí, quiero decir que en mí alentaba y que

había de ser yo quien la esparcía alrededor. Al menos esa irradiación justificaría lo que hallé a la vuelta de la esquina: en medio de la calle, con sus orejas de punta y su lengua colgante, sentado con el rabo entre las patas y respirando animosamente por la boca entreabierta, me miraba, como si me esperase, el perro que yo había imaginado en un apunte de mi libreta, tan solo un momento antes. Era el mismo perro, estoy seguro, que yo retuve en el papel. Y allí estaba otra vez, pero ahora real, a pocos metros de distancia, mostrando aparentes signos de impaciencia por reunirse conmigo.

Miré a todos lados, temeroso de que alguien fuera testigo de mi estupor en medio de la calle. Presentía que la presencia del perro era una manifestación más del caprichoso engranaje del día pero también que su existencia me señalaba pidiendo aclaraciones. Por fortuna no había nadie en torno para reclamarlas. Al final de la acera, justo antes de desaparecer en un portal, distinguí al cartero que había entrado al bar. Volví a mirar al perro, que ante mi inspección se incorporó y ladeó la cabeza, como si esperase órdenes. Eché a andar aún con incredulidad, «con aire sonámbulo», decidí que era la expresión que convendría anotar a su debido tiempo. Y en seguida corregí: «Serafín avanzó indeciso, como quien pisa en sueños, cautivo de un espejismo que hacía de las calles de la ciudad y los caminos de la imaginación un mismo escenario».

Cuando llegué a la altura del perro sentí la enojosa urgencia de ignorarlo. Pero no era tan fácil rechazar el compromiso con una parte de la realidad de cuya existencia había de ser yo único custodio. Bellacamente lo dejé atrás y seguí caminando sin volver la cabeza. Mas no tardé en advertir el trote que nacía a mis espaldas, su vecindad progresiva, aquel avance garboso que acabó ajustándose a mis pasos hasta hacerse visible compañía, casi enredado entre las piernas. Me detuve y se detuvo. Volvimos a mirarnos frente a frente, el perro y yo. Le vi arquear las cejas rubias, que hasta en eso coincidía con el chucho que yo había imaginado. Entonces, antes de que me diera tiempo a hacer el menor gesto —y no me atrevería a aventurar qué hubiese sido, si de amistad o de rechazo—, el perro empezó a alejarse. Y yo a seguirlo.

Fue así, yéndole a la zaga, aún incrédulo y no bien dados más que cuatro pasos, como empezó a ganarme una sensación dulce de abandono por no ser yo quien gobernaba el rumbo. Me rendí al trote alegre del perro que me precedía y, al hacerlo tan confiadamente, pensé en el vagabundeo propio

de las fábulas de caballerías, que tienen por costumbre privar a sus andantes de camino cierto para ceder la senda a la voluntad de la montura, lo cual viene a ser lo mismo que confiarse a la providencia. Y si esto pensé a los cuatro pasos, me bastaron ocho para dar por buena la emulación del can a falta de corcel y por bienvenido cuanto suceso hubiera de llegar en el camino que, juntos, nos quedase por recorrer en adelante.

Diré, pues, que quiso la providencia, si no fue el perro, que al doblar la primera esquina que topamos nos halláramos ante un corro de gente que rodeaba, con algo de excitación y voces contenidas, a un hombre inclinado sobre una caja de cartón puesta del revés. Encima de aquella superficie, que quería recordar la de una mesita baja, el individuo movía las manos con tal presteza que costaba distinguir qué estaba haciendo. Su oficio consistía en marear tres cáscaras de nuez sobre un guisante que aparecía y desaparecía y cambiaba de lugar con cada movimiento de las manos. No era poca la destreza del trilero: aun sabiendo que sus trasteos nacían del engaño, los ojos aprobaban fácilmente la ilusión de cada pase y no era posible percatarse de la trampa por más que se atendiera sin pestañear al viaje de las manos. En un momento cambiaron de bolsillo unos billetes de dos incautos que aún se resistían a retirarse, como si juzgaran que era cuestión de porfiar en el juego para rehacerse de las pérdidas. Alguien probó fortuna y ganó, ventura inesperada que animó a otro de los reunidos a emular idéntica suerte. Pero ya no fue la misma y se retiró tras un solo intento. Entre apostadores compinchados en secreto había alianzas que, premiadas por un interesado azar, convencían a los advenedizos para arriesgarse. Y cada vez que la gente se desanimaba o que la deserción entre el público hacía peligrar la continuidad del negocio, la fortuna, fatalmente, regresaba.

Sentado a pocos metros de donde yo estaba, el perro seguía con una atención muy serena los visajes del embaucador. En cuanto este dejaba de mover las medias nueces a la espera de que alguien se arriesgara a adivinar dónde se ocultaba el guisante, se erguía y, como si fuera un auténtico perdiguero –que por aspecto no lo era ni lo podía ser–, iniciaba la muestra y suspendía una pata delantera al tiempo que, con visibles temblores, denunciaba con el hocico adelantado el lugar del escondite, sin desviar un ápice la vista de la nuez. El gentío, pendiente de las manos del trilero, no reparaba en la actitud del animal pero yo bien vi que no hubo muestra de cuantas ensayó que rematara en fiasco. Aquella exhibición de infalibilidad se

repitió al menos media docena de veces. Llegó un momento en el que yo estaba más entretenido en observar las evoluciones del perro que las del timador. Cada resolución del juego desataba el rumor general y una suerte de asombro unánime fuera cual fuese el resultado. Tampoco faltó nunca la voz sobresaliente que dejara en el aire un reproche por contrariar su predicción cuando ya nada podía hacerse para enmendar un resultado adverso.

El perro, entre tanto, seguía acertando y para entonces era tal la fe que tenía yo en su criterio, o en lo que fuera aquel instinto infalible, que me arriesgué a jugar.

14

Aposté mirando de reojo a mi lazarillo y gané tres veces seguidas. La mía era una suerte inédita hasta el momento que me valió los elogios del público y alguna palmada en la espalda. Seguramente, también, algún recelo. En medio de los homenajes, advertí que el dueño del juego se había percatado de la dependencia de mis aciertos. Quise dejarlo en aquel momento pero la gente, arracimada en torno a mí, me hacía difícil la retirada al tiempo que me animaba a seguir. Recordé que el follón es el destino natural de todas los embustes y me arrepentí de haberme aventurado en el enredo. Por encima del griterío, el trilero me conminó a probar fortuna otra vez, doblando la apuesta. Miré al perro con disimulo, como quien desvía un momento los ojos al suelo para sopesar. Lo vi sentado tranquilamente, ajeno a la agitación general, confiado en la fortuna que él parecía regir. Acepté la apuesta y el silencio se extendió en torno. Las nueces viajaron más confusamente que nunca sobre el cartón y su manipulador, que prolongaba hasta el trastorno el barajeo al tiempo que recitaba una retahíla incomprensible a voz en cuello, tuvo un acceso de tos que le llevó a detener un momento el baile de las manos para golpearse el pecho y cubrirse la boca antes de volver a marear las cáscaras un poco más, aclarándose la voz y carraspeando tan sonoramente que una lágrima afloró en sus ojos. Cuando por fin apartó las manos de la caja pareció que el mundo y no sus malabares se hubieran detenido para siempre.

Observé al perro con discreción y me alarmé. Lejos de mostrarme el camino seguro hacia el guisante, lo hallé desconcertado y nervioso, gimiendo

con ansiedad a la vez que se alebraba inquieto. A mi espalda oía voces sueltas que proponían con igual pasión izquierdas y derechas; allí solo se dudaba de la nuez del centro. El embaucador se enjugó con un pañuelo la lágrima que las toses le habían hecho brotar y no disimuló su impaciencia ante mi indecisión. Aturdido entre el murmullo de voces contrarias en sus predicciones, preferí guiarme por un viejo hábito de independencia. A la nuez del centro dirigía ya mi dedo cuando oí ladrar al perro con tal violencia que la gente se apartó asustada de su lado. El animal y el trapacero se miraban fieramente, separados por la caja que hacía de mesa. De pronto, sin otra advertencia, el perro saltó sobre el hombre. Ambos rodaron un momento, en medio del griterío de la gente. Aprovechando la confusión, un muchacho levantó con mucha presteza las tres cáscaras de nuez. No había guisante por ningún sitio.

El perro tenía inmovilizado al timador, que yacía sobre la acera. Llegó a ponerse a horcajadas sobre él mientras ladraba salvajemente junto a su cara. Una baba espumosa y lenta se le descolgaba entre los dientes. Nadie se atrevía a intervenir. El hombre, encogido en el suelo, se cubría el rostro con desesperación. Solo cuando entreabrió los labios en lo que parecía el inicio de un llanto angustiado, apareció el guisante fugitivo, que rodó al suelo empujado por la lengua. El perro se calló de golpe. Apartándose de su presa se sentó muy pacíficamente y bostezó conteniendo un gemido. En seguida recompuso su figura para ofrecer una estampa de pacífico animal tumbado, por no decir de perro resueltamente flemático, que acabó bajando la cabeza hasta dejarla encajada entre las patas, apoyada con docilidad sobre el suelo. Completó la función con un pestañeo acentuado, como herencia de una modorra repentina que de vez en cuando interrumpía para comprobar, abriendo solo un ojo, la inmovilidad del guisante recién declarado ante los espectadores sobre una baldosa de la acera.

Duró poco la calma. Un hormigueo súbito corrió entre los congregados y, en un santiamén, el trilero abatido estaba en pie recogiendo el tinglado y alejándose a toda prisa de la esquina con el cartón bajo el brazo. Lo siguieron al menos cuatro individuos esquivos y veloces, salidos de entre la reunión de mirones. Desaparecieron todos en fila india, apurándose por una calle lateral. Cuando quise darme cuenta, el dinero de la apuesta que había dejado sobre la caja de cartón, había ido a perderse por la misma senda que llevaban los fugitivos. Con alarma comprobé la cartera vacía de billetes. Allí solo brillaba

la calderilla de las vueltas del café. La gente empezó a dispersarse con aire de disimulo al tiempo que una pareja de policías apareció caminando por la acera contraria. Cruzaron sin descomponer el paso, acercándose lentamente. Cuando llegaron a mi altura ya me había quedado solo.

—¿Es suyo ese perro? —preguntó el más joven ladeando la cabeza, como si atisbara a mi espalda.

—No, señor.

—Es mejor que lo lleve sujeto. Está prohibido circular con animales sueltos por la vía pública.

Insistí en que no era mío. El otro policía intervino.

—¿Perdió usted mucho?

—La verdad es que iba ganando.

El joven contuvo una risilla. Incluso sin reírse tenía una expresión que resultaba insolente.

—Le recomiendo que no vuelva a jugar —dijo con voz paternal el policía mayor—. No es un juego, es un engaño.

Me pareció inútil advertirle que su aclaración era innecesaria porque se notaba que creía en la oportunidad del consejo.

—¿Cree usted que si de verdad fueran honrados saldrían pitando en cuanto nos ven? —completó el policía su razonamiento.

Satisfecho con su conclusión, el guardián del orden se llevó una mano a la sien para saludar y le hizo un gesto al compañero para que se retirase con él. Los miré mientras se alejaban calle abajo, emparejados, con las manos a la espalda y el paso entre desgano y rutinario.

—Y póngale la correa al perro —pronunció el joven sin volverse.

Fui yo entonces el que me di la vuelta para marcharme de allí sin saber muy bien adónde. Y aún lo dudé más cuando advertí, después de mirar desconcertado alrededor, que no había perro que sujetar. Lo único que permanecía allí, como una discreta prueba de lo ocurrido, era un guisante abandonado en mitad de la acera. Me pareció que hasta brillaba igual que una dudosa esmeralda bajo el sol frío del invierno.

¿Diré que echaba de menos al perro? En aquella precipitada compañía,

que había desaparecido con la misma presteza que llegara, me había parecido encontrar un raro motivo de confianza que me animaba a emprender labores peregrinas o, cuando menos, a obrar con un atrevimiento y con un descuido para el que solo hallaba explicación en la presencia del animal. Fascinado por su insólito hallazgo, yo quería volverlo a ver, cerciorarme de que su ascendiente no era una ilusoria industria de mi imaginación. «A estas alturas –concluí– aún ignoro si estoy asistiendo a acontecimientos ciertamente prodigiosos o no soy más que un viejo delirante». El caso es que nuestra brevísima, si no fuera más justo decir accidentada sociedad, me había bastado para tomarle un inexplicable afecto al perro que, tras su fuga, me hacía añorarlo como si hubiera perdido a un viejo compañero de fatigas.

Con una renovada sensación de extravío consulté el reloj: la una y media pasadas. Miré alrededor. No reconocí la calle ni hallé ninguna referencia esclarecedora entre las casas, las tiendas y lo que parecía ser una iglesia junto a un parque que pudiera orientarme sobre mi situación. Es posible que ni siquiera estuviese lejos del edificio de Correos. Al fin y al cabo, me dije, la casualidad es también parte inevitable de la confusión.

Saqué el resguardo del bolsillo y comprobé el horario de servicio de la oficina: de nueve a dos y de cinco a ocho, de lunes a viernes. Sábados de nueve a una. Dudé del día. Y en calcular cuál era, echando mano de recuerdos más o menos vagos e inmediatos, me sorprendió una voz infantil que me llamaba. Dos veces llegó el nombre hasta mis oídos sin que yo acabara de asociar aquellas sílabas conmigo, y aún se sumó un tercer intento que, muy risueñamente, según me pareció, reclamaba mi condición de abuelo. De pronto, como cuando los laureles vomitan pájaros en tromba, la calle se había llenado de colegiales que, brotados de una esquina, avanzaban entre chillidos, empujones y carreras. Adelantándose a aquella compañía bulliciosa braceaba una niña. El peso de una cartera sujeta a la espalda estorbaba su avance y la hacía progresar como si remara costosamente en el aire. Solo cuando estuvo a unos pasos de distancia, reconocí a mi nieta Marina. Me agaché para recibir en el cuello los brazos esforzados que se adelantaban a la carrera.

–¡Abuelo, has venido a buscarme!

Le olía el pelo a colonia. Antes de que yo pudiera decir nada, la niña interrumpió el abrazo para mirarme de frente.

–¿Me has traído un caramelo?

–Vamos a verlo –contesté sin pensar.

Busqué en los bolsillos del abrigo con un gesto que exageraba las profundidades de la tela oculta. De allí salieron las manos vacías y fueron a perderse en los pantalones, donde tampoco hallaron nada que ofrecer a su salida. Me palpé luego el pecho en una prospección minuciosa pero incapaz de reconocer formas concretas por encima de la ropa. Sometido al curioso momento de colegiales que me miraban al pasar, aventuré los dedos a través de la bufanda y los guíe a hurtadillas entre las solapas de la chaqueta hasta desembocar en el bolsillo superior de la camisa. Lo hacía con la secreta esperanza de que allí las yemas rozaran un envoltorio de papel celofán. Marina me observaba inmóvil. Solo una vez desvió la mirada para devolver el saludo a una compañera que pasó a su lado. Siempre de vacío, regresaron las manos a la luz. Incómodo por la expectación frustrada de la niña, me vi disculpándome, al tiempo que abría las palmas con un gesto de insuficiencia.

–Me parece que no ha habido suerte –admití con voz sinceramente desilusionada.

–Lo tienes ahí.

Marina contenía apenas la emoción, vibrando de puntillas. Con el dedo, señalaba hacia un resquicio por el que la ropa recién removida bajo el cuello del abrigo dejaba asomarse a la camisa, estorbada en su exposición más franca por el nudo de la bufanda. Era tal la confianza de su mirada que también yo bajé los ojos hacia el pecho por si allí estaba brotando un caramelo entre las telas sin que yo me percatase. No vi nada. Un tanto indeciso, encaminé de nuevo la mano por aquella senda tortuosa que moría en el bolsillo de la camisa. Y detuve de golpe su viaje, cuando, esta vez sí, noté el tacto inconfundible de un envoltorio de plástico. Con la incredulidad afectada de un mago que quisiera convencer a su audiencia de que no era suyo el producto de la magia, extraje un caramelo de menta que Marina apenas me dejó contemplar. Entre risas nerviosas me lo arrebató de la mano.

–Siempre quieres engañarme, abuelo –añadió metiéndose el dulce en la boca con satisfacción.

Yo seguía confuso. Dudaba si aquel objeto, que ciertamente no era grande, habría podido pasarme inadvertido en la primera exploración. En vano traté de recordar si había salido de casa con esa carga minúscula; si yo –según parecía por la solicitud convencida de Marina–, era portador habitual de chucherías que le estaban destinadas. Pero no podía ser. Jamás me

gustaron los caramelos. Y además –me dije afianzándome en la extrañeza de este hallazgo–, ¿cómo podría haber previsto el encuentro con Marina para haber salido de casa con uno en el bolsillo? Poco a poco, se fue afirmando un presentimiento en mi imaginación. Expresado en primera persona me resultaba inverosímil, de manera que formulé la ocurrencia como quien la otorga, no como quien la concibe, a la espera de sujetarla por escrito en el cuaderno con mejores garantías de autenticidad: «Al cabo –propuse para mis adentros– Serafín dio en pensar que aquel caramelo surgido misteriosamente en su bolsillo era obra de la confianza de la niña, prueba de la convicción de su deseo, y juzgó que para crear bastaba con creer».

–¿Te cuento un secreto? –interrumpió Marina mis cavilaciones. Un colegial rezagado pasó cabizbajo y lloroso junto a nosotros.

–Bueno. Pero si me lo cuentas dejará de serlo.

–Entonces te lo enseño, sin hablar.

Marina se había quitado la cartera y, de espaldas a mí, buscaba afanosamente algo en sus profundidades, inclinada hacia delante. Llegó a sacar un libro y un estuche de su interior antes de dar por bueno el registro. Lo dejó todo en el suelo. Se giró soplándose un mechón de pelo que le caía sobre la cara. Tenía las mejillas encendidas. Con gravedad infantil, me tendió un dibujo. No se veía más que un círculo.

–¿Te gusta? –me preguntó. Era evidente que mi falta de reacción la decepcionaba.

–Mucho –me apresuré a juzgar con una voz que no acababa de atenuar mi desconcierto–. ¿Qué es?

–Me dijiste que si te lo contaba ya no sería un secreto.

–En realidad no te lo dije todo: deja de ser un secreto solo si se lo dices a alguien que no sabe guardarlo.

Me sorprendió entonces la mirada serena de mi nieta y me conmoví viéndola tan llena de confianza en mi silencio.

–Es una bola mágica –me informó–. Se puede ver el mundo dentro y lo que hace cada persona donde esté.

Yo seguía mirando aquel círculo sin comprender la maravillosa cualidad que le atribuía Marina.

–¿Y tú lo ves?

–Lo veré cuando me traigan la bola de verdad.

–¿Cuándo te traigan la bola?

–Los Reyes Magos. Se la he pedido.

Asentí como si fuera evidente la explicación y yo hubiera tardado demasiado tiempo en comprenderla.

–¿Y yo puedo pedirme otra? –me atreví.

–No sé.

–Lo digo porque me vendría muy bien. Como soy viejo, podría ver en ella todo lo que se me olvida. ¿O no deja mirar hacia atrás?

Marina se quedó pensativa, sopesando posibilidades de la bola que no había previsto. De pronto cambió de conversación.

–Mañana hago teatro en la escuela. Soy un ángel.

–¿Y vuelas?

–No. Estoy subida a un árbol de mentira. Mi amiga Inés hace de virgen María. Le sale muy bien.

–¿Y no aparecen los Reyes Magos en esta función?

Marina negó con la cabeza.

–¿Pero a que hay pastores? –aventuré como un consuelo que acaso no bastara para compensar la ausencia de los príncipes de Oriente en aquella fábula de la que ella formaba parte.

–Yo no quería actuar –reconoció Marina bajando la cabeza.

Una ráfaga de viento le agitó el pelo y le hizo volver la cara. Tenía su chaquetón abierto y sentí el impulso de agacharme para abrigoarla.

–Seguro que es el último año que te obligan. El próximo, que ya tendrás la bola, te escondes dentro y que te busquen. Solo yo voy a saber dónde encontrarte, y no pienso decir nada.

La niña se dejaba abrochar con los brazos caídos, complacida por aquella ocurrencia. La besé en la frente al acabar y le devolví el dibujo. Reaccioné con lentitud para ayudarla a colgarse la cartera de la espalda. Marina empezó a caminar inclinándose un poco hacia delante al tiempo que, con un empujón, asentaba la carga entre los hombros.

–¿Vienes a casa? –propuso.

–No puedo. Tengo que hacer un recado.

–¿Ahora?

–Ahora. Y muy lejos.

Se encogió de hombros. Parecía resuelta y resignada en su determinación de echarse a andar sin compañía. La retuve un momento.

–Si quieres te acompaño hasta la puerta y te llevo la cartera.

–Pero si es ahí mismo, abuelo –dijo indicando con la barbilla hacia un portal al fondo de la calle.

¿Diré que no reconocía la calle ni el portal? ¿Diré también que aquella desorientación me preocupó menos que si hubiera ocurrido la víspera o tan solo unas horas antes? Desde mi encuentro con el camarero Feliciano, yo era otro. Sobre todo, gravitaban en mis oídos sus conclusiones apasionadas y fatales, que promovían el abandono a una suerte ya prescrita. Esa resignación a él le condenaba a la barra de un bar, cuando lo que quería eran tribulaciones que le inspirasen versos, y en cambio a mí, que no pedía más que algo de cordura, me exponía a desórdenes y extrañezas que exigían su puntual relación por si algún día hallaban un sentido. De manera que, por primera vez después de muchas semanas de perplejidad y aprensiones, no daba por necia la confusión sino por forzosa, y bienvenidos habían de ser, me prometía, cuantos desconciertos hubieran de salirme al paso. «Porque Serafín –volví al ejercicio de anticiparme al cuaderno–, de camino a Correos en mañana frágil como el hielo, sentíase elegido para invadir alguna singular provincia del misterio».

–Marina –dije con voz muy seria–, ahora me toca a mí contarte un secreto. Y a ti, guardarlo.

La niña esperaba sin pestañear.

–No digas en casa que me has visto.

Sonrió primero y asintió después. «Como si estuvieras escondido en la bola», murmuró señalando hacia la espalda.

Con los pulgares bajo las correas de la cartera se fue alejando hacia el portal. Yo me di la vuelta y empecé a caminar en dirección contraria. Crucé de acera y al cabo de unos pasos volví la cabeza para mirar a Marina, cada vez más lejana y más pequeña, llevando sobre los hombros el gran secreto del mundo inscrito en un redondel. Se detuvo ante un portal y me saludó con la mano. Le devolví el gesto mientras ella se ponía ya de puntillas para oprimir el timbre. Sin esperar más, me apresuré a desaparecer por donde había venido.

Al doblar la esquina, casi a mis pies, un gorrión levantaba el vuelo. En su pico adiviné el brillo fugitivo de un guisante.

Apenas la blanca aurora había clareado alargando los caminos y poniendo luz sobre los campos, cuando el labrador, abiertas las tierras eriales con férreo arado, dejó caer en el surco una semilla; la cual, hecha flor blanca en la sazón del tiempo, buscó paciente los escalones del aire y llegada su hora blandamente reposó, minúscula y rotunda, sobre la mano abierta del que la sembrara, mas mudada ya en redondo fruto brotado para alimento de los hombres, si no, por caprichoso azar, para servir al azar mismo de alimento.

Leí con incredulidad este párrafo, sentado en la parada del autobús que encontré un poco más abajo, siguiendo la calle. Era mi letra, no cabía duda. Y lo que tenía entre las manos, mi cuaderno. El texto proseguía de manera cada vez más inquietante:

Tu suerte canto, castigado fruto, otra vez caído por tierra, olvidado ya de todos menos de unaavecilla pasajera. Ella es la prevenida creación que surge en este instante para recogerte con el pico, quilla sutil que rasga los vientos buscando cielo arriba campos de sol gélido donde extraviar la vista. Y solo queda sobre el mundo un hombre para guardar memoria de tu tránsito.

Cerré el cuaderno temeroso de releer aquellas palabras cuyo origen se me escapaba. Había reparado en ellas por casualidad, al abrir la libreta con intención de dejar una nota sobre mi encuentro reciente con Marina. ¿Cuándo había escrito yo aquello? Rebusqué de nuevo el fragmento, pasando nervioso las hojas con los dedos hasta dar con él. Releí el pasaje con avidez. Su tono no era menos inexplicable que el lugar que ocupaba en el cuaderno: una hoja fechada hacía tres semanas, casi al comienzo de las anotaciones, a la que sucedían otras páginas con apuntes y tachaduras, antes de llegar a un bloque de folios en blanco. Tras el último, escrito con grandes letras, leí: *mañana a las nueve en punto ir a Correos a por un paquete que llegó a mi nombre.* Noté un vértigo en el estómago y cerré de golpe el cuaderno. ¿Cómo era posible que yo hubiera hecho referencia a asunto tan fortuito como el del pájaro y el guisante antes de que ocurriera? Aquel pasaje, cuyo estilo bien podría merecer la aprobación de Feliciano si lo llegase a conocer, aparecía anotado por delante del propósito que apunté anoche para no olvidarme de lo que debía hacer hoy.

Un autobús resopló al detenerse en la parada. Aún aturdido por el

descubrimiento, subí a bordo. Solo me percaté de que no tenía razón alguna para estar allí dentro en el momento en que el vehículo arrancó tras cerrar la puerta. Que el precio del billete coincidiera exactamente con el valor de las últimas monedas que me quedaban tras el tropiezo con los trileros, me hizo pensar que todas mis circunstancias, por peregrinas que pareciesen, estaban ya previstas. ¿Y aquel abordaje arbitrario del autobús, me dije entonces, no habría dejado también su huella en el cuaderno?

Me senté al fondo, a resguardo de las miradas del pasaje. Regresé a la libreta y busqué nervioso otras noticias, acaso otras premoniciones. No encontré nada que pudiera anunciar lo ocurrido hoy. Por detrás del propósito de ir a Correos, la siguiente anotación que hallé fue la de mi encuentro con Adelino, a primera hora de la mañana. «La realidad que no se escribe, discurrí, deja de existir». Anoté la frase y después de releerla la taché. Supuse que aquella conclusión era deudora del momento, nacida para acreditar intempestivamente la enigmática cita del guisante. Pero quién sabe, me dije, si pasadas unas semanas, o unas horas tan solo, aquella misma noche, no me vería yo abriendo el cuaderno a la luz de la mesilla, junto a mi cama –si es que lograba regresar a mi cama junto a la mesilla– para verificar, gracias a aquel premonitorio apunte, que no había soñado lo demás: el café con Adelino, el diablo del Belén, Feliciano y sus presagios, el perro que hallé en la acera nacido de una línea previamente imaginada, el tropiezo con los trileros, el encuentro con mi nieta, su dibujo inocente, la invención del caramelo, el guisante y el pájaro... *La realidad sobrevive en los detalles*, anoté más complacido con esta conclusión.

Levanté la vista del cuaderno. Sentado detrás de media docena de pasajeros que conocerían su destino, me sentí por un momento haciendo algo común y rutinario. Pero yo estaba viviendo el día en otra parte y nadie sospechaba de mi extraño alejamiento. Por la ventanilla veía discurrir la ciudad y su variable laberinto de aceras y cornisas. Nada de aquel desfile de casas, parques, estatuas y avenidas me resultaba familiar. Detenido en una nueva parada, observé a un hombre andrajoso que avanzaba penosamente por la acera apoyado en dos muletas. Parecía andar a cámara lenta. Llegó a la altura de la marquesina, y sin perder el equilibrio ni desentenderse de sus soportes ortopédicos, se fue inclinando hacia delante hasta lograr una postura inverosímil, de contorsionista, que le permitió alcanzar el suelo con los dedos y alzarlos sujetando una colilla. Cuando arrancó el autobús quedó atrás la

nube de humo que el hombre logró enviar al aire cerrando los ojos.

Yo observaba cada fracción de la realidad como si fuera inédita o irrepetible y recordarlo formara parte de una disputa íntima contra el olvido. El temor de que aquel ejercicio también fuera estéril no me abstenía de hacer recuento de pormenores porque, como acababa de comprobar en mi cuaderno, en lo menudo podía alentar el anuncio, si no la prueba, de que un designio superior se insinuaba en la existencia para regirla de la manera menos previsible. Acaso una de sus manifestaciones fuera la repetición de episodios ya vividos sin haber reparado en ellos suficientemente; pero también la injerencia de una fuerza que todo lo regía en su impulso indescifrable, una fuerza sensible a tímidos barruntos que revelaba sus costuras solo en discretas menudencias, de suerte que la tarea de hacer acopio de ellas podía ser valiosa para comprender su razón última o su capricho.

Subían y bajaban unos pocos viajeros en cada parada, siempre en silencio. Todos menos yo, me dije, sabrán dónde termina el viaje. Mecido por la vibración del autobús, que parecía respirar roncamente cada vez que se paraba ante un semáforo, cerré los ojos. En esa ceguera luminosa que traen a la imaginación los párpados sellados en plena luz, yo iba saltando de una imagen a otra con desorden. Tanteaba frases que retuvieran lo esencial pero al cabo de un rato las olvidaba. En medio de ese tumulto silencioso, tal vez llegué a dormirme. Tuve la impresión de que el autobús, sin nuevas interrupciones, afianzaba la marcha hasta sacarme del mundo. De alguna hondura del ensueño surgió Mercedes. Serena y maliciosa, jovencísima frente a mí, me miraba apoyándose en el marco de una puerta. Fumaba con descaro y pestañeaba lentamente al echar el humo levantando la barbilla. Después se giraba y volvía a acariciarme con los ojos antes de desaparecer poco a poco en la penumbra de una habitación, caminando con la parsimonia elástica de un gato. Transcurría un tiempo hasta que desde el fondo de aquella oscuridad me alcanzaban sus maullidos lánguidos. De pronto, su llamada se confundió con el chirrido de los frenos del autobús.

Abrí los ojos sobresaltado. Por delante del vehículo cruzaba con un trotecillo indolente el perro, mi perro quiero decir. Inicié un gesto torpe por detenerlo que acabó estrellando mi mano abierta contra el cristal de la ventanilla mientras lo veía perderse por una calleja lateral. Precariamente, avancé por el pasillo sujetándome a los asientos para llegar a la puerta. Le grité al conductor que me dejara salir y me respondió, con voz más enérgica

que la mía, que solicitase la parada con suficiente antelación. Hube de esperar a la siguiente para apearme.

Solo quedaba yo en el autobús.

17

Me apresuré a desandar lo recorrido en el último trecho con la esperanza de encontrar al perro. De un modo supersticioso yo vinculaba su hallazgo con la solución del día o, cuando menos, con el buen gobierno de mis pasos a dondequiera que hubieran de llevarme en adelante.

La ciudad parecía a punto de agotarse en aquel barrio donde las casas habían perdido altura y el campo se presentía detrás de las fachadas. Por un momento me figuré que recorría uno de esos decorados del cine que carecen de auténticas trastiendas.

Al volver una esquina reconocí el cruce donde había visto pasar al perro y la calleja que había enfilado cuando lo perdí de vista. Entré por ella aflojando el paso y mirando alrededor. A lo lejos, la calle se resolvía en un monótono horizonte de tapias y postes de la luz. Ya en el límite de lo construido se alzaba un edificio de ladrillo con los ventanales rotos que tenía un aspecto de almacén o de fábrica abandonada. Detrás de aquella nave un grupo de chabolas surgía como de la nada haciendo aún más precario el terreno baldío prolongado alrededor. Pero no se avistaba perro alguno en la distancia; a decir verdad, no se veía ningún movimiento ni en la calle ni más allá. Paso a paso, me entregué a inspecciones minuciosas de lo inmediato, al examen de cada accidente en la hilera de casas bajas que, de vez en cuando, se interrumpían para resolverse en un solar o en una verja protectora de un patio abandonado, lleno de papeles y botellas rotas.

En mi avance, como quien explora geografías extrañas, bordeé el perímetro de un aparador desechado en medio de la acera al que le faltaba el cajón de en medio. Mantenía un resto de espejo en el que me vi fugazmente cuando me agachaba a mirar debajo, y en el que me volví a encontrar, con gesto fatigado, cuando recuperé mi postura. Me contemplé un momento, viejo y confuso, igual que el trasfondo de paredes llenas de pintadas que se reflejaban detrás. Corregí la caída del sombrero y volví a ajustarme la bufanda antes de seguir andando.

La calle moría en un descampado al que una valla ponía un límite provisional. Por detrás de aquel margen se extendía un campo arrasado por la helada y más lejos aún, dudoso en la distancia, evolucionaba un rebaño de ovejas que aparecía y desaparecía en los umbrales de una chopera. El primer sol de la tarde arrancaba brillos a una vía de tren abandonada, al otro lado de la valla.

Desalentado por la búsqueda inútil, cambié de acera para regresar sobre mis pasos. Junto a una tapia erizada de vidrios noté un mareo y me detuve. Apoyado en la pared para recuperarme, caí en la cuenta de que no había comido nada en toda la mañana. Miré el reloj: faltaban unos minutos para las tres y media. Somos tan esclavos de la costumbre que me preocupó más percatarme de la hora que de la prolongación temeraria del ayuno. En realidad no sentía hambre pero me invadió la angustia de ignorar cuándo podría comer. No sabía dónde estaba y no tenía dinero en el bolsillo para buscarme un transporte que me devolviese al corazón de la ciudad, o a mi propia calle, poniendo fin así a aquella jornada incierta que había empezado con el simple propósito de recoger un paquete en Correos.

Ahora me parecía apremiante regresar a casa y colgar las prendas de abrigo en la percha de la entrada, llamar a Mercedes y oír su voz, verla acercarse por el pasillo con expresión acaso preocupada. Sin perder el apoyo de la pared cerré los ojos y me vi quitándole importancia a mi retraso, inventándome un encuentro casual con un antiguo conocido, aparentando normalidad en el hecho de que se nos hubiera ido el santo al cielo mientras conversábamos, después de años de no vernos. A continuación insistiría insensatamente en que ya había picado algo en aquella compañía y no tenía ganas de más. Si acaso de echar una siesta reparadora.

Abrí los ojos al horizonte desconocido que me cercaba y sentí vergüenza de mi actitud. ¿Qué discurso era aquel? ¿Dónde quedaba la empresa matutina de afrontar los desafíos de la realidad más trastornada que había conocido nunca? Al primer desfallecimiento ya estaba pensando en sofás, en zapatillas calientes y en que me echaran una manta sobre las piernas para adormilarme. ¿Dónde se sostenía el ánimo de tribulación, dónde el propósito de dejar constancia de cuantos espejismos fueran saliéndome al paso en mi viaje a recoger un paquete? ¿Acaso no estaba perdido por seguir precisamente el curso de la novedad, por recuperar la invención más grande del día, que resultaba ser un perro escurridizo que había parido mi ingenio

para resolver una frase en el cuaderno, y al que echaba ya de menos como si me hubiera acompañado siempre? Se alzaba ante mí una aventura mayor que la de ir a Correos, como era la de regresar a casa desde los confines desconocidos de la ciudad, y ya estaba poniéndole reparos al accidente. Qué mejor prueba quería yo de que vivir es soñar la vida, o confundirla con el sueño, que la de verme errante y extraviado en la propia ciudad donde he vivido siempre. Yo, señor de mi destino y sus mudanzas, a punto de emprender sin dinero, con las fuerzas menguadas y olvidado casi del propósito que me sacó a la calle, el regreso a casa, batido por el capricho, quizá engañado en mis impresiones, vencido en el empeño de llegar a mi destino y de hallar la prenda que salí a buscar. Eso era vivir. Y después poner orden en el extravío por escrito.

Apenas recuperado tras la pausa a la que me obligó el mareo, me separé del muro y di unos pasos. Volví la cabeza. Aún confiaba en que el perro apareciera milagrosamente antes de que yo abandonase la calle. Reparé entonces en los grafitos de la pared que me había servido de apoyo. Figuras fantásticas, obscenidades urgentes que se mezclaban con máximas sensibleras y símbolos vandálicos se disputaban el espacio. En medio de la marea de sentencias, anagramas y dibujos me fijé en una frase ardorosa: «Nunca dejes de creer».

Volví a caminar sin rumbo, sin perro, sin ánimo, entregado al prestigio de la derrota.

«Serafín deambulaba por un paisaje desolado. Las casas bajas y los solares yermos no parecían acabarse nunca. Juzgó que el paraje era propicio para encontrarse un cementerio pero la uniformidad del arrabal no consentía otra variación que el desorden metódico de unas construcciones siempre iguales, unas calles desiertas y un silencio tan extendido que parecía un embelesamiento de la conciencia. Aquello era, se le ocurrió, como la suspensión general de la Naturaleza que ha de preceder al parto de los montes. Se ilusionó con que todo en el ambiente, la calma extraña del suburbio y el frío más intenso que el sol, igual que un peso sobre la tierra que la mantenía en vilo, eran signos propicios que anunciaban la aparición

inminente del perro.

»Se alentó las manos y las confió al reparo de los bolsillos. Cruzó ante un almacén abandonado. Sobre el portón, con letras herrumbrosas, el edificio ofrecía un reclamo que parecía estar fuera del tiempo: “Casa Saturnino Alonso. Higiene y Peluquería”. Los ventanales más altos del edificio resplandecían con la madurez de la luz en las primeras horas de la tarde. Por encima del tejado Serafín vio una luna casi llena, como una vela hinchada al viento, y se acordó del redondel mágico de su nieta. “Luna, lunera, casa velera”, varió la letrilla de la canción. Oyó una sirena en la lejanía. Le pareció que ya había vivido ese instante, que vagaba cautivo de un sueño del que no podía despertar. Previó que si quisiera anotar este pensamiento ya no le obedecerían los dedos, que seguían helados en los bolsillos. Y sintió que, libre de ese compromiso inmediato, fluían las ocurrencias con una facilidad y una inspiración desconocidas cuando se sentaba a escribir».

Al cabo de un vagabundeo indeciso que me fue sacando de aquellos andurriales, acabé en una calle donde recibí el paso de un vehículo con el alivio del naufrago que por fin avista una nave cerca de su costa. Se me ocurrió que podía parar a un taxi y asegurarle al conductor que le pagaría al llegar a casa. No desconfiaría de un viejo y menos viendo su aspecto agotado pero pulcro. Con esa intención seguí caminando hasta un cruce donde el tráfico era más regular. Esperé casi un cuarto de hora hasta que apareció el primer taxista. Antes de abordar el vehículo me quité el sombrero respetuosamente. Inclinandome desde el bordillo de la acera, le expuse al conductor mi situación. Apenas había acabado de hacerlo cuando me pidió que me apartase de la ventanilla. Con un gesto de fastidio retomó la marcha acelerando. «Cada vez hay más vicio en este puto barrio», le oí rezongar. Volví a cubrirme la cabeza antes de seguir andando.

Desde hacía un rato, notaba una ansiedad en el estómago que más que una certificación de hambre era un recordatorio de desorden que afectaba a la costumbre traicionada de comer todos los días a la misma hora. A mi espalda, el sol prolongaba mi propia sombra por delante de los pasos como si se adelantara a mi voluntad por llegar primero a alguna parte. Me entretuve unos metros en perseguirla, ciegamente concentrado en su avance, en la superación de las periódicas metas que se me figuraban las divisiones alineadas del asfalto. En plena carrera contra mi sombra, se me unió otra y antes de que reparara en el aspecto del perseguidor que se confundía conmigo, noté que

me aferraban por detrás y me empujaban hacia la persiana bajada de un establecimiento. La chapa resonó estrepitosamente con el golpe. Sentí un dolor agudo en el hombro y cuando pude volverme, aún aturdido por el choque y la inexplicable situación que me condenaba a ser bruscamente maltratado, hallé frente a mí a un individuo de mala catadura que no cedía en su lenguaje urgente, en su vigilancia nerviosa de la acera y en sus gestos de amenaza, acentuados por el brillo de una navaja que apareció y desapareció de mi vista en un aspaviento veloz. Luego se impuso sobre lo demás la reclamación precipitada de varias de mis pertenencias y el virtuosismo soez del discurso que las exigía fieramente y a media voz, aun cuando no se veía a nadie ante quien conviniera disimular la alevosía.

Parecerá una insensatez –o quizá no fui en la ocasión más que un hombre leal a sus vehemencias– pero sentí que el sobresalto del atraco claudicaba pronto ante el escándalo de aquel lenguaje atosigante y lleno de vulgaridades que me tildaba de mamón, de maricón, de puto viejo de mierda al que iban a meterle la navaja por el culo si no se daba prisa en aflojar la cartera. De forma repentina me vi embriagado por un afán de desafío, qué sé yo si hasta por cierta aspiración de catástrofe, y le pedí a mi asaltante que moderase su lengua, que respetara mi edad, y ya puesto, que me dejase ir libremente porque nada llevaba encima de valor.

No sé si habrá habido nunca letras más desconcertantes contra las armas que aquellas que yo dije con toda la serena elocuencia de la que fui capaz. El caso es que mi asaltante se rindió a la palabra como quien cede ante las virtudes de un ensalmo. Y yo, viendo que bajaba la guardia y que entraba en una suerte de introspección pasmada, como si rumiase mis amonestaciones, empecé a alejarme después de un ligero ejercicio del hombro golpeado que me permitió comprobar su condición solo dolorida.

Mas duró poco mi decorosa oportunidad, porque no había dado cuatro pasos completos cuando a mi espalda surgieron las objeciones. La primera, una discreta muestra de incrédulo asombro pronunciado entre dientes: «qué jodido»; la segunda, ya francamente hostil, volvió al lenguaje belicoso y a la amenaza inminente si no me detenía.

Seguí adelante como si nada me aconsejara evitarlo. Hasta enderecé la espalda en un gesto de garbosa gentileza que hubo de ser mal entendido, porque no tardaron en llover sobre mí golpes mezclados con insultos. Caído por tierra, me vi expuesto a un registro nervioso que extrajo de un bolsillo la

cartera. Hallarla vacía fue una calamidad que me valió nuevos azotes de la lengua de quien me perseguía y juramentos indescifrables, todos ellos pronunciados sin desatender la labor complementaria de arrancarme el reloj, de manosearme las ropas, de abofetearme con desgana, de dar con el cuaderno en aquel registro febril y de abrirlo al azar para leer dificultosamente: *lencería bizantina para sexagenarias. Ocasión*. En la voz de aquel palurdo, el apunte sonaba verdaderamente soez. «¿Será guarro el viejo?», fue lo último que le oí decir con claridad, como si le superase el escándalo de una anotación que dudo mucho que pudiera comprender. La interpretó a su manera, entre dientes. «Y encima putero». Le vi erguirse y separarse un paso sin soltar el cuaderno. Luego noté un golpe terrible a la altura del estómago que me hizo perder el conocimiento.

19

Siempre es extraño despertar. Vuelve uno de la inconsciencia al extravío sin tiempo de reponerse.

—¿Cómo estamos?

Abrí los ojos y me vi tendido sobre un costado, sin ropa de abrigo. Un hormigueo de gente se percibía a mi espalda mezclado con un ajeteo de idas y venidas que lo contagiaban todo en medio de una atmósfera artificial, intensamente amarilla. Cuchicheos sostenidos y alguna voz más alta por encima, reclamando un nombre propio, prolongaban la inercia de la alucinación. Noté calor. Tenía sed.

—¿Cómo estamos? —volví a escuchar.

Sobre mi hombro se había apoyado una mano y la misma voz que preguntaba presionó para que me volviese. Encontré el rostro de una joven que sonreía sujetando un portafolios contra el pecho. Iba en manga corta.

—Menuda siesta nos hemos echado, ¿eh?

Yo la miraba sin comprender, incapaz de decir algo. Lo más que se me ocurría pasaba por preguntarle quién era ella. O dónde estaba yo.

—¿Qué tal está?

Intenté incorporarme y me lo impidió.

—Cierre los ojos otro poco y espérese aquí, que en seguida vuelve el médico a reconocerle. ¿No se acuerda de lo que pasó?

Cerré los ojos, abrumado por la pregunta. La oí alejarse y volví a abrirlos. Al momento me llegó su voz, al otro lado de una puerta o de un tabique: «Acaba de despertarse el señor del asalto». Miré al techo, donde una de las luces fluorescentes parpadeaba esparciendo una inquietud general. Había una mesa estrecha con cajas de medicamentos y algunas vendas encima al lado de la pared que yo veía. Me volví. Colgado en un perchero, junto a la puerta de la pequeña sala donde yo permanecía tumbado sobre una camilla, reconocí mi abrigo. El sombrero coronaba la percha. Bajo una silla cercana estaban los zapatos. Alguien los había alineado con esmero. El bastón reposaba sobre el asiento, al lado de la bufanda cuidadosamente doblada y de las gafas. Aquella atención ajena al buen orden de mis cosas me produjo un penoso efecto de desvalimiento y volví a cerrar los ojos.

Me habían asaltado, sí. Era capaz de recordarlo. Por encima de la notificación de la enfermera volvió a mi memoria la lengua ultrajante de mi atacante que ahora, en aquel reparo aséptico de la habitación, me parecía aún más inaceptable. Su voz se imponía como uno de esos sueños cuya falacia solo puede reconocerse en un exceso de verismo. Pensé que debía anotar este razonamiento. Me llevé la mano al pecho para sacar el cuaderno y en ese instante, todo vaciló.

Me incorporé sobre la camilla sin precaución alguna. Ningún dolor me salió al encuentro. Allí solo contaba la angustia que me invadía dificultándome la respiración. Enredado en los improperios de mi atacante había llegado también el recuerdo de sus manos sujetando la libreta, leyendo con torpeza en su interior. Salté de la camilla al suelo. El movimiento me repercutió en el estómago y caminé encogido hasta el perchero. Registré con angustia todos los bolsillos del abrigo. Me latían las sienes. Noté que me mareaba y detuve un momento la labor hasta que recuperé el tono. Con más calma reemprendí la inspección metódica de la prenda. Solo apareció un pañuelo y tras una prospección en las honduras más esquivas de la tela, el resguardo doblado de Correos. Me vi sorprendido también por el hallazgo de otro caramelo. Lo miré con incredulidad, como si nunca me hubiera pertenecido o alguien lo hubiera dejado allí mientras dormía. Nada más.

Recuperé las gafas, que tenían deformada la montura y no me asentaban bien sobre la nariz. Con la esperanza de que esa novedad, que me desfiguraba la visión, produjera otras mudanzas, volví a registrar el abrigo. El cuaderno siguió sin aparecer. Me senté sobre la silla que había junto al perchero.

Aplasté la bufanda y rodó el bastón al suelo. Ahora me asaltaron juntos los dolores que no habían acudido cuando me incorporé: las costillas, un hombro, la nalga izquierda. Volvió a asediarme la sed. Me removí en la silla y agaché la cabeza, completamente abatido. Vi que por un agujero del calcetín sobresalía el dedo gordo de un pie como un gusano muy pálido. Tal vez llorar me habría servido de consuelo pero lo cierto es que me sentía tan despojado de todo signo de vitalidad que ni siquiera las lágrimas acudían a dar una prueba de nervio o de desesperación.

La puerta a medio cerrar de aquella sala seguía dejando paso a los rumores confusos. A veces llegaba un eco de voces que parecían airadas. Un servicio de megafonía reclamaba de vez en cuando a los familiares de alguien. Vi pasar a una mujer mayor con el brazo escayolado y después a un hombre con un batín al que acompañaba otra persona en su deambular precario. Al cabo, apareció un chiquillo, un gitano, que se detuvo en el mismo umbral de la puerta. Tuvimos una breve conversación.

–Estás descalzo –advirtió.

–Me ha dicho una enfermera que me quite los zapatos porque vendrá el médico enseguida a ponerles la anestesia. Los tienen que operar.

El niño me miró en silencio, sin aparente asombro por mi explicación.

–Se te ve un dedo.

–Por eso tienen que operarme los zapatos, para que el dedo pueda asomarse a respirar. Al calcetín ya lo operaron. No me dolió nada.

Volvió a mirarme de arriba abajo, con naturalidad.

–Mi hermano pequeño se ha cortado con una botella. Tienen que coserle el dedo para que no le quede colgando de la mano –dijo antes de desaparecer.

Algo en aquel breve intercambio, absurdo y siniestro, me acució. Sentí una prisa insensata por salir de allí. Empecé a calzarme. Me costó anudar los cordones sin que se resintieran las costillas. Tuve que sujetarme las gafas para que no se estrellaran contra el suelo. Me puse el abrigo procurando evitar nuevos dolores en la espalda. Me pareció que la tela se había cargado de un peso misterioso durante su estancia en la percha. Supersticiosamente palpé el bolsillo interior por si había aparecido el cuaderno. La única novedad con respecto a la última exploración fue descubrir que el abrigo tenía una mancha grasienta que ocupaba casi todo un costado. Recogí la bufanda, el sombrero y el bastón. Había regresado el dolor de estómago pero no era tan lacerante como para impedirme caminar erguido.

Con una resolución algo afectada salí al pasillo y empecé a andar. Me crucé con toda suerte de paseantes: enfermos, familiares, un celador que empujaba a una anciana sobre una silla de ruedas. En lo alto de una pared un reloj marcaba las siete menos diez. Seguí avanzando con un arrojo impropio de la ignorancia de mi rumbo. Acaso confiar únicamente en la inercia del progreso me puso a la vista un cartel con la indicación de salida. Distinguí la puerta y cerca de ella al gitanillo, entregado en compañía de otros familiares a la tarea de arrinconar, entre ajeteo de manos y voces atropelladas, a dos policías que intentaban poner orden en los testimonios sobre el accidente del hermano. Vi salir a un hombre de una puerta ajustándose los pantalones y distinguí un lavabo a su espalda. Corregí el trayecto y entré a beber. Me salpiqué la cara pero evité mirarme en el espejo mientras me secaba con la bufanda. Regresé al pasillo. Enfermeras pálidas, vestidas de blanco, transcurrían por aquel ámbito, que yo juzgaba ya encantado, como disimulando su vigilancia.

Pasé ante la ventanilla de recepción, donde una empleada hablaba por teléfono y tomaba notas. Nadie me detenía y nadie parecía verme. Y por fin, aún sorprendido por la facilidad de aquella extraña aventura, que las gafas torcidas aún contribuían a enrarecer más, crucé sin que nadie me echara el alto la puerta que me devolvió a la calle.

Noté en la cara un viento helado. Aquel soplo espantó el aire de hechizo que se respiraba dentro del hospital. Pensé que tan solo unas horas antes yo había cruzado esa misma puerta batiente sin que nadie pudiera dar razón de quién era, sin un documento encima que me asignara un nombre y una edad, un lugar de origen en este mundo. Una sensación de inconcreta desdicha se apoderó de mí.

Atravesé un aparcamiento y bordeé un lateral del edificio antes de dar con una avenida iluminada. Por encima de mi cabeza, la repetición de los motivos luminosos parecía alargar la calle hasta perderla en una noche muy lejana. Solo bajo el influjo de las luces de neón advertí que había anochecido. Caminé como si fuera paciente de un encantamiento avivado por la senda aérea de las luminarias. El estómago volvió a castigarme con una punzada y busqué el apoyo de una acacia para reponerme. Protestaron las costillas al contacto con el árbol y eché de nuevo a andar. Tenía la impresión de que el frío intenso del día había desaparecido, si no era la moledura del cuerpo lo que me provocaba un engañoso efecto de ardor. Pensé que acaso se había

cumplido el imprevisto destino de la jornada: ser un cuerpo desarmado, desposeído de su propio afán, una memoria vacilante confiada a las hojas de un cuaderno que ahora no era más que un objeto perdido en algún lugar indescifrable de la ciudad.

Por puro hábito metí las manos en el bolsillo del abrigo. Allí tropezaron con un caramelo. Lo levanté a la altura de los ojos buscando una prueba definitiva de que aquel objeto no era una ilusión. Corregí como pude la montura de las gafas para enfocararlo bien de cerca. El envoltorio replicó el parpadeo de las luces navideñas que colgaban sobre la avenida. Fascinado por aquella verbena inesperada que cabía en el cuenco de mi mano, prolongué la fiesta: pelé el caramelo y expuse su alma cristalina al juego cambiante de los brillos del neón. Sobre mi palma abierta, aquella chuchería fue capaz de comprender en su ridículo tamaño los fulgores fingidos de toda la bóveda celestial. Ávido de prodigios, no lo pensé más: me llevé el caramelo a la boca como quien se regala un bálsamo venido milagrosamente a cautivar todos los pesares que dejan la soledad y la carne dolorida.

«Vivimos como soñamos..., solos».

Recordé esta frase mientras deambulaba sin rumbo pero no supe de dónde procedía. Tal vez la había leído en el cuaderno unas horas antes, cuando creí reconocer entre sus hojas fragmentos escritos de algo ya vivido cuyos pormenores no lograba descifrar. Absorto en mis cavilaciones, veía pasar a la gente y pensaba que solo yo era dueño de valiosos secretos, por más que anodinos y extravagantes en su enunciado: de la existencia de un diablo guiñador; del ingreso en el mundo de un perro imaginado y de la premonición de un guisante que acaba en el pico de un pájaro. Como un predicador loco, me figuré aireando estas noticias en medio de un desconcierto unánime. Me bastó imaginar a Mercedes entre los oyentes para temer que nada había en tales sucesos tan disparatado que no pudiera explicarse de modo más cabal.

Mercedes. Cuando todo parece entregado al desvarío, surge la ínsula firmísima de un carácter estable que conjura el caos. Y entendía yo también que bajo esa misma bandera de la normalidad iba insinuándose en mi ánimo

un propósito nuevo que ya no tenía que ver con el designio primero del día. Miré el reloj. Faltaba una hora escasa para que cerraran la oficina de Correos y mi resguardo seguía en el bolsillo, reclamando su razón, pero, bajo la noche iluminada de neones, mi voluntad empezaba a alumbrar otros derroteros: los brazos, no siempre hospitalarios, mas familiares al cabo, de Mercedes. Quién sabe, me dije quizá por disimular el fracaso de la aventura emprendida de mañana, si no estará aguardándome una empresa mayor cuando alumbre el nuevo día, tras una noche de reposo. Pero antes, convine en medio de la marea de gente que empezaba a adueñarse de las calles, era preciso culminar esta andanza. Debía poner remate a la jornada acertando con el camino de regreso a casa. Me vi llamando a la puerta e imaginé a Mercedes abriéndola, parándose en el umbral para mirarme de arriba abajo. Allí firme, cruzaría los brazos antes de hablar.

«—¿Pero se puede saber dónde te metes?

»—Fui a Correos.

»—¿Todo el día?

»—...

Me supe sin respuesta y pensando en cómo cerrar el diálogo de manera más benigna me entregué a otra imaginación, la del abrazo silencioso que no pide explicaciones, recién traspasada la puerta. Busqué el bolígrafo y palpé el bolsillo en busca de la libreta donde afirmar esa insegura esperanza. Era como si escribirla hiciese real su posibilidad. Pero me estrellé contra mi condición, apenas olvidada, de hombre sin asideros contra el caos. Volver a la realidad sin tener manera de anotarla me produjo un sentimiento tal de desamparo que hube de buscar apoyo en una fachada vecina. Un nuevo pinchazo en el estómago me obligó a encogerme para aliviar el dolor. Detenido en esa postura reparé en un mendigo que, puesto de rodillas, pedía unos metros más allá. Estaba de espaldas al público, que pasaba indiferente junto a él. No había una sola moneda en el platillo dispuesto ante sus pies. El hombre llevaba colgado un cartel que yo no alcanzaba a leer desde mi posición. Su estampa, de cara a la pared con la cabeza agachada, me recordó la figura de un colegial al que hubieran castigado a ignorar el mundo que bullía a sus espaldas. Él, de rodillas contra la pared, y yo, encogido y apoyado en ella, debíamos de ofrecer a quien mirase cierta idea de precaria hermandad.

Me acerqué hasta que pude leer el cartel. «Pido para mejorar». Repasé

la leyenda varias veces, quizá la murmuré procurando que la reiteración de las palabras hiciera más preciso el sentido de aquella demanda. Quise darle algo y lo único que acabé ofreciéndole fue una disculpa por no tener nada. «Me robaron...», balbucí.

–Si lo único que va a darme es conversación, váyase. No tengo ganas de hablar.

El desaire del mendigo reavivó en mí el presentimiento de un encuentro enojoso con Mercedes, juez severo ante las explicaciones poco convincentes. Para paliarlo lo mejor era no tener que darlas. Lo cierto es que todo lo que explicaba el día estaba en un cuaderno perdido. Sin esa luz de los apuntes que habían ido dejando testimonio de mi extravío –por no decir que habían procurado ordenarlo, como una prevención contra el descrédito–, el recuento de mis horas de ausencia me abrumaba. Me vi agotado combatiendo el escepticismo de Mercedes, oponiendo a su racionalidad mi alucinación. Nada, me dije, como callar.

Caminé de nuevo y la congoja fue creciendo a cada paso. Recordaba a Mercedes, a Mercedes joven. Porque hubo un tiempo, cómo olvidarlo, en el que también ella fue parte de la vida imprevisible. Hasta que todo lo invadió la enfermedad para hundirla en depresiones y tratamientos que primero parecieron comprometerle los sentidos y después empeñar toda su voluntad en seguir una nueva vida lo menos parecida posible a la anterior. «La recuperación de la enferma –prescribió el doctor Mosquera con su voz de grillo– se llama estabilidad. Olvídense de viajes, de sorpresas, de negligencias. Por encima de todo, cálculo y prevención».

Como en todo lo irreparable, aún reconozco el instante preciso de su precipitación. Mercedes se limpiaba los labios tras un sorbo de vino. La vi llevarse una mano a la frente, la sombra de un gesto de cansancio. Frunció el ceño y con una expresión que parecía de extrañeza me miró antes de cerrar los ojos. Después se derrumbó.

Casi un año de tiniebla y drogas por goteo acabaron con la vida previa de Mercedes: su frivolidad espontánea y elegante, sus palabras irónicas, su inteligencia clara y abierta a fantasías, sus decisiones inesperadas. En Mercedes solo persistió, por encima de cualquier otra fiebre al despertar, la de guardarse de toda amenaza contra la salud nuevamente recobrada. Volvió al mundo distinta de como se había ido y yo apenas la reconocí en un sesgo irónico de la boca al saludarme, en el que quise evocar la pervivencia de su

antiguo sentido del humor, siempre en guardia. Sus primeras palabras parecieron confirmarlo, porque las dedicó a lamentar la elección del pijama que llevaba puesto. Pero, en aquella censura, lejos de afirmarse viejos restos de una desenfadada coquetería, lo que triunfó fue un severo sentido del decoro, desconocido en ella: juzgaba excesivo el escote.

A veces malicio de la medicación que el doctor Mosquera le lleva administrando desde el desmayo. En sus pócimas ha de estar el origen del encantamiento que tiene presa a Mercedes. Duerme inmóvil boca arriba, como quien previene las delicias del sueño que nos invade en postura más indolente, y en la vigilia cumple con estrictísimos compromisos que ponen al orden como centro y a las formas como necesidad. Encierro y horarios regulares, dietas metódicas, pastillas en la comida, el desayuno y la cena, lecturas más piadosas que alegres, rutinas que adormecen el tiempo y pocas palabras para prevenir los riesgos de una existencia expuesta a las tentaciones del azar, a las veleidades del desorden, a los peligros del ruido y la furia que alientan fuera de la fortaleza doméstica. La vida detenida —y quién sabe si los ungüentos del doctor Mosquera— conservan a Mercedes pálida y distante en su atalaya, sorda a los rumores del mundo, invulnerable a las heridas del amor que en cambio consume la espera de los espíritus ya solo encomendados a una mudanza del destino. Si un sueño me la arrebató tal vez otro me la devuelva, me digo muchas veces, viéndola cortar con severa aplicación tiras de lechuga exactamente iguales para la ensalada, o recomponer, con la expresión ensimismada, los secretos desórdenes que solo ella sabe percibir en un alfiletero.

En tales contingencias me refugio por no renunciar a la esperanza de verme también yo atendido, siquiera discretamente, en alguno de los apasionados recogimientos de Mercedes. Ahora, mientras vuelvo a caminar sin rumbo claro, me la figuro apartando un visillo para contemplar desde la ventana las sendas inquietantes que se extienden calle abajo. Y acaso —me concedo—, avanzada la noche, levante ella la vista un momento y suspire al descubrir el paso dolorido del andante que regresa de muy lejos con el espíritu templado en mil renunciaciones.

Perdido en esas melancolías y con el estómago algo más compuesto, me fui dejando envolver por el gentío que ya llenaba la acera. Antes de disiparme del todo entre la multitud, volví los ojos al mendigo, que seguía sin recibir limosna, inmóvil frente al mundo, con su divisa a la espalda: «Pido para

mejorar». Tanteé otra vez el bolsillo. De no haberme faltado el cuaderno, habría anotado la frase que me volvía a visitar: «vivimos como soñamos..., solos».

21

«Bajo el falso cielo de neón, Serafín avanzó entre los demás caminantes abandonado a la inercia de los pasos que lo rodeaban. Las gafas torcidas deformaban todo lo que cabía en su cristal y le daban a su avance un aire de perplejidad concentrada. De las calles laterales llegaba más gente y se iba espesando la muchedumbre en las aceras hasta convertir el progreso común en una suerte de caudal denso y bullicioso. Provocando algún tropiezo, logró apartarse hacia uno de los bordes de aquella espesura y aprovechando el resquicio que quedaba entre la multitud y las fachadas, halló un pasillo más despejado por el que progresar con desahogo. Durante unos metros le distrajeran los escaparates con su derroche de objetos variopintos, exaltados por la luz; luego se detuvo a oír el acordeón de un músico callejero y de la caricia de las notas pasó, poco más allá, al silencio vertiginoso de un malabarista. Los aplausos que sucedieron a su ejercicio y la súbita dispersión del corro de gente que se había reunido en torno a él, dejó a Serafín inesperadamente solo y expuesto a la vacilación del rumbo que debía seguir para volver a casa. De repente, hacía calor».

Yo persistía en dictarme palabras por más que careciera de un papel a mano donde anotarlas. La noche recién venida no cesaba de traerme impresiones de las que cabía dudar, signos que pedían su razón y su memoria para alzarse, si fuera preciso alguna vez, contra las intrigas de la realidad.

De nuevo inserto en el curso de la muchedumbre, entre una legión de pasos que parecían concertados en cumplir un mismo destino, me sentí parte de un peregrinaje colectivo, absorto en su propio avance hacia no se sabía dónde pero lleno de confianza por llegar. Y pensé que aquella humanidad en tránsito, observada desde una distancia que hiciera minúsculo el reguero de caminantes alumbrados por la luz de los escaparates y el brillo de los neones abriendo sendas en la altura, no habría de ser muy distinto al espectáculo que se figuran los constructores de belenes con su ilusión de casas encendidas, ríos de plata y caminos bullentes.

La ciudad desolada bajo el sol se había convertido al amparo de las estrellas en un escenario ardoroso, aturdido en su hormigueo de conversaciones y reclamos que todo lo invadían. O así la sentía yo. De vez en cuando, aquel murmullo uniforme se alteraba con el timbre disonante de una risa, o con el sonido de un instrumento que estallaba en una nota que al languidecer traspasaba la noche. A mí me parecía que aquel gran follón bajo las constelaciones era el ámbito propicio para convocar el milagro. Y el milagro ocurrió. Fue un prodigio humilde y, como todas las victorias de esa condición, apenas sucedió a ras de suelo: en medio del gentío que saturaba la calle con su viscoso avance, marchando a pocos metros por delante de mí, felizmente intacto entre la maraña de pasos, carrerillas, tropiezos y zancadas, reconocí a mi perro.

Seguía él la marcha general, un cuerpo más en la marea espesa, pero con un trote tan desahogado y ligero que se hacía difícil de alcanzar. Me vi braceando entre la multitud, como en esos sueños en los que uno quiere apresurarse sin éxito. El forcejeo me dejaba exhausto pero logré adelantar camino sin perder de vista al perro. Lamenté que no se me hubiera ocurrido un nombre con el que sujetarlo. Disculpándome por cada codazo, repartiendo pisotones y recibiendo alguno que otro también, seguí abriéndome camino hasta desembocar, cada vez más cerca de dar alcance al perro, en una plaza igualmente abarrotada. Al fondo distinguí un escenario iluminado. Sobre él se sentaba un hombre ante lo que parecía un escritorio, o al menos una mesa, que le servía de apoyo en alguna tarea que le llevaba a inclinarse sobre ella. Le vi hacer un gesto hacia la concurrencia más inmediata al escenario y al momento apareció un niño junto a él.

De nuevo atendí al perro, justo a tiempo de verlo escabullirse hacia un lateral de la plaza. Lo seguí como pude, con la aprensión de perderlo de vista periódicamente entre la selva de piernas que él seguía atravesando sin esfuerzo. En esa persecución me fui acercando poco a poco al escenario, hasta que llegó un momento en que la resistencia del público a ceder el menor resquicio me impidió avanzar más. Miré ansiosamente alrededor. Dos filas por delante de mí, vi al perro reaparecer junto al estrado y subir resueltamente por una escalerilla lateral hasta sentarse a los pies del hombre que, en ese momento, bisbiseaba con un niño. La irrupción del animal interrumpió aquellas confidencias y acaso inspiró una formalidad en la ceremonia que no estaba prevista. Poniéndose de pie y ajustándose la

chaquetilla que lo uniformaba, el hombre se caló una gorra y así, debidamente cubierto, se inclinó para acariciar la cabeza del perro y recibirle con unas fiestas algo teatrales que fueron celebradas con aplausos, fotografías y risas por el público.

Miré pasmado la escena ajustándome las gafas, que volvían a descolgarse nariz abajo, para no dudar de lo que creía ver: la gorra que aquel individuo acababa de llevarse a la cabeza lo había transformado ante mis ojos en un cartero todavía en horas de servicio.

22

Pronto comprendí. Lo que allí se desenvolvía para el goce de grandes y pequeños era la cordial disposición del mensajero de sus majestades de Oriente haciendo su oficio. Adelantado a sus señores, el emisario recogía cartas, admitía encargos al dictado que apuntaba él mismo en unas hojas rematadas al pie con un sello de lacre y aún tenía tiempo de dar la bienvenida a un perro. Como si todo aquello fuera poco, ponía en cada movimiento la deseable compostura que corresponde al representante de un ilustre imperio de adivinos. Con algún remitente afortunado que se llegaba hasta él, a veces vacilante y de la mano de un adulto, mantenía el cartero una breve conversación cuyo fin se sellaba con la entrega de un puñado de caramelos. Lo que se dijese en aquellas audiencias públicas y algo apresuradas quedaría al recaudo exclusivo de la memoria infantil, porque el bullicio dominante entre el público resultaba ser el mejor aval, si no de la cortesía, al menos del secreto que se debe a todo coloquio entre un emisario de los tres reinantes de Arabia y un niño que sale a su encuentro.

Y así, sin variaciones ni sobresaltos, en medio de un alboroto estable, transcurrían las embajadas hasta que el perro irrumpió en escena. Y, por lo visto, su ascenso al estrado inspiró al cartero una alteración en sus ceremonias: valiéndose de un micrófono hasta entonces desechado, empezó a interrogar al animal ante los reunidos, que, por primera vez, guardaron silencio para atender a lo que se decía. Aquel perro allí presente —se preguntaba el cartero—, ¿le pedía un hueso a Gaspar?, ¿un collar a Melchor?, ¿tal vez un cojín mullido a Baltasar? Solo entonces llegó el remate del interrogatorio retórico. Encarando al público y aun alzando la voz ya

amplificada por el micrófono, el cartero se preguntó: ¿no sería mejor que este perro reclamara un amo que lo llevase siempre bien sujeto y no lo abandonara a su suerte en una ciudad atestada?

Me sentí aludido en medio del murmullo general. Me pareció incluso que el cartero me miraba a mí, distinto entre la multitud. Forcejeé para abrirme camino y logré, por fin, llegar a la primera fila. Allí me cerraba el paso un gigante gordo y su hueste familiar de seis criaturas. Devorando dichosamente nubes de algodón, ofrecían una resistencia pasiva que frustraba cualquier avance. A veces entre aquellos estorbos pringosos hice valer mi condición de dueño del perro para que se abriera un claro por el que me colé. Fue así como pude, más o menos indemne, alcanzar las escalerillas del estrado y subir hasta su cima, donde me reuní, triunfante y sofocado, con el perro y el cartero.

Aunque la confusión me dominaba, ya intuí entonces que habría de escribir «perjuicio» o alguna de sus correspondencias para hacer justicia, tan pronto como pudiera, a la relación del suceso que me tenía allí subido, en lo alto de una tarima donde la incredulidad y el estupor se daban cita. «Mas en buena hora ascendió Serafín a aquel cadalso –procuré animarme– sobre el que compartió suelo con un cartero de los tres Magos de Oriente y con un can no menos prodigioso, parido por su propia imaginación unas horas antes, al abrigo de un bar. Y cadalso valdrá decir, porque allí fue Serafín examinado de conciencia y sometido a interrogatorio en plaza pública antes de que se le permitiera apearse del estrado para seguir su camino». Esas cuentas más o menos iba yo adelantando. Y a todo ello, cada vez más animoso ante la expectación que veía en torno, me pareció que no había de ser mucho atrevimiento añadir que, vacilante sobre una efímera tarima, nunca diera nadie razones tan copiosas ni tan bien correspondidas por el general interés del público que las escuchaba, como las que acabé ofreciendo yo.

En honor a la verdad, lo único que se demandó de mí fue la justificación de la presencia del perro en el estrado sin ir de la mano de su dueño. El caso es que pronto el sofoco del ánimo dio paso al recreo de la voz apenas iniciado el cuento de las calamidades del día, viéndome como me vi tan bien escuchado por la multitud. Todos los posibles desmayos de mi exposición hallaron donde disiparse al amparo de una curiosidad colectiva que se resolvía en impacientes reclamaciones de silencio cada vez que una voz surgida aquí o allá, en el espacio de la plaza, amenazaba con estorbar el buen

entendimiento de la mía, que poco a poco iba ganando en firmeza para detenerse en lo absurdo de la jornada, en su capricho y su complejidad como causas necesarias que justificaban la presencia de aquel perro suelto a aquella hora sobre el estrado que regía el cartero de Oriente. Y de tal suerte fue afianzándose mi discurso dispuesto a admitir como única explicación de aquella anomalía las muchas que había ido topándome desde la mañana, que me atreví a compartir la sospecha con un público ya entregado a mi elocuencia. La sospecha de que mi camino accidentado a la oficina de Correos, adonde no había logrado llegar, estuviera ya previsto en algún estatuto del mundo nacido solo para certificar que los desórdenes continuos son parte del propio orden natural, que los consiente, y que todos los estorbos padecidos en mi salida fuesen necesarios para apartarme de la meta pretendida a fin de saldar las cuentas previstas en ese riguroso orden superior que, al cabo, me había traído hasta donde ahora estaba, y me tenía allí de pie, dando unas explicaciones que el cartero, con un gesto acaso también prevenido en el mismo mandamiento inexcusable, tuvo a bien interrumpir con la exigencia de que le mostrara el resguardo de Correos, aquel fragmento de papel hallado la víspera sobre la mesa de mi estudio, el cual había desencadenado todos los sucesos del día y todas las aparentes treguas de la vicisitud.

Saqué el resguardo y en medio del silencio que se había creado alrededor, se lo ofrecí vacilante a aquel funcionario que lo consultó con calma. Luego miró su reloj.

—Las ocho menos cinco —informó a través del micrófono. Después se volvió hacia mí con expresión resuelta para decir—: llega usted en hora pero no en día.

Hubo un murmullo de desconcierto general entre la multitud. Yo recibí el dictamen inexplicable sin capacidad de expresar nada.

—Este aviso tiene más de un año —aclaró el cartero ante mi falta de reacción—. Mire la fecha usted mismo —y me devolvió el resguardo.

Era cierto. Pero antes de que yo pudiese siquiera encontrarle una explicación a mi descuido, noté que el perro, que en todo momento había mantenido una postura sedentaria de animal desentendido del mundo, se incorporaba con cierta diligencia y comenzaba a descender las escalerillas para alejarse tranquilamente. Brotó una suerte de clamor entre el público, una exaltada conminación a detener al perro o a apurarme a mí para que lo

alcanzara. Iba a hacerlo cuando me retuvo el cartero por una manga.

—No se vaya sin su paquete —dijo tendiéndome un pequeño envoltorio que sacó no sé bien si del bolsillo o de algún pliegue del aire, tan inesperadamente apareció en sus manos—. Mis señores de Oriente nunca descuidan una entrega, por mucho que se retrase el destinatario en reclamarla.

Me apresuré hacia las escaleras con el bulto en la mano, apremiado por seguir al perro antes de que se perdiera de vista por un arco de la plaza, detrás del estrado que habíamos compartido. El cartero volvió a detenerme para reclamar el resguardo. Se lo di, o mejor debiera decir que se lo arrojé, sin apenas volverme hacia él por no perder pie en las escaleras. Ya en suelo más firme, inicié una carrerilla obstinada tras el perro. A mi espalda, la gente aplaudía con un entusiasmo sincero.

23

Éramos de nuevo el perro y yo, unidos como el jinete y su montura en las novelas de antaño. Yo lo seguía y él me guiaba por un reguero de calles y escalinatas, de farolas y de sombras que nos fueron apartando del centro bullicioso de la ciudad. Acabamos deambulando solos por caminos que no sabría descifrar, caminos que parecían dictados por la fiebre: un callejón en cuesta desembocaba en un puente cuyo extremo se remataba en un arco que servía de paso a través de una fachada de la que se salía, tras cruzar un portal y bajar unas escaleras, a una minúscula plaza con un caño. De allí, una costanilla sinuosa daba paso a ramificaciones sucesivas, siempre angostas, que volvían a desvanecer cualquier sentido de la orientación y a multiplicar los rumbos posibles hacia ninguna parte. Pero el perro no vacilaba. Siempre delante, volvía de vez en cuando la cabeza, solo un poco, como si me mirase de reojo, sin aflojar el trote. Aún no me explico cómo fui capaz de aguantar su paso alegre por aquella hijuela de pasadizos y callejas. Parecía que la noche no trajera otro afán que el de estar en movimiento.

Después de un rato de peregrinaje reparé en que había perdido las gafas. Y con ellas desaparecidas, habían ido también a disiparse los duelos del estómago. Pensé que quizá deambular casi a oscuras detrás de un perro sin saber a dónde, fuera el mejor remedio contra las debilidades del hambre y de la vista. Porque yo veía, o al menos confiaba, como harán los ciegos que se

dejan guiar por otros ojos. También habían pasado los dolores del cuerpo apaleado, y en una suerte de desprendimiento de todo lo inmediato, eché en el olvido las vacilaciones propias de un extravío que postergaba constantemente la hora de volver a casa. Lo cierto es que mi empeño mayor, si no el único, era seguir a aquel perro milagroso por donde él quisiera llevarme. ¿Diré que corría a su rabo como si persiguiera un sueño? Viéndolo trotar delante yo sentía que sus pasos iban levantando otra ciudad. Juntos la recorriamos, él con rumbo seguro y yo casi a tientas, intuyendo que se urdía un prodigio al avanzar que iba haciéndonos parte de su trama. Y si hija de la maravilla me había resultado la incorporación del perro al mundo, no había de ser menor, me prometía, la deuda con el portentoso que quizá ya me esperase a la vuelta del siguiente enredo de tapias y casas cuarteadas.

Dejábamos un soportal para desembocar en una breve corredera cuando el perro, apenas doblada la esquina que remataba aquel pasaje, se detuvo. Lo hizo con tal brusquedad que casi tropecé con él y, por esquivarlo, acabé trastabillando en el círculo de luz que publicaba una farola. Al fondo, donde el fulgor moribundo del farol anunciaba otro callejón, se adivinaba una puerta cerrada que negaba todos los caminos.

Me contrarió comprender que una barrera inesperada ponía fin a nuestro avance, si no era a la ilusión de que avanzábamos. Salí del charco de luz y me adentré en las primeras sombras del callejón. Yo quería que la puerta adivinada en su hondura fuera solo una quimera. Me acerqué hasta tocarla. Resultó real. Al menos, me alenté, tanto como había de serlo el laberinto de caminos confusamente recorridos hasta llegar a sus umbrales. Empujé primero y después tiré hacia mí sin que la puerta cediera a ningún lado. ¿Aquel era el término de nuestro viaje, un callejón sin salida? Las paredes desconchadas me invitaron a levantar los ojos, como quien busca un desahogo a sus prisiones. Enmarcado entre dos muros, el cielo era un río estrecho donde flotaban las estrellas. Nada les impedía seguir su curso como a mí. Me invadió el desánimo y busqué la compañía del perro saliendo del callejón. Seguía él inmóvil, ahora inscrito en el cerco amarillo de la farola, distinto de lo demás, como si esperase mi regreso en lo más radiante de la noche. Me acerqué hasta entrar en la misma luz que lo bañaba a él y, cuando tendía ya mi mano para acariciarlo, confortado por su sola presencia en aquella hora triste que ponía fin a las fatigas del día sin llegar a ningún sitio, la retiré como quien descubre un fuego repentino en el que estaba a punto de

quemarse.

No sé decir si lo que se me ofreció a la vista se avenía con algún presentimiento vagamente alumbrado en algún punto del camino que inicié de mañana. Lo que sé es que me asustó, porque aquel perro parado junto a mí, inmerso en la luz de la farola, no dejaba sombra alguna sobre el suelo. Solo la mía, que resultaba aún más notoria en ausencia de la suya, se declaraba en el círculo de luz. Denunciada en el mismo resplandor, triunfaba ante mis ojos la naturaleza insólita de aquella otra creación sin huella.

Retrocedí temblando hasta quedar fuera del ámbito luminoso de la farola. A cierta distancia contemplé al perro. También él me miraba. Me pareció incluso que se sonreía, como si quisiera sancionar con aquel gesto equívoco la certeza de una súbita revelación.

—¿No serás tú el diablo? —me atreví a murmurar.

Igual que si disimulara, el perro se afanó en rascarse las costillas entrecerrando los ojos.

Aún confundido retrocedí más, buscando las sombras del callejón. Me apoyé en una de sus paredes y dejé caer los brazos. La indolencia del animal, exaltada por la luz de la farola que ahora lo descubría seesteando, me contagió. Cerré los ojos. Deseé estar echado en mi cama, al lado de Mercedes. Añoré un destino sosegado como el suyo, un desmayo decisivo del que despertara distinto frente al mundo y no esta guardia continua contra él. Sin esa posibilidad inmediata, volvieron a asaltarme los dolores y el agotamiento. Volvió la vista a ser borrosa. Sentí un hambre atrasada, el hambre de todo el día que solo había hallado remedio a su exigencia en dos cafés y un caramelo. Metí la mano en el bolsillo. «Con el diablo a pocos metros —consentí— nada me costará encontrar otra golosina donde nunca las hubo». No hay mejor estado que el desfallecimiento para delirar, estoy seguro. Y en seguida me vi poniendo pruebas a la providencia con toda serenidad: «si le doy un caramelo al perro y se lo come, entonces es el diablo. Los diablos son golosos».

No hallé caramelo alguno. La exploración en las profundidades del abrigo rescató, en cambio, el paquete que me había entregado el cartero. Después de todo, era como si al fin hubiese llegado a Correos. A lo mejor no hacía falta siquiera entrar en detalles con Mercedes, me animé. «¿Pero dónde estabas?», «fui a Correos», «¿todo el día?», «tuve que rodear...». La presencia del paquete, discurrí, hacía verosímil lo demás que pudiera no ser cierto. Aquel pequeño bulto era la causa y la prueba de tantos sucesos

lamentables: primero, mi desorientación por una ciudad que no reconocía; después, el asalto que me había dejado maltrecho. Y entonces yo tendería las manos hacia Mercedes para que viera el envoltorio maltratado que ahora estaba sujetando, en la penumbra del callejón.

Lo desenvolví con deliberado descuido, fiel al argumento trágico de la disculpa que acababa de inventar. El papel de estraza protegía una cajita de madera en cuyo interior afloraba entre virutas un brillo de metal. Volqué lo encerrado sobre la palma de la mano. Libre de estorbos, latió en la sombra del callejón el pomo dorado de una puerta. Recordé otra vez el sueño en el que yo recorría una calle con un picaporte en la mano. Luego presentí que todas aquellas evocaciones eran reales, restos insurgentes de algún día de borrosa huella que habían pasado sin declaración. «¡El cuaderno!», lamenté a media voz. Sin él me sentía incapaz de sujetar la naturaleza extraña y fugitiva de cuanto estaba sucediendo. Oprimí el pomo con impaciencia y noté que me quemaba en las manos. Lo dejé caer, asustado. Rodó unos metros alejándose de mí. ¿Dudaré de mis oídos si digo que lo hacía dejando en su curso una nota de cristal tendida por el suelo? Con esa música, que fue languideciendo o haciéndose más lenta, la bola llegó hasta el círculo de luz en el que dormitaba el perro. Y el perro abrió un ojo a tiempo de ver al pomo detenerse en su carrera y cesar en su rumor junto al hocico.

Valga decir que dejó de rodar la bola y, por un instante, fue como si se parara el mundo. Solo el diablo y yo sabíamos de aquel encantamiento que sujetaba la noche y sus constelaciones en un temblor de llama, muy al fondo de la esfera. Y a solas nos entregamos los dos a contemplar la mudanza que empezó a animarse en su interior, reunidos en la órbita de una farola. Porque en aquel límite de la sombra y la luz quiso la bola vacilar e irse aclarando hasta traducir su entraña, que era una ciudad con sus caminos. Y tengo por muy seguro que, en medio de tantos rumbos como allí se concertaban, vi el mío, me vi saliendo de casa muy de mañana y perdiéndome después, llegando al pie de una fuente helada y adentrándome al poco por un claustro hechizado, del que salí como alma amenazada, o como alma en pena, hasta hallar sosiego en un café donde expuse un ardiente discurso y al cabo recibí

un discreto sermón, y así paso tras paso hasta completar el día, hasta llegar al cartero de Oriente y a mi precipitada salida de la plaza persiguiendo al perro por callejas desiertas que parecían creadas para desembocar en el círculo luminoso de una farola, en cuyo borde –seguía publicando el metal del pomo–, yo dejaba caer de las manos el propio espejo que me contenía, que rodaba con todos mis afanes por el suelo, que me reclamaba con su fulgor para que me acercase primero, y me inclinase después, a ver de cerca en sus honduras cuanto había sucedido y cuanto estaba por suceder, puesto de rodillas junto al perro, o junto al diablo, cabeza con cabeza, afirmados a la misma altura y participando de la misma visión.

Despacio, con delicadeza, recogí el pomo del suelo y con él entre las manos me fui poniendo en pie. Dentro, la ciudad seguía palpitando en su duermevela y nosotros la acechábamos parados en su margen. El perro me miraba ahora con una confianza desconocida. Yo contemplaba la bola con desasosiego. El metal devolvía el mismo gesto y sentí vértigo ante aquella multiplicación. Cerré los ojos y respiré despacio.

Pausadamente, con aquel peso en la mano, me supe dueño del mundo y sus vacilaciones. Sin duelo, como un dios indiferente a las calamidades que pudiera provocar, agité la bola en el aire. Esperé un momento antes de mirar en su interior. Noté en la cara el rastro de una brisa y abrí los ojos. Sostenida por mi mano, una tormenta de copos dorados emborronaba el alma de la bola y sus caminos. Junto a mí, el perro aulló con el hocico levantado a las estrellas.

Sobre nosotros comenzó a nevar. A la luz amarilla de la farola la siembra que iba desgranando el cielo parecía un derroche de oro. Aquel polvo fue a perderse en lo oscuro del callejón y le puso un brillo que hacía más clara la noche y los tejados. Sentí sobre mis hombros la visita de la nieve y al tocarla con los dedos provoqué un reguero de serrín que cayó a mis pies. La borrasca iba amainando dentro del pomo. En su fondo cada vez más diáfano el perro se incorporaba, se sacudía los copos, se echaba resueltamente a andar envuelto en una nube de oro. Aparté los ojos de la bola y lo vi resplandeciente, pasando junto a mí. Guardé el pomo en el bolsillo y fui detrás. Igual que en un hechizo yo caminaba sin tocar el suelo, como si el aire me llevara a hombros en un vilo muy discreto. Entramos en el callejón. La puerta, antes reacia, cedió dócilmente a nuestro avance. Del otro lado, los caminos de la ciudad amarilleaban de serrín recién caído, invitando a entrar

por ellos como quien pisa por las veredas fingidas de un Belén.

Siguió el perro adelante y yo lo dejé ir. Al cabo, volvió la cabeza y así se estuvo un momento, llamándome con los ojos antes de rehacer el rumbo. Corrí hasta ponerme a la par y con no poco contento por la novedad que la noche prometía, acomodé mi pie al suyo sobre la senda nevada de virutas. «Y tan confiado iba el hombre junto al perro –me anticipé a la crónica de aquella renovada andanza alegre y decidida–, que empezó a tararear una canción que pronto se hizo contagiosa entre los pasos: aserrín, aserrán, Serafín y su can van sin fin en su afán de aserrín, aserrán...».

25

Por fin la vigilia empieza a ser hija del sueño. No dudo que mi última salida, de cuyos pormenores apenas logro dar cuenta aproximada por escrito tan solo un día después, ha dejado resquicios por los que ahora va y viene tranquilamente el portento. Al menos, me digo, es un síntoma de que tarde o temprano todo inicia un deslizamiento hacia la existencia fabulosa. En lo ocurrido ayer, y dos días antes, y qué sé yo si semanas y meses atrás hasta llegar a un comienzo que no alcanzo a distinguir, he comprendido que el misterio, regido por secretas alianzas, gobierna la realidad para su propio recreo.

Pero lo cierto es que después de horas dedicadas a retener la víspera minuciosamente sobre un papel, aún dudo de la utilidad de mi empeño: ¿no será el relato mismo de lo que ocurrió la mayor quimera del día? Porque, lejos de las palabras tan costosamente recreadas, lo más vivo en mi memoria, o lo más verdadero, ha resultado ser una imagen muda: el rostro de Mercedes. Mercedes asomada a la ventana, con una toquilla sobre los hombros, echando una llave a volar que cayó sin ruido en mi mano. Mercedes movía los labios y yo leía en ellos mi nombre. Y había en aquella voz que no llegaba a oírse una emoción contenida y en aquel gesto de asomarse al aire una desenvoltura juvenil, casi aventurera, de doncella que franquea con presteza y discreción la entrada a su portal.

Aquí quisiera yo dejar suspensa la crónica de mi extraviado día de ayer, con esa ilusión del errante al fin venido a puerto por senderos hechos de milagro, a punto de traspasar umbrales y perderse en brazos amantes que dan

la bienvenida. Pero bien sé cuál es el propósito que me guía desde que ando en anotaciones para levantar acta de la realidad más engañosa: no ceder a la tentación de darla toda por supuesta ni al descuido de dejarla entender sin todos los reparos. Por ejemplo, las gafas. Las creía perdidas y las palpé en el bolsillo interior del abrigo, bien guardadas en su funda, en el momento de colgarlo en el perchero de casa. El hallazgo podría haberme hecho dudar de cuanto había ocurrido. Pero fue previamente en la cocina, aún abrigado y sumido en pensamientos más bien turbios, donde empezó a afianzarse una insólita luz que disipó todas las vacilaciones y me aclaró el entendimiento. De modo que escribí lo que se ofreció anoche por remate del día ya sin ignorar que lo más ordinario promete insospechado refugio a lo más excepcional, y que de esas falsas trazas se vale la realidad para hacernos cautivos de su disimulada inocencia.

Llave en mano –anoté–, Serafín miró receloso a ambos lados de la calle, como un amador furtivo con prisa por confirmar que no ha de conservarse noticia de su estancia. Mas lo único que vio fue un perro alejándose acera abajo, aquel perro que resuelto en el revuelo de oro que formaban los copos al entrar en las farolas le había guiado hasta su destino, y que con paso gallardo ahora, la cabeza alta y el trote airoso, se perdía de vista, indiferente a la empresa apenas culminada, descuidado de gratitudes debidas y digno de militar entre los nombres primeros –se le ocurrió a Serafín embocando la cerradura con la llave– de la famosa orden nevicante o de la nevería tan pronto como algún ilustre varón diera en fundarla.

Y con decidido propósito de alzarse él mismo con esa justicia saliendo gran maestro de hermandad tan necesaria para acoger a aquel perro oportunísimo que ya se perdía calle abajo, Serafín abrió el portal y por fin vino a dar con sus huesos doloridos a la puerta de casa. Salió a abrir doña Mercedes sin que él hubiera hecho siquiera por llamar, que obraba ella como quien ha estado pendiente de los pasos del que llega para adelantarse a sus demandas, y fue así, poniendo el pie ya en el rellano que daba vista a la puerta, como le alcanzó la voz firme de aquella gran señora, que pareció que lo sacaba de golpe de la ensoñación que se traía escaleras arriba cuando hizo esta advertencia, apoyada en el umbral: «la última vez que bajas a tirar la basura sin la llave, querido».

Poco obsequio fue aquel, la verdad, para quien trae en la cabeza pájaros echados a volar en busca de más alegres cortesías. Porque llegaba

él de muy lejos, molido y confuso, enamorado diré, y al modo de los de esa fabulosa condición, esperando correspondencia igual de apasionada en quien se miran, si no más, como para consolarse de ser recibido con tan frío parlamento. Y fue el caso que el reparo de la dueña Mercedes, en el que halló Serafín una admirable proporción de impaciencia y de costumbre, abrió otro umbral más misterioso que el de la propia casa cuando se regresa a ella sin estar seguro de cuánto tiempo se ha faltado, pues el despego con que fue recibido en la puerta le metió en dudas y no le sacó de pesares. De entrambos males se vio forzado Serafín a concluir la proximidad de aquel viaje que le ocupara desde bien temprano pero que no hubo de apartarlo mucho de su origen, revelación cruel que acabó de confirmarse en el mismo aviso de aquella despejada señora, que publicó muy naturalmente el ordinario destino de la salida, tan corto periplo al cabo, razonó Serafín por consolarse de que un cubo de basura junto al portal fuera el remate de tanta peripecia, que bien podía excusar el olvido de la llave, pues no se acuerda de ella tanto quien sale para volver al punto como quien lo hace sin saber cuándo llegará la hora del regreso.

Cada vez que releo el pasaje echo de menos aquellos ladridos que oyó don Quijote una noche entrando en el Toboso para que otros concluyesen que era verdad que cabalgaba. Pero ningún ruido de los que reconcilian la memoria con el sueño indescifrable que es el mundo vino anoche en mi rescate tras la advertencia destemplada de Mercedes. Sin quitarme el abrigo la había seguido por el pasillo, me había sentado pesaroso en la cocina, me había servido un vaso de leche y la había mirado a hurtadillas, mientras ella ordenaba el pastillero semanal. «Luego era domingo», me dije. Esos eran los ladridos que a mí se me daban por más irrefutable prueba de realidad: el tintineo de las pastillas que Mercedes iba repartiendo meticulosamente en sus correspondientes cajetines. Y puesto en tan amargas conclusiones estaba, pensando ya en irme a dormir con mi *don Quijote* bajo el brazo, cuando el trastorno dio paso sin tregua a la lucidez.

De golpe, la música puntual de las pastillas repartidas por semanas en sus casilleros me trajo la certeza del día en que vivíamos. Y con ella llegué a una conclusión extrañamente reparadora que, a primera vista, parecería alumbrada para levantar en armas a la razón contra la memoria: yo no podía venir de tirar la basura porque era domingo, y domingo tan seguro como que allí estaba Mercedes sancionándolo ante mis ojos, rellenando el pastillero por

el que gobierna su medicación cada semana empezando por la ración del lunes a las ocho y cuarto para el desayuno. De manera, me pregunté, que ¿quién se engañaba, yo en mi recuerdo de haber deambulado el día entero por una ciudad que parecía soñada o Mercedes en el tiempo de la espera? Y malicié más: ¿no tendría el diablo que fue y vino a su antojo el día entero algo que ver en aquel raro concilio de las horas? ¿Acaso por obra suya la jornada que yo creía sujeta al despropósito no era menos cierta que la apreciación de Mercedes sobre mi salida? ¿No serían su día y el mío hechuras de un mismo encantamiento? Era domingo y había sido lunes a un tiempo. Y como si un fogonazo me invadiera el juicio, vino en mi socorro el recuerdo de aquella bacía de barbero que también supo ser yelmo para aumento de la realidad y acuerdo de todas las necesidades enfrentadas.

Con un alborozo secreto pero irreprimible, me levanté de la silla con tal ímpetu que del bolsillo del abrigo cayó algo al suelo. El golpe interrumpió el ritmo con el que Mercedes distribuía las píldoras en el pastillero. Levantó la cabeza, sobresaltada. Viendo lo caído y haciendo un esfuerzo para sobreponerse a la incredulidad, concluyó con verdadero disgusto: «y encima trae basura de la calle». Mientras lo decía, los dos mirábamos rodar por el suelo una bola de metal que, sobre las baldosas familiares de la cocina, me pareció menos esfera mágica que ordinario remate de latón para coronar el cabecero de una cama. Y poco bueno. Pero no me dejé engañar. A tiempo volvió el recuerdo del atropello con que una bacía de barbero quiso imponerse sobre un famoso yelmo valiéndose de la conformidad de quienes todo lo fían a las primeras apariencias. Entre tanto Mercedes, repuesta del susto, interrumpió mis cavilaciones volcando de mal aire sobre la mesa el pastillero: «Por tu culpa perdí la cuenta y ahora tengo que empezar», protestó.

Salí de la cocina discretamente para no interferir en el oficio delicado de Mercedes. En mi estudio guardé la bola bajo llave, oculta a todas las curiosidades en el fondo de un cajón del escritorio. Lo hice con un desasosiego que a la vez me consolaba, como quien ha heredado un reino secreto del que solo queda aquel despojo para dar fe de su verdad.

Desde anoche, cuando todo parece vacilar, saco el pomo de sus prisiones y advierto su peso real entre las manos: otra prueba, me digo, de que la vida y el sueño caminan juntos y se reconocen, de tarde en tarde, en una invención nueva.

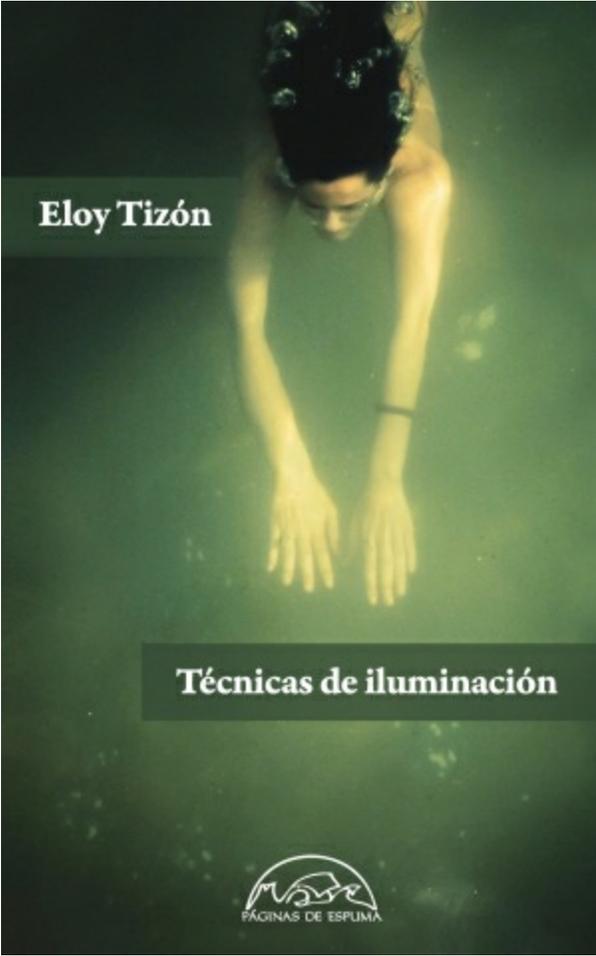
Ha empezado a nevar mientras el mundo duerme. Una luna llena se abre paso entre los copos colmando la noche de un resplandor azul. Yo releo todo lo escrito y se me ocurre que las palabras que han brotado son como la nieve bajo la luna: frágiles y misteriosas, acaso difíciles de creer. Temo también que resulten ilusorias en su anhelo de orden, incapaces de declarar la realidad, ese estado sometido incansablemente a la apariencia.

Me acerco a una ventana con paso grave, igual que un elegido del destino a punto de tomar posesión de antiguas provincias que le estaban reservadas. Y allí me quedo. Estaré un rato viendo cómo cae la nieve, quizá hasta olvidar el tiempo, sujeto al mismo remolino que precipita los copos para hacer más borrosa la noche. Y cuando ya el suelo sea blanco bajo las farolas y no haya ningún ruido que pueda distraer a la vigilia de sus figuraciones, cerraré los ojos. Entonces confiaré en que surjan las palabras como una revelación, igual que una encomienda del sueño para no dejar sin cuento lo más furtivo de la realidad, que bien pudiera parecerse a esto:

Serafín abrió los ojos. Tras el cristal empañado con su aliento, vio pasar un perro a la luz de la farola. Creyó reconocer su trote despreocupado y la expresión huidiza y burlona con que el animal lo miró un instante sin aflojar la marcha. Quiso retenerlo con la voz pero recordó que no tenía nombre que lo alcanzara. Lo vio desaparecer por la esquina con la misma ligereza con la que había cruzado bajo la ventana. «Un espíritu», se dijo; «un espíritu al que no sujetan las palabras». Porque digno de anotarse será que aquel recién ido pasó sin dejar huella alguna sobre la nieve. Lo cual, confió Serafín, lejos de poner en disputa la verdad de esta historia, debiera alzarse en elogio del cronista que supo advertir lo extraordinario. Con ese ávido consuelo regresó al escritorio a fin de dar remate a la fábula del día. Y, tras algunas cavilaciones, entendió que no había mejor modo de hacerlo que dejando memoria de lo más desapercibido de la realidad, o de lo menos ordinario, como ha de ser el paso de un diablo que se pierde por una esquina nevada cuando nadie está mirando.

Cerré el cuaderno consolado. De no ser atendidas, estas fugas sin su cuento harían menos verosímil el relato puntual de nuestra existencia. Pero

duró poco la victoria. De camino al dormitorio donde Mercedes ya estaría entregada a la seguridad del sueño, me asaltó una vacilación que aún me tiene despierto, indeciso al borde de la cama: escarmentado por los continuos engaños que la realidad despliega, dudo si donde acabo de escribir diablo no sería más seguro dejar escrito perro.

An underwater photograph of a person with their hands clasped in front of them, looking down. The water is a deep, dark green color, and the lighting is dramatic, highlighting the person's hands and the texture of the water. The person's hair is dark and appears to be floating. The overall mood is serene and artistic.

Eloy Tizón

Técnicas de iluminación



Técnicas de iluminación

Tizón, Eloy

9788483935040

150 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

¿Qué ocurrió realmente en la fiesta celebrada anoche? ¿Hubo alguna víctima? ¿Qué contiene la caja que nuestro jefe nos entrega en secreto, pidiéndonos que no la abramos, y dentro de la cual se detecta una agitación, un mínimo llanto? ¿Será un ser vivo o un mecanismo de relojería? ¿Quién es "esa otra persona que no nos interesa", que suele aparecer en las relaciones de pareja casi siempre adosada al ser amado y de la que es imposible librarse? ¿De qué clase de apocalipsis huye esa familia que abandona la ciudad con lo puesto y termina vagando perdida por el bosque? En todos estos relatos hay un reverso de sombra, un vértice de silencio, algo que no se nombra directamente pero que es una invitación al lector para que se sumerja y participe en la construcción del sentido. Para que intervenga en la extraña normalidad de estos diez sueños, y pueda encontrar un poco de claridad o un lapicero contra la desdicha. Páginas que resplandecen con luz propia. Técnicas de iluminación.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Samanta Schweblin

Siete casas vacías



PREMIO
NARRATIVA
RIBERA
DEL DUERO

RIBERA
DEL DUERO



Siete casas vacías

Schweblin, Samanta

9788483935170

112 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Las casas son siete, y están vacías. La narradora, según Rodrigo Fresán, es "una científica cuerda contemplando locos, o gente que está pensando seriamente en volverse loca". Y la cordura, como siempre, es superficial. Samanta Schweblin nos arrastra hacia Siete casas vacías y, en torno a ellas, empuja a sus personajes a explorar terrores cotidianos, a diseccionar los miedos propios y ajenos, y a poner sobre la mesa los prejuicios de quienes, entre el extrañamiento y una "normalidad" enrarecida, contemplan a los demás y se contemplan. La prosa afilada y precisa de Schweblin, su capacidad para crear atmósferas intensas y claustrofóbicas, y la inquietante gama de sensaciones que recorren sus siete cuentos han hecho a este libro merecedor del IV Premio Internacional de Narrativa Breve Ribera del Duero. El jurado, del que formaron parte los escritores Pilar Adón, Jon Bilbao, Guadalupe Nettel, Andrés Neuman y que estuvo presidido por Rodrigo Fresán, valoró en Siete casas vacías la precisión de su estilo, la indagación en la rareza y el perverso costumbrismo que habita sus envolventes y deslumbrantes relatos.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Pablo Andrés Escapa

CUENTOS

Voces de humo

BERRINI



PÁGINAS DE ESPUMA

Voces de humo

Escapa, Pablo Andrés

9788483935828

168 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

El ferrocarril minero Ponferrada-Villablino inspira esta colección de cuentos que forman un retablo de voces perdidas, como el humo de aquel vapor que una mañana de julio de 1919 llenó por primera vez el cielo. Casi un siglo después, la ensoñación de un hombre que camina por la vía abandonada va resucitando palabras y afanes que pintan una historia, la del paisaje detenido y los hombres que pasan. Pablo Andrés Escapa nos entrega una elegía serena donde el sonido de un viejo tren queda prendido del aire, como una nota en la que se enredara el eco de los días con su provisión de esperanzas y secretos, sacrificios y temores, visiones y rutinas. Un libro que celebra lo pequeño, un valle remoto atravesado por un tren de vapor, para acercarnos a lo universal: el paso leve del hombre sobre la tierra.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Antonio Ortuño

PREMIO
RIBERA
DEL DUERO



La vaga ambición

RIBERA
DUERO

FÁGINAS DE ESPUMA

La vaga ambición

Ortuño, Antonio
9788483936030
120 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

La vaga ambición –título que mereció el V Premio Ribera del Duero– propone la escritura como un método de resistencia y, a la vez, como una festiva elegía; Antonio Ortuño despoja de languidez a la autoficción literaria y la hace hervir de tragedia, ironía y vitalidad. El protagonista de estos cuentos entretreídos –un escritor cuarentón, Arturo Murray– lucha y sobrevive entre la catástrofe familiar del pasado y un presente grotesco, construido con malas reseñas, entrevistas vacías, presentaciones a medio llenar, una cuenta bancaria en números cada vez más rojos... Sin embargo, a lo largo de los seis cuentos de este libro, como un Falstaff armado con sarcasmo y honda convicción dramática, Murray invoca en su defensa un ejército de memorias heroicas, una mordacidad punzante y una profunda conmoción ante la pérdida. Y, por encima de todo, la sombra de una madre que se desvanece y su convicción kamikaze de escribir, escribir siempre y a cualquier coste. El jurado, del que formaron parte los escritores Sara Mesa, Juan Bonilla y presidido por Almudena Grandes, valoró el gran dominio demostrado para desarrollar un tema común a todos los relatos, que es la naturaleza de la escritura, y la capacidad humorística que no va en detrimento de la emoción, logrando la hazaña de divertir y conmover al lector.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Yanina Rosenberg

La piel intrusa



La piel intrusa

Rosenberg, Yanina

9788483936382

152 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

En el primer libro de la argentina Yanina Rosenberg, los matices de la literatura fantástica se entreveran sutilmente con una realidad frágil, distorsionada. Todo puede quebrarse en un momento dado y será en ese instante cuando una madre reniegue de la maternidad, lo monstruoso se confunda con lo doméstico o un viaje apunte en todas las direcciones. Estas historias, que sacuden, empujan y tironean hasta la angustia y el misterio de hallar lo desconocido en ellas, sin duda suman a su autora al actual auge del cuento protagonizado por escritoras. Premiados en Argentina por la Fundación El Libro, el jurado compuesto por Abelardo Castillo, Daniel Divinsky, Antonio Skármeta, Luisa Valenzuela y Pablo De Santis subrayó de estos relatos: "Dos rasgos se destacan en sus páginas: el sutil erotismo y el cuidadoso acercamiento a lo fantástico y, en algún caso, a la ciencia ficción. Sus cuentos, siempre originales, inquietan y seducen a la vez".

[Cómpralo y empieza a leer](#)